
EL
CONTRABANDISA
DE
HUÉRFANOS
SYBIL COOK

EL CONTRABANDISTA DE HUÉRFANOS



SYBIL COOK

ÍNDICE

Sin título
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Sin título
Sin título

CAPÍTULO 1



—Pareces una rata ahogada con una oruga muerta pegada.

Nell se ajustó el raído chal de lana sobre los hombros, tiritando mientras la escarcha penetrante del mercado de Cheapside le escocía en las mejillas y convertía su aliento en penachos blancos. Metiéndose una mano en el bolsillo para mantener la agilidad en los dedos, miró con severidad al chico que estaba a su lado.

Jemmy se rascó con saña el labio superior, casi desprendiendo el retal de crin de caballo que se había pegado sobre el labio.

—Me da un aire maduro.

—Te da un aire ridículo.

—Tengo catorce años.

—Pues pórtate como tal y deja de rascarte.

Vísceras de pescado y hojas de col desechadas cubrían el pavimento resbaladizo cerca de sus botas, pero Nell ignoró la humedad gélida que se filtraba por sus suelas gastadas. Sobrevivir requería un movimiento constante; sin embargo, hoy se exigía algo mucho más peligroso. Tenía que fracasar. El maese Grendel guardaba su caja fuerte de hierro en lo más profundo del hospicio de Blackfriars, lo que significaba que la única forma de llegar al vientre de aquella bestia era ser engullida por ella.

Escudriñó a la multitud que deambulaba y sus ojos se posaron en un robusto mercader con chaleco de terciopelo que examinaba un puesto de manzanas magulladas. Unas cadenas de plata colgaban

sobre su prominente estómago, prácticamente suplicando que las robaran.

—Ahí está nuestro objetivo.

Jemmy dejó de rascarse y abrió mucho los ojos al evaluar al mercader.

—Ese hombre es enorme. Si te pilla, te aplastará el cráneo.

—No me pillará él —Nell señaló con la barbilla hacia la esquina opuesta de la plaza—; me pillará el alguacil.

Un hombre con casaca azul oscuro y tricornio patrullaba cerca del puesto del panadero, golpeándose el muslo con una porra de madera pulida. Los alguaciles de la parroquia se deleitaban castigando a los desamparados, encontrando un gozo inmenso en arrojar a los niños de la calle al carromato del magistrado.

—No me gusta este plan, Nell.

—No tiene por qué gustarte, Jemmy. Solo tienes que asegurarte de conseguir el mapa del chico del carbón el martes.

Nell no esperó a que protestara. Adentrándose en la mole de gente, ignoró el hedor a lana sucia y cerveza rancia que le inundaba la nariz. Se abrió paso entre un grupo de obreros y mantuvo la vista fija en el chaleco del mercader, calculando la trayectoria con cuidado. El alguacil giró la cabeza hacia el puesto de manzanas.

Era el momento.

Lanzándose hacia delante, Nell tropezó intencionadamente con la bota de cuero pulido del mercader y chocó con fuerza contra su costado. Sus diestros dedos encontraron al instante el reloj de plata en el bolsillo, liberándolo de la tela antes de caer al suelo mojado. En lugar de guardarse el botín, lanzó la pieza de plata sobre los adoquines junto a su rodilla, dejando que tintineara con claridad por encima del ruido del mercado.

El mercader bajó la vista hacia la plata reluciente y luego dirigió su atención a Nell. La rabia pura le contorsionó las facciones.

—¡Ladrona!

Agarrando a Nell por el cuello, el mercader la puso en pie con tal fuerza que le castañetearon los dientes. Nell no opuso resistencia, dejando sus extremidades flácidas mientras cerraba los ojos con

fuerza y empezaba a gemir. Lágrimas calientes resbalaron por sus mejillas gélidas.

—¡Suéltame! ¡No ha sido mi intención!

—¡Miserable raterilla!

El alguacil arremetió entre la multitud, alzando su porra. Agarró el brazo de Nell y se lo retorció dolorosamente tras la espalda.

—Ya la tengo, señor. La parroquia se encargará de esta inmundicia.

Nell siguió llorando, chillando por el hambre y sus padres moribundos, mientras permitía secretamente que una oleada de adrenalina agudizara sus sentidos. El primer obstáculo estaba superado.

El carromato de barrotes de hierro traqueteó violentamente por las calles, lanzando a Nell contra los tablones de madera hasta que le dolieron los huesos. Dos guardias la sacaron a rastras por el cuello, llevándola a los húmedos pasillos del juzgado, donde el olor a papel viejo y sudor agrio se aferraba a las paredes de yeso. La empujaron a un banquillo de madera demasiado alto para su estatura, obligándola a ponerse de puntillas solo para ver por encima de la barandilla.

El magistrado estaba sentado en su estrado elevado, con el rostro profundamente surcado por años de dictar sentencias miserables. Frotándose las sienes, miró con desdén a la niña que lloraba ante él.

—Nombre.

—Nell, señoría —sollozó ruidosamente, ocultando el rostro entre sus manos sucias y forzando el temblor de sus hombros—. Solo Nell.

—El alguacil informa de que ha sido sorprendida intentando robar un reloj de plata en Cheapside.

—¡Tenía mucha hambre! ¡Mi madre murió de fiebres hace tres días y mis hermanitos se mueren de hambre en un callejón! ¡Solo quería comprarles una hogaza de pan!

Cayendo de rodillas dentro del banquillo, Nell se aferró a los listones de madera y lloró con más fuerza. Ofreció una exhibición de dolor histérico verdaderamente impresionante, sabiendo que la

acústica del tribunal amplificaría sus gritos. El magistrado hizo una mueca y se tapó los oídos.

—¡Cese ese ruido infernal de inmediato!

Nell sorbió ruidosamente, limpiándose la nariz con su manga raída. Le miró fijamente, mostrando unos ojos grandes y aterrorizados.

—¿Va a colgarme, señor?

—Debería mandarla a la prisión de Newgate por un robo tan flagrante —el magistrado clavó la vista en el papeleo de su escritorio —. Pero las cárceles están masificadas y no soporto escuchar sus chillidos un minuto más. Es usted una huérfana indigente. La parroquia asumirá la responsabilidad de su corrección moral.

Su mazo de madera golpeó el escritorio.

—La sentencio al hospicio de Blackfriars. Que el maese le enseñe el valor del trabajo honrado.

El alivio inundó el pecho de Nell, aunque mantuvo su expresión aterrorizada a la perfección. Los guardias la sacaron del banquillo, llevándola por el pasillo. Arrastró los pies, interpretando el papel de niña condenada durante todo el camino hasta el furgón de transporte.

El trayecto hasta Blackfriars puso a prueba su paciencia, pero finalmente el carromato se detuvo con una sacudida. Los guardias sacaron a Nell de un tirón y la empujaron hacia la imponente fachada de ladrillo del hospicio. Unos enormes portones de hierro se alzaban ante ella, proyectando sombras largas y oscuras sobre el patio mojado. El alguacil entregó un pergamino a una mujer que esperaba justo a la entrada.

La matrona Sikes tenía la complexión de un carnicero de matadero. Tenía la mandíbula cuadrada y los ojos parecían lascas de sílex gris. Llevaba un delantal blanco impecable sobre un vestido de lana oscura. Un enorme manojo de llaves de hierro colgaba de su grueso cinturón de cuero, tintineando con fuerza mientras daba un paso al frente para inspeccionar a la recién llegada.

—Otra rata de alcantarilla.

—Cazada robando un reloj —el alguacil se tocó el sombrero—. El magistrado ha pensado que le vendría bien un poco de la disciplina

del cepillo de fregar.

—Ya nos encargaremos de restregarla hasta quitarle el pecado bien pronto.

El alguacil se dio la vuelta y se marchó, dejando que los portones de hierro se cerraran estruendosamente tras él. La cerradura encajó y Nell registró el sonido. El chasquido característico de un muelle de doble vuelta quedó grabado en su memoria. Miró los barrotes de hierro y luego centró su atención en la matrona.

—Desnúdate.

Nell parpadeó, rodeándose el pecho con los brazos.

—¿Aquí? ¿En el patio?

—No vas a traer piojos ni inmundicia callejera a mi casa. Quítate esos harapos inmediatamente. Si te niegas, te los arrancaré del cuerpo a gritos.

El viento cortaba el patio, erizándole la piel de los brazos. Dudó, fingiendo ser la víctima asustada, antes de desatar lentamente su chal y dejar que la lana arruinada cayera sobre las piedras mojadas. Luego vinieron el corpiño y su falda hecha jirones. Se quedó tiritando en su fina camisa.

La matrona Sikes hizo una mueca de desprecio, apartando la ropa desechada de una patada.

—Ahora no eres nada. No tienes nombre. Eres una interna de Blackfriars y obedecerás todas mis órdenes. Desafíame y acabarás encerrada en la carbonera hasta que olvides cómo hablar.

—Sí, señora.

—No me hablarás a menos que se te hable.

—Por supuesto, señora.

Acercándose más, la matrona Sikes se cernió sobre Nell. La mujer desprendía un olor a jabón de lejía y menta rancia.

—¿Te estás burlando de mí, muchacha?

—Estoy aceptando sus reglas, señora. Solo deseo ser una servidora de la parroquia buena y obediente.

La matrona agarró a Nell por la barbilla, apretando sus gruesos dedos dolorosamente. Nell no se inmutó, manteniendo los ojos abiertos e inocentes, pero su mirada se desvió hacia abajo durante una fracción de segundo. El llavero que descansaba en la cadera de

la matrona contenía seis llaves distintas. Dos pequeñas llaves de latón aseguraban las puertas interiores, tres grandes llaves de hierro tintineaban juntas y una llave única de tija hueca destacaba entre las demás, pareciendo demasiado compleja para una simple despensa.

Aquella llave de tija pertenecía a los aposentos privados del maese. Nell estaba segura de ello.

—Ya veremos lo obediente que eres cuando te sangren las manos por las cuerdas de estopa —Sikes soltó la cara de Nell y lanzó un uniforme tosco y áspero al suelo mojado—. Ponte eso. Luego vete a la lavandería. Hay que remover las tinas.

Al recoger la tela rígida, Nell sintió que rascaba como paja trenzada contra su piel desnuda. Se pasó el vestido por la cabeza, ignorando el picor inmediato, y ató los ásperos cordones de su cuello.

—Muévete.

Sikes la empujó hacia el edificio principal. Nell tropezó pero recuperó el equilibrio rápidamente, entrando en un pasillo largo y mal iluminado. La temperatura bajó significativamente dentro de los muros de piedra y la condensación goteaba del techo para formar charcos en los surcos del suelo de losas.

Nell memorizó la distribución al instante. Tres puertas a la izquierda presentaban cerrojos sencillos, mientras que una escalera a la derecha estaba bloqueada por una reja de hierro. Sikes abrió la reja usando la segunda llave de hierro de su llavero. Nell observó cómo los dientes de la llave se deslizaban en el mecanismo, anotando los cuatro pasadores que serían fáciles de forzar.

Descendieron a las entrañas del hospicio, donde el olor a agua hirviendo y productos químicos fuertes se hacía más intenso con cada paso. El calor radiaba desde el pie de la escalera, proporcionando un marcado contraste con el patio gélido de arriba.

—La lavandería es el corazón de esta institución —Sikes se detuvo al pie de los escalones—. Trabajarás desde el amanecer hasta el anochecer. Si vas más despacio, te azotarán. Si te quejas, pasarás hambre.

—Lo entiendo perfectamente.

—Entra.

Al cruzar el umbral, Nell vio enormes tinas de madera burbujeando y espumando, llenando la cavernosa estancia y creando un vapor cegador. Decenas de mujeres y niñas estaban de pie sobre plataformas de madera, usando largas pértigas para remover montones de lino hirviendo. Sus rostros estaban rojos y relucientes de sudor, pero nadie levantó la vista y nadie habló.

Sikes señaló una tina vacía cerca de la pared del fondo.

—Ese es tu puesto. Coge la pértiga.

Al acercarse a la tina, Nell sintió que el vapor le golpeaba la cara como un impacto físico. El pelo se le humedeció al instante. Agarró la enorme pértiga de madera, encontrándola astillada y resbaladiza por el jabón viejo, y la hundió en el agua hirviendo para sentir la intensa resistencia de la tela mojada.

Mover la ropa requería todo su peso corporal. Sus músculos se tensaron de inmediato mientras empujaba la pértiga, arrastrándola a través de aquella masa hirviente. La agonía física del trabajo le supuso un choque para el cuerpo.

La matrona Sikes la observó durante un minuto entero, con las manos en las caderas.

—No dejes de moverte, muchacha.

Girando bruscamente, la matrona salió de la habitación, con las llaves tintineando suavemente contra su falda. Nell escuchó cómo el sonido se desvanecía por el pasillo y continuó removiendo las tinas, dejando que su cuerpo se adaptara al castigo del trabajo. Concentró su mente en el recuerdo de la llave de tija hueca.

Estaba dentro. La primera fase del plan se había completado. Ahora, solo tenía que encontrar la caja fuerte, robar la fortuna oculta del maese y salir de allí con vida.

La mujer que trabajaba en la tina de al lado de Nell cambió de posición, revelando un rostro duro y curtido y unos brazos gruesos por el músculo. Evaluó a la recién llegada a través del vapor.

—No durarás ni una semana.

Empujando la pértiga por el agua, Nell ignoró la sensación de quemazón que brotaba en sus palmas.

—Duraré más que nadie en este miserable edificio.

La mujer mayor se burló, volviendo a su propio trabajo. Nell mantuvo los ojos en el agua hirviendo, soportando el calor sofocante y el eco del chapoteo del agua. Ajustó su agarre sobre la madera astillada y apretó la mandíbula. Había sobrevivido a las calles de Londres, había burlado al magistrado y se había infiltrado en Blackfriars, lo que significaba que, sin lugar a dudas, reventaría la caja fuerte del maese. Nada se interpondría en su camino.

CAPÍTULO 2



Cuatro cuerpos apretujados bajo una sola manta de lana generan el calor justo para evitar que una persona muera congelada, siempre y cuando nadie se mueva. Nell permanecía completamente inmóvil sobre el colchón de paja, sintiendo los extremos afilados de los tallos secos que atravesaban la fina funda para arañarle las piernas desnudas. El dormitorio olía a aliento rancio y a tablones de madera húmedos y podridos. La matrona Sikes la había empujado a aquella cama de esquina hacía una hora, pegándole tal sacudida que el hombro aún le latía por el golpe contra el poste de la cama.

La mujer que tenía al lado tosió, cambió de posición y tiró de la manta deshilachada, dejando al descubierto los hombros temblorosos de Nell.

—Deja de tirar de las mantas, vaca miserable —masculló la mujer, rodando sobre su costado—. Ocupas demasiado espacio.

—Estoy ocupando exactamente el espacio que se me ha asignado —respondió Nell con tono inexpresivo—. Si quieres más sitio, deberías convencer a la matrona para que compre camas más anchas.

—No me hables con descaro, rata de alcantarilla. He sobrevivido en este lugar tres años rompiéndoles los dientes a las chiquillas que me replican.

Nell giró la cabeza con cuidado hacia quien hablaba. Las altas ventanas enrejadas ofrecían muy poca luz, pero la suficiente para revelar un rostro surcado por el cansancio y marcado por las cicatrices de la viruela. Los ojos de la mujer carecían de piedad. Nell reconoció la mirada de inmediato; se la había visto en cien mendigos distintos que luchaban por sobrevivir a orillas del Támesis. Esta mujer necesitaba un incentivo para convertirse en aliada.

Llevándose la mano a la boca, Nell introdujo un dedo entre sus labios y extrajo el pequeño terrón de azúcar endurecido que había ocultado en el interior de su mejilla desde el tribunal del magistrado. Sostuvo el pegajoso cuadrado blanco en la tenue penumbra.

—Me llamo Nell. Te cambio esto por un poco de conversación.

La mujer se quedó mirando el terrón, lamiéndose los labios agrietados. Arrebatándole el azúcar de los dedos a Nell, se lo metió en la boca y cerró los ojos en un momento de éxtasis. Masticó rápido, tragándose aquel insólito dulzor antes de que cualquier otra persona en la sala pudiera notar el intercambio.

—Me llaman Meg. Debes de estar loca para traer azúcar a Blackfriars.

—Lo he traído porque sabía que necesitaría una amiga. —Nell se movió ligeramente para aliviar el dolor de su cadera—. Llevas tres años aquí, Meg. Sabes cómo funciona este edificio.

—Sé cómo evitar que me den una paliza. Es el único conocimiento que merece la pena tener.

—Quiero saber cosas sobre el director.

Meg se puso tensa y sus ojos se dirigieron hacia la puerta cerrada del dormitorio. —No quieres saber nada sobre el Master Grendel. Lo que quieres es mantenerte fuera de su vista. Se pasea por estos pasillos buscando excusas para enviar a las chicas al patio de triturar huesos.

—¿Se encarga él mismo de los libros de contabilidad? —preguntó Nell, ignorando la advertencia—. ¿Guarda los fondos de la parroquia en su oficina o los envía al banco?

—¿Por qué preguntas por los fondos de la parroquia?

—Porque tengo curiosidad por el hombre que guarda las llaves de mi hogar temporal.

Meg soltó una carcajada ronca, ajustándose la manta alrededor del cuello. —No encontrarás un alojamiento temporal aquí, Nell. Morirás trabajando en las cubas de la lavandería como todas las demás. Pero si tienes que saberlo, Grendel no confía en nadie. Lo guarda todo bajo llave en sus dependencias privadas al final del ala administrativa. Nadie baja por ese pasillo excepto la matrona Sikes y los deshollinadores.

—Tendrá que salir de sus dependencias alguna vez.

—Inspecciona el comedor todas las mañanas para asegurarse de que nos comemos nuestra ración asignada de bazofia. Luego se reúne con los miembros de la junta parroquial los jueves. —Meg volvió a toser, con un sonido húmedo y metálico en lo más profundo del pecho—. Ahora cierra el pico y duérmete. La campana suena antes del amanecer y necesito fuerzas.

Nell se quedó mirando el yeso agrietado del techo, catalogando la información. El ala administrativa albergaba la caja fuerte. Grendel asistía al desayuno a diario. Necesitaba observarle mañana para ver dónde guardaba sus llaves personales. Cerrando los ojos, escuchó la respiración de las cincuenta mujeres amontonadas en la gélida habitación, calculando la distancia exacta entre este dormitorio y la escalera principal.

Un fuerte estruendo rompió el silencio. El tañido de la campana de latón resonó por el pasillo de piedra, acompañado por el golpe seco de un bastón de madera contra la puerta del dormitorio. La matrona Sikes entró marchando en la habitación, gritando órdenes para que salieran de la cama. Las mujeres se apresuraron a dejar sus finos colchones, poniéndose los uniformes de lana basta y anudándose los delantales en una carrera frenética para evitar el bastón de la matrona. Nell se vistió rápido, ignorando el roce de la tela áspera contra su piel.

—¡Formad una fila! —bramó Sikes, caminando entre las hileras de camas de hierro—. ¡Cualquiera que se entretenga se quedará sin desayuno!

Meg agarró a Nell del codo, arrastrándola hacia la masa de mujeres que avanzaban con paso pesado. Salieron del dormitorio y bajaron por la escalera principal, con sus zuecos de madera

resonando contra los peldaños de piedra. La temperatura bajó aún más al llegar a la planta baja, donde el olor a avena hervida y leche agria flotaba denso en los pasillos.

Entrar en el comedor fue como entrar en una caverna. Largas mesas de madera se extendían por todo el espacio, flanqueadas por bancos que se astillaban. Cientos de internas permanecían en silencio detrás de sus asientos asignados, esperando a que la matrona les hiciera la señal para sentarse. Nell ocupó su lugar al lado de Meg, mirando los tablones marcados de la mesa y los cuencos de lata abollados que esperaban a las servidoras.

—No levantes la vista —susurró Meg, manteniendo la barbilla pegada al pecho—. Ya viene.

Las puertas dobles de madera al frente del salón se abrieron de par en par. El Master Grendel subió a la plataforma elevada, oteando la sala. Llevaba un abrigo de lana de excelente sastrería con botones de latón que brillaban bajo los faroles colgantes. Un pulcro plastrón de lino rodeaba su grueso cuello, acentuando sus mofletes bien alimentados. Miró a las internas hambrientas con absoluto desprecio, como si estuviera catalogando ganado.

—Sentaos —ordenó Grendel.

Las internas se sentaron al unísono, y los bancos de madera gimieron bajo su peso colectivo. Mujeres con delantales manchados de grasa empujaron grandes carros de madera por los pasillos, sirviendo con un cucharón unas gachas grisáceas y aguadas en los cuencos de lata. Nell observó a Grendel con atención. Él se palmeó el costado del abrigo, comprobando el bolsillo. Un tintineo metálico llegó a sus oídos. Guardaba las llaves en el bolsillo derecho de su chaleco, aseguradas por una cadena de plata sujeta al ojal.

—Se le ve demasiado próspero para ser un hombre que gestiona la caridad parroquial —observó Nell en voz baja.

—Cómete tu bazofia y mantén la cabeza baja —advirtió Meg, levantando su cuchara.

Nell sumergió su cuchara de madera en las gachas, llevándose el líquido insípido y tibio a los labios. Fue como tragar tiza mojada. Se obligó a ingerirlo, sabiendo que necesitaba las calorías para sobrevivir a las cubas de la lavandería.

Las puertas principales volvieron a abrirse, dejando paso a un hombre que parecía fuera de lugar en aquel entorno sombrío. Vestía un sencillo traje eclesiástico negro y un alzacuello blanco almidonado. Tenía el cabello oscuro cuidadosamente peinado, pero sus ojos recorrían el cavernoso salón, registrando un profundo desconcierto ante las miserables condiciones. Estrechaba una Biblia encuadernada en cuero contra su pecho, aferrando el libro con fuerza contra su cuerpo.

Grendel se giró, y su expresión se ensombreció cuando el recién llegado se acercó a la plataforma.

—Sr. Penhaligon —le saludó Grendel, ofreciendo una sonrisa perfectamente falsa—. No esperaba que el nuevo capellán de la parroquia se uniera a nosotros tan temprano. Las internas no están más que rompiendo el ayuno.

—Deseaba presentarme a la congregación, Master Grendel — Arthur Penhaligon bajó los dos escalones de la plataforma y caminó por el pasillo entre las mesas—. El padre John me dijo que la parroquia de Blackfriars necesitaba guía espiritual. Mi intención es brindar consuelo a quienes han sido puestos a nuestro cargo.

—Lo que necesitan es disciplina, capellán, no consuelo. El consuelo engendra pereza.

Arthur ignoró el comentario del director y continuó su paseo por el pasillo. Observó las mejillas hundidas y los ojos desesperados de las internas. Al llegar a la mesa frente a la de Nell, se detuvo junto a una niña pequeña e increíblemente frágil. Bessie estaba sentada temblando en el banco, mirando su cuenco de lata vacío. Una chica mayor le había robado las gachas antes de que la matrona pudiera darse cuenta.

Bessie comenzó a llorar, con lágrimas silenciosas abriéndose paso a través del hollín de su cara.

Arthur se arrodilló junto al banco, apoyando su Biblia en la mesa. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una rebanada fresca y gruesa de pan blanco, claramente destinada a su propio desayuno. Se la ofreció a la niña que lloraba.

—Toma, pequeña. Tienes que comer.

Bessie se quedó mirando el pan, demasiado aterrorizada para cogerlo. Miró con nerviosismo hacia la plataforma donde Grendel permanecía observándolas.

—Cógela —instó Arthur, presionando el pan en sus manos pequeñas y sucias—. Dios provee para los hambrientos.

Bessie agarró el pan y se metió la mitad en la boca, masticando frenéticamente. Arthur sonrió, volviendo a ponerse de pie y recuperando su Biblia. Tenía una expresión peligrosamente ingenua, irradiando un ferviente deseo de arreglar un sistema que claramente no comprendía.

Nell observó el intercambio, con su mente trabajando con rapidez. Este capellán creía en la amabilidad. Creía en la salvación y en la bondad fundamental de la humanidad. Se había metido en un matadero intentando negociar con los carniceros ofreciéndoles escrituras sagradas.

Era el blanco perfecto.

—¿Quién es el sacerdote? —le preguntó Nell a Meg, sin apartar los ojos de Arthur.

—El capellán Penhaligon. Llegó hace dos días. —Meg raspó el fondo de su cuenco de lata—. No durará. Grendel lo quebrará o lo echará de la parroquia antes de final de mes.

—Lleva llaves maestras colgando del cinturón.

Meg dejó de raspar y miró fijamente a Nell. —Ni se te ocurra. Si tocas a un hombre de Dios, te colgarán en la plaza pública.

—No voy a tocarlo, Meg. Voy a salvar su alma.

Nell se tragó el último resto de sus gachas, tramando su estrategia. El capellán necesitaba creer que ella buscaba la redención espiritual. Requería una crisis de fe, un colapso perfectamente coreografiado cerca de la capilla y las lágrimas suficientes para convencerle de que necesitaba desesperadamente asesoramiento privado. Una vez dentro de su rectoría, copiar sus llaves le llevaría menos de un minuto.

Arthur Penhaligon continuó su lento paseo por el comedor, deteniéndose para ofrecer breves palabras de aliento a las internas. La mayoría le ignoraban, centrándose únicamente en sus cuencos. Nell siguió sus movimientos, memorizando su forma de andar, la

manera en que dudaba antes de hablar y la posición exacta del aro de hierro que descansaba contra sus pantalones negros.

Se detuvo cerca del final de la mesa de Nell. Al girar la cabeza, se encontró con su mirada. Nell abandonó al instante su apariencia ruda, dilatando sus ojos y dejando caer los hombros. Fabricó una mirada de absoluta y aplastante desesperación, alzando la vista hacia él como si fuera la única fuente de luz en toda la sala.

Arthur hizo una pausa, apretando más su Biblia. Dio medio paso hacia ella, claramente conmovido por la actuación, pero la matrona Sikes golpeó su bastón contra la pared.

—¡Se acabó el tiempo! ¡Retirad los cuencos! ¡Id a los talleres inmediatamente!

Las internas se levantaron como una sola, y los bancos rasparon ruidosamente contra el suelo de piedra. Nell se puso en pie, manteniendo ahora los ojos fijos en el suelo, interpretando el papel de la huérfana callejera destrozada. Arrastró los pies junto con la multitud, dirigiéndose a las cubas de la lavandería, sabiendo exactamente qué era lo siguiente que debía hacer. El director tenía la caja fuerte, pero el ingenuo capellán tenía las llaves del reino.

—Mantén la cabeza baja —le recordó Meg, abriéndose paso entre la multitud de cuerpos—. Sikes nos vigila.

—Que vigile —respondió Nell—. Tengo ropa que hervir.

El vapor de las cubas salió a su encuentro cuando entraron en los pasillos inferiores, envolviendo a las internas y sofocando el frío. Nell ocupó su lugar ante la tina de madera, agarrando el palo astillado. Lo hundió en el agua, sintiendo la resistencia de los linos empapados, y empezó a remover. El calor le quemaba la cara y los músculos de los hombros se le tensaron por el esfuerzo, pero una pequeña sonrisa asomó a sus labios. Ya tenía su objetivo. La estafa estaba oficialmente en marcha.

CAPÍTULO 3



La resina oscura se pegaba a los pliegues de su palma, recogiendo pelusas y ceniza de los profundos bolsillos de su delantal. Nell hizo rodar el pequeño bloque de cera de zapatero entre el pulgar y el índice, usando su propio calor corporal para ablandar el rígido material hasta que cedió a la presión de su uña. Escondiendo las manos entre los toscos pliegues de su uniforme, mantuvo el paso al lado de Meg a través del patio helado. La escarcha cubría los bordes de los adoquines, convirtiendo el suelo irregular en un peligro de resbalón para las reclusas que se arrastraban hacia los lavaderos. A su alrededor, las mujeres se apretaban los finos chales contra el cuello, moviéndose como un rebaño de ganado apaleado hacia los umbrales humeantes.

—He dejado de sentir los dedos de los pies hace una hora. —Meg se subió el cuello alrededor de la garganta, encogiendo los hombros contra el frío que la oprimía como hierro húmedo— Si Sikes me asigna mañana a las tablas de fregar de fuera, seguro que pierdo un pie por la gangrena.

—Lo que tienes que hacer es mangar unas medias más gruesas de los contenedores de donaciones —dijo Nell, sin dejar de escudriñar el perímetro del patio—. He visto un cajón de prendas de lana al lado de la puerta de suministros.

—Grendel cierra esa puerta él mismo. —Meg pisó con cuidado un parche de hielo gris— A cualquiera que pillen merodeando cerca de

los cajones le tocan tres días en la celda de castigo.

—Grendel no puede vigilar cada rincón de esta parroquia.

—Tiene ojos en todas partes, no seas tonta.

El viento azotaba el espacio abierto, tirando de sus faldas y atravesando la barata tela como si no fuera nada. Nell cerró los dedos con más fuerza alrededor de la cera. Necesitaba las llaves hoy. Esperar otra semana significaba arriesgarse a que pillaran a Jemmy husmeando por los conductos del carbón o, peor aún, a que Grendel trasladara los fondos malversados a una caja de seguridad en la ciudad.

Un destello de blanco puro le llamó la atención. Al otro lado del patio, saliendo del ala de administración, Arthur Penhaligon bajaba los escalones de piedra. El capellán apretaba su Biblia encuadernada en cuero contra el pecho, atravesando el patio helado hacia la pequeña capilla situada cerca del muro este. El llavero de hierro colgaba libremente de su cinturón de cuero, tintineando levemente contra su muslo. Caminaba despacio, deteniéndose dos veces para observar los hombros encogidos y las mejillas hundidas a su alrededor, como si la visión le doliera de verdad.

—Meg. —Nell dejó de caminar— Necesito que provoques una distracción cerca de las puertas del lavadero. Limítate a chocar con alguien y dejar caer el cubo.

Meg se detuvo y se giró para seguir la mirada de Nell. Sus ojos se abrieron de par en par presa del pánico inmediato. —¿Te has vuelto loca? Sikes está ahí mismo.

—Sikes está mirando hacia el cobertizo de la estopa. Solo necesito dos minutos.

—Vas a conseguir que nos azoten a las dos.

—Te daré la mitad de mi ración de pan durante los próximos tres días.

Meg miró al capellán y luego volvió a mirar a Nell. —Estás mal de la cabeza. Tres días, y me das también las cortezas.

—Hecho.

—Ve.

Meg se dio la vuelta y se apresuró hacia la fila del lavadero, golpeando intencionadamente el hombro de una mujer más alta que

llevaba un cesto de ropa húmeda. El cesto se volcó, desparramando las sábanas húmedas por las piedras heladas. De inmediato estallaron los gritos, atrayendo la atención de los guardias más cercanos y obligando a la matrona Sikes a apartar la vista del patio.

Nell pivotó y corrió hacia la capilla. Forzó su respiración para que fuera superficial y entrecortada, dejando que el viento gélido provocara lágrimas reales en las comisuras de sus ojos. Al acercarse a los escalones de la capilla, se dejó caer sobre el primer peldaño de piedra justo cuando Arthur llegaba a la puerta. Se desplomó contra el granito helado, ocultando el rostro entre las manos y soltando un sollozo miserable que resonó en el aire.

Arthur se detuvo de inmediato. Se dio la vuelta, soltando el picaporte de latón de la puerta.

—Hija mía, ¿qué sucede?

Nell lloró más fuerte, encogiéndose como una bola de miseria sobre los escalones. —¡No puedo más! ¡No puedo sobrevivir en este lugar tan espantoso! ¡Dios me ha abandonado!

Arthur bajó los escalones a toda prisa y se arrodilló a su lado sobre la piedra implacable. Estiró la mano, vacilando una fracción de segundo antes de posarla sobre su hombro tembloroso.

—Dios no abandona a nadie. Míreme.

Nell levantó la cabeza lentamente. Dejó que su labio inferior temblara violentamente, permitiendo que las lágrimas se desbordaran por sus pestañas y trazaran surcos entre la suciedad de sus mejillas. Arthur parecía consternado. Sus ojos oscuros reflejaban una angustia real, y su frente estaba fruncida en una absoluta compasión por aquel dolor fingido.

—Mi madre ha muerto —sollozó Nell, bajando la voz mientras se acercaba más a él—. ¡Estoy sola, y la matrona me ha dicho que voy a pudrirme en las cubas de la lavandería!

—La matrona habla desde la ira, no desde la verdad. —Arthur le dio unas palmaditas en el hombro— Aquí está a salvo. Encontrará un propósito y la redención.

—¡No hay redención en el agua hirviendo!

Nell rodeó el cuello de Arthur con sus brazos, hundiendo el rostro en su cuello almidonado y llorando abiertamente sobre su abrigo de

lana. Arthur se quedó petrificado. No tenía experiencia alguna lidiando con mujeres histéricas que se aferraban a él en medio del patio. Sus brazos quedaron flotando inútilmente en el aire antes de que, tentativamente, los rodeara por la espalda en un torpe abrazo.

—Ea, ya pasó —murmuró Arthur, acariciándole la espalda—. Debe tener fe.

—Quiero a mi madre.

—Lo sé. Lo sé.

Apretando el rostro contra su abrigo, Nell dejó que su mano derecha cayera limpiamente por el costado de él. Sus dedos rozaron la tela áspera de sus pantalones, localizando el hierro frío del llavero sujeto a su cinturón. Mantuvo sus sollozos a un volumen alto, cubriendo el leve roce metálico mientras aislaba del resto la llave maestra de tija redonda. Arthur continuó dándole palmaditas en la espalda, distraído por su propia incomodidad y su ferviente deseo de consolarla. Él cambió su peso sobre las piedras, ofreciéndole más apoyo.

—Podemos entrar en la capilla —sugirió Arthur— Allí dentro hace calor. Podemos rezar juntos.

—No me sé ninguna oración.

—Yo le enseñaré.

Nell inmovilizó la llave contra el cinturón de cuero usando el pulgar. Abriendo la palma de la mano, dejó expuesto el bloque reblandecido de cera de zapatero. Presionó los gruesos dientes de hierro de la llave directamente en el centro de la resina, apretando con fuerza para asegurarse de que el intrincado paletón dejara una impresión perfecta y profunda. El metal frío se le clavó en la piel a través de la cera.

—¿De verdad me enseñará? —preguntó Nell, retirando la llave del molde.

—Por supuesto que lo haré.

Cerrando el puño alrededor de la cera, dejó que su mano se apartara del cinturón. Se separó del abrazo, limpiándose la nariz con su áspera manga. Arthur sacó un pañuelo de lino limpio de su bolsillo interior y se lo ofreció.

—Tome esto —insistió.

Nell se quedó mirando la inmaculada tela blanca. Un dolor punzante le brotó en el pecho. Los hombres de la calle no ofrecían nada sin esperar monedas o sangre a cambio. Este hombre simplemente quería que se limpiara la cara. Cogió el pañuelo, sintiendo el fino cosido bajo sus dedos encallecidos.

—Gracias, capellán.

—Me llamo Arthur. Puede llamarme Arthur cuando hablemos en privado.

—Gracias, Arthur. A mí me llaman Nell.

Arthur sonrió, una expresión genuina que le hizo arrugas en las comisuras de los ojos y le dio un aspecto notablemente joven. Se puso en pie, tendiéndole la mano. Nell miró su palma extendida con el puño apretado con fuerza contra la impresión robada de su llave maestra. Deslizó la cera en el profundo bolsillo de su delantal antes de poner su mano vacía en la de él. Él la ayudó a levantarse con suavidad.

—Entre, Nell. Busquemos algo de paz para ti.

—Debo volver a la lavandería. Sikes me pegará si se da cuenta de que no estoy.

—Hablaré con la matrona. Le diré que requería consejo espiritual.

—No puede protegerme de ella, Arthur. No entiende cómo funciona este lugar.

—Entonces debe explicármelo. —Señaló hacia las puertas de la capilla— No puedo remediar el sufrimiento si no comprendo de dónde viene.

Nell observó la ferviente determinación grabada en sus rasgos. La culpa regresó, esta vez más aguda, atravesando su cinismo ensayado. Lo estaba preparando para cargar con la culpa del mayor robo de la historia de la parroquia. Cuando Grendel descubriera la caja fuerte vacía, la primera persona de la que sospecharía sería el ingenuo capellán que llevaba las llaves maestras.

—Quizá mañana —mintió Nell, dando un paso atrás—. Tengo que volver a las cubas.

—Mañana, entonces. Después del desayuno.

—Le buscaré.

CAPÍTULO 4

A las seis y seis minutos exactamente, las oxidadas bisagras de la puerta de suministros del este chirriaron contra el barro congelado. Nell arrastró el cubo de hojalata galvanizada por los irregulares adoquines, inclinando todo el peso de su cuerpo hacia el lado opuesto de la ceniza que se desbordaba por el borde, para evitar estropear aún más su uniforme. Unas motas grises ascendieron hasta enredarse en sus pestañas, escociéndole las córneas y dejando un sabor amargo a azufre quemado en su lengua. Vaciar el contenido en la enorme pila de desechos requería izar el tonel de hojalata hasta su cintura, un movimiento que tiraba de unos músculos todavía destrozados por el trabajo en las cubas.

Un gran carro de madera traqueteó al cruzar el portón abierto, tirado por un caballo de lomo hundido cuyo aliento formaba nubes como el humo de una chimenea. El conductor tiró de las riendas de cuero para detener a la bestia cerca de las puertas del sótano. Nell dejó caer su cubo vacío sobre las piedras, se limpió el polvo granulado de la frente con el dorso de la manga y observó a la pequeña figura que bajaba del pescante del carromato.

Jemmy llevaba una capa de mugre negra tan espesa que ocultaba las pecas que salpicaban su nariz. El hollín le cubría el pelo, apelmazando los mechones rubios en puntas oscuras y rígidas que sobresalían en ángulos absurdos. Llevaba un gran saco de lona colgado al hombro, que arrastró hacia la abertura del sótano

mientras lanzaba una mirada profundamente ofendida hacia el cielo nublado.

—Tienes un aspecto espantoso, Jemmy.

Al soltar el saco de lona sobre la tierra helada, Jemmy se cruzó de brazos. —Estoy respirando polvo de carbón, Nell. Tengo los poros destrozados.

—Estás haciendo el papel de un mozo del carbón. Por lo general, se espera que los mozos de la parroquia estén sucios.

—Buscaba una estética trágica, ligeramente manchada, para sacarle alguna propina extra a la cocinera. —Jemmy se frotó la mejilla y, sin querer, restregó el polvo negro más profundamente en su piel—. En lugar de eso, he recibido una capa completa de mugre industrial, y la cocinera no ha hecho más que amenazarme con darme un sopapo si dejaba huellas en el suelo de su fregadero. Esto está arruinando mi delicado cutis.

Nell soltó una carcajada seca, reprimiendo rápidamente el sonido tras su mano cuando el guardia del patio giró la cabeza en su dirección. Fingiendo un ataque de tos, se encorvó sobre su cubo vacío hasta que el guardia perdió el interés y reanudó su ronda cerca del muro exterior. Acercándose más al carromato, metió la mano en el profundo bolsillo de su delantal.

—¿Has asegurado la ruta hasta el cerrajero?

—El hombre de Fleet Street ha aceptado tallar el latón para mañana por la tarde. —Jemmy bajó las manos, mirando nervioso hacia el guardia que patrullaba—. Cobra el doble por los trabajos urgentes y ha exigido el pago por adelantado.

—Usa el reloj de bolsillo de plata que robé en Cheapside para cubrir sus honorarios. —Nell le puso el bloque endurecido de cera de zapatero en la palma de la mano, cerrando los dedos sucios del chico sobre la resina—. La impresión es perfecta. Dile al tallador que ajuste el paletón con exactitud, o los resortes del interior de la cerradura maestra se atascarán.

Jemmy inspeccionó brevemente el bloque de cera antes de deslizarlo en el bolsillo de su propio pantalón. —¿Sospecha algo el capellán?

—El capellán cree que soy una huérfana profundamente traumatizada que busca la salvación bíblica.

—Vas a arder en el infierno por manipular a un sacerdote.

—Aceptaré la condenación con gusto si eso nos asegura el pasaje a América. —Nell cogió su cubo de hojalata, apretando el asa de alambre con fuerza para evitar que las manos le temblaran en el aire gélido—. Consigue que tallen la llave. Tráela al conducto de la lavandería mañana durante el reparto de la mañana.

—No dejes que Sikes te pille holgazaneando.

Jemmy se echó el saco de lona al hombro y desapareció por los escalones del sótano, refunfuñando amargamente sobre las cualidades abrasivas del carbón barato. Nell se alejó del carromato, llevando su cubo vacío de vuelta hacia el edificio principal. El viento aullaba a través de los arcos abiertos, calándole a través de su fina camisa de algodón hasta que le dolieron las costillas. Escapar del patio no ofrecía un alivio real, ya que regresar al interior significaba descender a las profundidades asfixiantes del lavadero.

Al abrir la pesada puerta de madera que daba a las escaleras del sótano, Nell sintió de inmediato el brusco contraste de temperatura. La corriente gélida desapareció, reemplazada por un muro opresivo de calor húmedo que subía de los pisos inferiores. La condensación goteaba del techo de ladrillo abovedado, acumulándose en las losas gastadas para crear charcos traicioneros a lo largo de la escalera. Navegó por el descenso resbaladizo con cuidado, escuchando el eco del chapoteo del agua hirviendo y los chasquidos secos del lino húmedo al golpear las tablas de lavar.

La lavandería parecía una visión del purgatorio. Enormes cubas de madera dominaban el espacio, irradiando un calor intenso que convertía el aire circundante en una niebla espesa e irrespirable. Docenas de mujeres permanecían subidas en tablones de madera resbaladizos, hincando largas pértigas en los calderos hirvientes para agitar los uniformes de la parroquia. El aroma del jabón de lejía le picaba a Nell en la nariz, quemándole las fosas nasales y haciendo que sus ojos lagrimearan constantemente. Localizó su puesto asignado cerca de la pared trasera y encontró a Meg ya subida a la

plataforma, empujando con violencia su vara de madera en el agua espumosa.

Meg detuvo su labor, apoyando su peso contra la madera astillada. —Sikes se ha dado cuenta de que no estabas en la fila.

—Me han mandado a recoger la ceniza de la noche de las estufas de los dormitorios. —Nell dejó su cubo contra la pared de ladrillo y subió a la plataforma de madera junto a ella—. He vuelto para cumplir con mi glorioso deber para con la parroquia.

—Coge la otra pértiga y empieza a remover. —Meg se limpió el sudor de su frente cicatrizada con el delantal húmedo—. Sikes está de un humor de perros. Le ha dado con la vara a una chica en la sala de hilado por dejar caer una bobina.

—Siento los brazos como si estuvieran desprendidos de los hombros. —Nell cogió la pértiga de repuesto, mirando el agua gris burbujeante—. Necesito una tarea diferente hoy.

—Aquí no elegimos nuestras tareas, rata callejera.

—Mañana haré tu turno en las cubas, desde el amanecer hasta el anochecer, si hoy me dejas tus labores de fregado.

Meg dejó de moverse y giró la cabeza despacio para mirar a Nell a través del vapor naciente. —¿Quieres fregar el ala de administración?

—Quiero dejar de estar de pie.

—Te pasas el turno entero de rodillas sobre la piedra implacable. —Meg apretó la pértiga con más fuerza, con cara de estar genuinamente confundida—. Las losas te arrancan la piel directamente de las rótulas, y el señor Grendel le da una patada a cualquiera que encuentre merodeando cerca de la puerta de su despacho. Es la peor tarea de este edificio miserable.

—Fregaré muy rápido.

—Estás loca.

—¿Tenemos un trato, Meg?

—Si Sikes nos pilla intercambiando las tareas, ambas acabaremos en la celda del sótano.

—A Sikes solo le importa que los suelos estén limpios y que la colada esté hervida. —Nell soltó la pértiga, dejándola apoyada contra el borde de la cuba—. Nunca se fija en las caras de las

mujeres que friegan los pasillos, porque nunca mira hacia abajo. Dame tu cepillo.

Meg dudó, sopesando la intensa agonía física del agua hirviendo frente al riesgo de la vara de la matrona. El calor de la sala las oprimía, convirtiendo sus uniformes en harapos empapados y pegajosos. Metiendo la mano en un cubo que descansaba sobre la plataforma, Meg sacó un cepillo de cerdas duras y una pastilla de áspero jabón fénico.

—Coge el cubo que hay junto a la puerta. —Meg le entregó el cepillo a Nell—. El pasillo de administración empieza después del vestíbulo principal. No hables con Grendel si pasa por tu lado.

—Tengo la intención de ser invisible.

Al bajar de la plataforma resbaladiza, Nell ocultó el cepillo en su delantal y sorteó el laberinto de cubas hirvientes. Evitó los codos de las otras internas, manteniendo la barbilla pegada al pecho hasta llegar a la puerta principal. Un cubo de madera abollado lleno de agua tibia reposaba abandonado cerca del umbral. Agarró el asa metálica y subió el pesado recipiente, que chapoteaba a cada paso, por la estrecha escalera de piedra que conducía a la parte delantera del hospicio.

El ruido caótico de la lavandería se desvaneció tras las gruesas puertas del sótano. Al llegar a la planta baja, Nell entró en un mundo diferente. El ala administrativa tenía un friso de roble pulido y paredes enlucidas, libres de la mugre que recubría el resto de la institución. Una larga alfombra de pasillo se extendía por el centro del corredor, flanqueada por losas lisas que requerían un fregado diario para mantener su aspecto inmaculado. Grandes ventanales dejaban pasar la luz grisácea de la mañana, proyectando sombras alargadas sobre el suelo.

Al dejar el cubo en las piedras, Nell cayó de rodillas. Hundió el cepillo de cerdas en el agua jabonosa, estremeciéndose cuando el líquido frío caló de inmediato su delantal y su vestido. Aplicando el jabón áspero directamente sobre la piedra, empezó a fregar con amplios arcos circulares. Las cerdas rascaban con fuerza contra el suelo, creando un raspado rítmico que resonaba levemente en el techo de yeso.

Gateó lentamente por el pasillo, ignorando el agudo dolor que empezaba a brotar en sus rótulas. Pasando por delante de las puertas cerradas de los armarios de almacenamiento y de la sala de juntas de la parroquia, centró su atención en el extremo final del corredor. Un par de puertas de caoba maciza marcaban la entrada a las estancias privadas del señor Grendel. Las bisagras de latón brillaban contra la madera oscura, perfectamente pulidas e imponentes.

Mojando de nuevo el cepillo en el cubo, Nell calculó la distancia. La llave maestra del capellán burlaría las cerraduras exteriores con facilidad, pero la caja fuerte de hierro del interior requería una combinación de cuatro dígitos. Mirando los paneles de caoba, sabía que forzar una cerradura de combinación requería un silencio absoluto y al menos veinte minutos sin interrupciones. La gala del próximo viernes ofrecía la única oportunidad viable, pero necesitaba conocer la disposición exacta de esa habitación antes de intentarlo.

Se oyeron pasos desde el extremo opuesto del pasillo. Unas suelas de cuero golpeaban el entablado, caminando con una precisión pausada y deliberada. Nell mantuvo la cabeza gacha, fregando con ímpetu una mancha oscura en la piedra. No necesitó levantar la vista para identificar las pesadas y costosas botas que se detuvieron a pocos centímetros de su falda empapada.

El señor Grendel la dominaba con su estatura, emanando una frialdad intimidante.

—Mueve el cubo.

Nell agarró el asa de alambre, arrastrando el cubo hacia atrás sin levantar los ojos. —Perdone, señor. Ya lo muevo.

Grendel la rodeó, sacando un pequeño reloj de oro del bolsillo de su chaleco para comprobar la hora. No le dedicó ni una sola mirada, tratándola como a un mueble más de los que estaba limpiando. Al llegar a las puertas de caoba, sacó su propio llavero de hierro y seleccionó la llave de tija hueca.

La cerradura giró. Nell memorizó el preciso chasquido de los resortes al encajar en su sitio.

Al abrir la puerta, Grendel entró en su despacho, dejando la hoja entreabierta mientras cruzaba la estancia hacia su escritorio. Nell

dejó de fregar. Desplazó su peso sobre los talones, escudriñando a través de la estrecha rendija entre la puerta y el marco. El interior revelaba un espacio de un lujo escandaloso comparado con la miseria de los dormitorios. Un fuego rugiente ardía en una chimenea de mármol, iluminando filas de libros encuadernados en cuero y un enorme escritorio de caoba repleto de libros de contabilidad.

Detrás del escritorio, parcialmente oculto por un tapiz decorativo que representaba una escena de caza, la esquina gris mate de la caja fuerte de hierro captó el resplandor del fuego.

Era enorme. Probablemente, el arquitecto de la parroquia había empotrado la carcasa metálica directamente en la obra de ladrillo para evitar que alguien se la llevara. Nell clavó la vista en el dial expuesto, fijándose en los números de latón grabados en la cara giratoria.

Grendel se giró de repente hacia la puerta. Nell agachó la cabeza al instante, hundiendo el cepillo de nuevo en el agua jabonosa y rascando con violencia contra las losas.

—Tú, la de ahí.

Nell se quedó petrificada, con el corazón golpeándole las costillas. Mantuvo los ojos fijos en el charco de jabón que se extendía por el suelo.

—Sí, señor.

—Entra y pule los utensilios de la chimenea. El latón se ve deslucido.

Nell parpadeó, mirando el agua sucia que le corría por los nudillos. Entrar en el despacho estando él presente suponía un riesgo aterrador, pero también ofrecía la oportunidad perfecta para memorizar las dimensiones exactas de la caja fuerte.

—Enseguida, señor.

Poniéndose en pie, se secó las manos mojadas en el delantal y cruzó el umbral hacia el santuario del señor. El calor del fuego le dio en la cara de inmediato, portando el rico aroma del cedro quemado y del humo de un cigarro caro. Grendel estaba sentado tras su escritorio, acercándose un grueso libro de contabilidad y mojando una pluma en un tintero de cristal. Señaló hacia el hogar sin mirarla.

—Los trapos están en el cubo, junto al carbonero. Date prisa.

Caminando por la gruesa alfombra tejida, Nell se acercó a la chimenea de mármol. Se arrodilló junto a las herramientas de latón y cogió un trapo manchado de pulimento viejo. Mientras empezaba a frotar las tenazas de metal, giró la cabeza sutilmente, trazando un mapa de la habitación. Dos ventanas daban al patio interior, ambas aseguradas con cerrojos de hierro. El escritorio estaba perfectamente centrado, ofreciendo una línea de visión clara hacia la puerta. El tapiz que ocultaba la caja fuerte colgaba de una sencilla varilla de madera, fácil de apartar.

—He recibido el manifiesto de carga de los muelles —murmuró Grendel, hablando más para sí mismo que para la chica que limpiaba su chimenea—. El comerciante requiere treinta unidades para finales de mes.

Nell dejó de frotar el latón. *Treinta unidades.* No se hacía referencia a seres humanos como unidades a menos que se vendieran al peso o por cabeza. Se mantuvo de espaldas al escritorio, aplicando más pulimento al atizador de hierro.

—Deben ser lo bastante fuertes para sobrevivir al viaje —continuó Grendel, con su pluma rascando ruidosamente contra el pergamino—. No emitiré reembolsos por cargamento que perezca durante el tránsito. Las minas exigen mercancía resistente.

Las minas. El rumor de Jemmy sobre los campos de trabajos forzados se cristalizó de repente en una realidad horrorosa. Nell sintió un nudo frío formarse en su estómago, neutralizando el calor del fuego. Grendel no se limitaba a malversar la caridad de la parroquia; estaba vendiendo activamente a los huérfanos bajo su cuidado a colonias de trabajo en el extranjero.

Necesitaba revisar el manifiesto. Si el nombre de su hermano figuraba en esa lista, el plazo para el robo se desvanecía. Tendría que echar abajo este edificio entero esta misma noche.

—¿Has terminado?

Nell se sobresaltó, dejando caer el trapo sucio en el cubo. —Sí, señor. El latón está pulido.

—Entonces lárgate. Vuelve a tu fregado.

Levantándose rápidamente, Nell hizo una reverencia torpe hacia el escritorio. Grendel nunca levantó la vista de su libro de

contabilidad, con la pluma moviéndose veloz por la página. Ella salió de la estancia de espaldas, cerrando la puerta de caoba hasta que el pestillo encajó con seguridad. Sola en el pasillo silencioso, se quedó mirando la puerta cerrada, con la respiración entrecortada y acelerada.

El robo de los fondos parroquiales de repente le pareció insignificante. Robar el dinero arruinaría a Grendel, pero no traería de vuelta a los niños que ya estaban cargados en esos barcos. Necesitaba el dinero para financiar su huida, pero también necesitaba esos contratos de servidumbre.

Cayendo de nuevo sobre sus rodillas, agarró el cepillo de cerdas y lo hundió en el agua helada. Lo que estaba en juego había cambiado radicalmente. Sobrevivir a Blackfriars ya no era suficiente; tenía que destruirlo.

CAPÍTULO 5



La filantropía siempre requería un público, lo que significaba que los pasillos que conducían al despacho del director recibían más jabón que los huérfanos que vivían en los dormitorios. Nell arrastraba su cepillo de cerdas rígidas por las implacables losas. El agua sucia empapaba su basta falda, enfriándole la piel y dejando sus rodillas en carne viva contra el duro suelo. Hundió de nuevo el cepillo en el cubo de madera, ignorando los punzantes dolores que le subían por los antebrazos.

Meg estaba arrodillada a un metro de distancia, escurriendo un trapo gris sobre un cubo de hojalata. —Si froto con más fuerza, desenterraré la suciedad original que dejaron los romanos. Siento que me sangran los dedos por debajo de las uñas.

—No dejes de mover el cepillo —ordenó Nell, frotando con agresividad una mancha oscura—. Hemos entregado las raciones de pan de tres días para librarnos de las calderas de agua hirviendo. No hagas que me arrepienta del trato quejándote por un par de ampollas.

—Solo estoy diciendo la verdad, Nell. Este pasillo no se acaba nunca.

El pestillo de latón de las puertas de caoba chasqueó con fuerza, resonando por el vestíbulo enyesado. Unas botas de cuero golpearon el entarimado pulido del despacho. Master Grendel emergió de su santuario, ajustándose los puños al cruzar el umbral. Se detuvo en la

entrada, mirando con desprecio a las dos mujeres arrodilladas en el agua jabonosa.

—Despejad el camino —ordenó Grendel, dando un paso adelante sin intención de alterar su marcha—. Quitad vuestros cubos de inmediato. Voy a inspeccionar las cocinas y no toleraré que se me mojen los bajos de los pantalones.

Nell agarró el asa de alambre de su cubo y lo deslizó hacia atrás sobre las piedras mojadas. Bajó la barbilla hacia el pecho, interpretando a la perfección el papel de interna doblegada. Grendel pasó junto a ellas, y sus botas resonaron con fuerza mientras se dirigía hacia la escalera principal. Nell esperó hasta que sus pasos se desvanecieron bajo los arcos.

Dejando caer el cepillo al agua, se incorporó del suelo.

—Vigila el rellano —ordenó Nell, escurriendo el exceso de agua de su delantal—. Si Sikes sube por esas escaleras, vuelca el cubo.

—Tienes exactamente tres minutos antes de que abandone este puesto para salvar mi propio pellejo —dijo Meg, moviéndose para bloquear la vista desde el extremo del pasillo—. No dejes que te pillen, pedazo de tonta.

Nell cruzó el umbral y cerró la puerta de caoba casi por completo tras de sí. El cambio de temperatura golpeó de inmediato su piel húmeda. Un fuego vigoroso crepitaba con un intenso calor en la chimenea de mármol, ahuyentando el frío que calaba los huesos en el asilo. El aroma a tabaco caro, cuero aceitado y cedro quemado llenaba el espacio cerrado. Se quedó paralizada una fracción de segundo, dejando que el puro lujo de la estancia encendiera una nueva oleada de ira en su pecho. Fuera de estos muros, los niños masticaban cortezas de pan mohoso. Dentro, Grendel caminaba sobre alfombras de lana lo bastante gruesas como para tragarse una moneda.

Pasó de largo el enorme escritorio de caoba. Grendel guardaba sus libros de contabilidad bajo llave en los cajones, pero a ella no le interesaban los registros de papel falsificados. Necesitaba la caja fuerte física. Dirigiéndose hacia la pared del fondo, se acercó a un enorme tapiz tejido que representaba a un sabueso de caza despedazando a un zorro.

Agarrando el borde de la gruesa tela, lo apartó de un tirón.

La caja fuerte estaba incrustada directamente en la fábrica de ladrillo, enmarcada por una gruesa carcasa de hierro que parecía impenetrable ante cinceles o palanquetas. Nell recorrió con sus dedos callosos el frío frontal metálico y se le cayó el alma a los pies al instante. Un dial de latón estaba perfectamente centrado sobre el pestillo. En su interior descansaban cuatro discos numéricos distintos, flanqueados por minúsculas marcas grabadas.

—Tiene que ser una broma.

Presionó el pulgar contra el dial más cercano e intentó girar la rueda. Se negó a girar libremente, haciendo un clic rígido contra los pasadores internos. El cuchillero que en ese momento estaba limando una pieza de latón en bruto para que coincidiera con su impresión de cera estaba perdiendo el tiempo. Puede que la llave de tambor sirviera para la puerta exterior, pero esta cámara requería números. Una cerradura de combinación exigía o bien la secuencia exacta o bien horas de manipulación ininterrumpida con herramientas de tensión especializadas. Ella no tenía ninguna de las dos cosas.

—¡Sikes está en el rellano inferior! —susurró Meg a través de la estrecha rendija de la puerta—. ¡Alguien sube las escaleras!

Nell soltó el tapiz. Giró hacia la chimenea y se dejó caer de rodillas sobre la alfombra estampada. Agarró el atizador de latón del soporte de mármol y usó el dobladillo de su delantal húmedo para frotar con furia el mango de metal. La adrenalina le recorrió las venas, haciendo que sus manos temblaran ligeramente mientras fingía el esfuerzo del trabajo forzado.

La puerta de caoba se abrió hacia dentro. Arthur Penhaligon cruzó el umbral, y sus zapatos de cuero apenas emitieron sonido contra la alfombra. Se detuvo justo al entrar en la habitación, recorriendo con la mirada el despacho vacío antes de bajar la vista hacia la chica arrodillada junto al fuego. Su expresión mostraba un profundo conflicto interno mientras observaba a la joven.

—Master Grendel no está aquí —Arthur observó sus acciones con atención, sin hacer ademán de marcharse—. ¿Por qué estás en sus aposentos privados, Nell?

—Madre Sikes me ordenó sacar brillo a los utensilios de la chimenea —respondió Nell sin dejar de frotar el latón, negándose a mirarlo a los ojos—. El metal parecía deslucido. No hago más que cumplir con mis obligaciones.

Arthur se adentró más en la habitación y se detuvo cerca del borde del escritorio. No alzó la voz, manteniendo una actitud increíblemente calmada.

—Estás usando un delantal mojado y sucio para sacar brillo a un latón seco. Además, acabo de cruzarme con Madre Sikes cerca de las calderas de la lavandería. Estaba amenazando a gritos con darles una paliza a dos internas por abandonar su tarea de frotar el pasillo.

Nell dejó de frotar el atizador. Dejó la herramienta de nuevo en el soporte de mármol y se puso de pie lentamente. La tela mojada de su falda se le pegaba con incomodidad a las piernas. Se giró para enfrentarse a él, abandonando el papel de huérfana asustada.

—Eres muy observador, Arthur.

—Creo que simplemente tengo capacidad de deducción básica —respondió él, cruzando los brazos sobre el pecho, aprisionando la Biblia contra su camisa negra de clérigo—. Ayer me mentiste en el patio sobre tu madre, y ahora me estás mintiendo sobre el motivo por el que estás en esta habitación.

—Lo que yo haga en esta habitación no es asunto tuyo.

—Eres una interna bajo el cuidado de esta parroquia. Tus actos son asunto mío.

Nell soltó una carcajada seca y cínica. —No finjas que tienes autoridad real aquí, capellán. Lees las Escrituras a gente que se muere de hambre mientras el director come carne asada. No eres más que el decorado para un matadero.

Arthur hizo una mueca, pues sus palabras le habían dolido visiblemente, pero no retrocedió. —Desviar la conversación hacia mis fallos personales no justifica tu allanamiento. Estás intentando robar al director.

—Grendel roba a la parroquia cada bendito día. Yo solo estoy equilibrando las cuentas.

—El robo es pecado, sin importar quién sea el objetivo.

—Matar de hambre a los niños es un pecado —dijo Nell, señalando con un dedo húmedo hacia la ventana del patio—. Bessie se ha desmayado esta mañana en el comedor porque su cuerpo está consumiendo sus propios músculos. Grendel reduce los pedidos de grano a la mitad y se guarda la diferencia. Si robar sus monedas ocultas me convierte en pecadora, arderé con mucho gusto.

—No puedes arreglar la corrupción quebrantando la ley.

—¡La ley protege a los corruptos! ¡Mira esta habitación! —Nell hizo un gesto salvaje hacia los sillones de cuero y el fuego crepitante —. ¡Mira el calor de este hogar! ¡Nosotros dormimos sobre paja helada mientras este hombre quema cedro de sobra para calentar una catedral! Tú recorres estos pasillos ofreciendo oraciones, Arthur. Las oraciones no llenan los estómagos vacíos. Las oraciones no compran la salida de esta pesadilla.

Arthur se la quedó mirando, asimilando la rabia pura que emanaba de su postura. Descruzó los brazos y dejó caer las manos a los costados.

—¿Qué estabas buscando?

—Buscaba una salida.

—Mirabas fijamente la pared del fondo cuando entré al pasillo — Arthur giró la cabeza, evaluando el tapiz. Pasó lentamente por delante del escritorio, acercándose a la tela tejida.

Nell se tensó, calculando la distancia hasta la puerta. —No toques eso.

Arthur agarró el borde de la escena de caza y lo apartó, dejando a la vista la caja de hierro. Observó los diales de latón durante un largo rato, con el reflejo de la luz del fuego bailando sobre la superficie metálica. Soltó la tela y se giró de nuevo hacia ella.

—No eres una huérfana callejera indigente —Arthur estudió su rostro, analizando el agudo cálculo que se apreciaba en sus ojos—. Una niña hambrienta no intenta abrir una caja fuerte de hierro. ¿Quién eres, Nell?

—Soy la persona que va a arruinarlo.

—Si te atrapa, te matará. Te encerrará en el sótano hasta que te pudras.

—Entonces será mejor que llames a gritos a los guardias, Arthur. Diles que has pillado a la rata de alcantarilla allanando el santuario —Nell levantó la barbilla, situándose a un brazo de distancia de él—. Entrégame. Haz cumplir tu preciada ley. Envíame al patio de triturar huesos.

Arthur la miró desde arriba, apretando la mandíbula. Sujetó con fuerza el lomo de su Biblia. El silencio se prolongó entre ellos, denso por el humo y por una tensión no verbalizada.

—No voy a someterte a la violencia —dijo finalmente Arthur, con la voz reducida a un susurro áspero—. No seré la causa de tu sufrimiento.

—Entonces eres cómplice.

—Sal de esta habitación —ordenó Arthur, alejándose de la pared y señalando hacia la puerta abierta—. Vuelve a tus tareas. Si vuelvo a encontrarte dentro de estos aposentos, informaré a la Junta de Custodios.

—La Junta se lleva una parte de sus beneficios, pedazo de tonto ciego. Solo te darán las gracias por proteger su inversión.

Nell recogió su cepillo de cerdas húmedas del suelo. Pasó junto a él y se detuvo justo antes de cruzar el umbral. Girando la cabeza, le ofreció una última y brutal verdad.

—Quieres salvar almas, Arthur. Empieza por salvar la tuya. Deja de defender a los monstruos que construyen las jaulas.

Al salir al pasillo gélido, dejó que la puerta de caoba se cerrara con un clic, dejando al capellán solo en el calor sofocante del lujo robado del director.

CAPÍTULO 6



—No te comas los grumos grises que flotan cerca del borde de tu cuenco.

Meg raspó su cuchara de madera contra el fondo abollado de su cuenco, manteniendo la mirada fija en los tablones desconchados de la mesa. —El cocinero barre los restos del suelo y los echa a las cubas de gachas cuando las raciones de harina escasean. Estás comiendo astillas y mugre.

—Necesito sustento, Meg, sin importar su origen. Nell se obligó a tragar una cucharada de la pasta tibia e insípida, ignorando las ganas inmediatas de tener arcadas. —Tengo el estómago vacío. Sería capaz de comerme los tablones del suelo si los hirvieran el tiempo suficiente para ablandar la madera.

—Entonces mastica rápido e intenta no saborear la arenilla.

Un fuerte estrépito de hierro atrajo su atención hacia la estufa de calefacción central situada a un metro de su banco. Jemmy arrastraba un enorme cubo de carbón por las losas, con aspecto miserable bajo una nueva capa de mugre industrial. El polvo de carbón le cubría la cara con tal espesor que sus rasgos se desdibujaban entre las sombras del cavernoso salón. Arrastró el cubo de hierro al pasar por delante de Matron Sikes. La matrona se limitó a arrugar la nariz y se alejó de la nube de hollín que se extendía, negándose a mirar directamente al sucio repartidor.

Jemmy se dirigió directamente a la estufa cercana a Nell.

—Esta ceniza me va a causar una dolencia permanente en los pulmones —masculló Jemmy, cayendo de rodillas para abrir la rejilla de hierro—. Escupo hollín negro cada vez que cierro los ojos. Parezco la bota desechada de un deshollinador.

—Sigue paleando —susurró Nell, manteniendo la barbilla pegada al pecho—. Sikes está vigilando la esquina del fondo. No atraigas su atención quejándote de tu cutis.

Jemmy hundió una pequeña pala de hierro en el cubo. Lanzó tres trozos de carbón a las llamas, provocando un súbito siseo de chispas. Alterando deliberadamente el ángulo, golpeó un cuarto trozo para que cayera al suelo. El bulto ennegrecido rodó bajo el banco de madera y se detuvo justo contra la desgastada bota de cuero de Nell.

—El latón está dentro —dijo Jemmy, mirando fijamente al fuego —. El cerrajero cobró un chelín extra por el intrincado sistema de guardas. Tuve que amenazar con quemarle la tienda para que lo tuviera terminado al amanecer.

—Tienes unas dotes de negociación admirables. —Nell dejó caer la cuchara y se inclinó como para recuperar el utensilio caído. Sus dedos rodearon el trozo de carbón frío y dentado. Pesaba poquísimo. Jemmy había partido la piedra y vaciado el centro para ocultar la llave maestra falsificada. Deslizó el premio ennegrecido en el bolsillo de su delantal antes de incorporarse.

—La caja fuerte de Grendel requiere números, Jemmy. La llave solo sirve para la puerta del despacho. No puedo abrir el dial interno sin la secuencia.

—El cuchillero me ha dicho algo útil —susurró Jemmy, lanzando otra palada de combustible a la estufa—. Bebe en la taberna cercana a la Junta parroquial. Dicen que el amo tiene una memoria pésima para los números. Escribe sus libros de contabilidad cifrados y esconde la combinación de su caja de hierro dentro de su libro de oraciones personal.

—¿Un libro de oraciones? —Nell no apartó los ojos de su cuenco, removiendo las gachas restantes—. Grendel me parece un hombre que no adora nada más que el oro y la mano de obra barata.

—Lleva una Biblia encuadernada en cuero a la capilla todos los domingos para guardar las apariencias —respondió Jemmy, cerrando el pestillo de hierro de la estufa—. El capellán celebra sesiones de asesoramiento privado en la rectoría. Grendel deja sus textos allí durante la semana para que el sacerdote los revise. Encuentra el libro y encontrarás los números.

—Vuelve al sótano antes de que la matrona se dé cuenta de que te has entretenido aquí.

Jemmy cogió el cubo vacío y se puso en pie de un salto. Hizo una reverencia burlona hacia el espacio vacío detrás de la matrona y salió apresuradamente por la puerta lateral, dejando un rastro de polvo negro a su paso. Nell dio unos golpecitos en el exterior del bolsillo de su delantal, sintiendo el duro trozo de carbón presionando contra su muslo. Tenía la llave. Ahora necesitaba entrar en la rectoría.

Una campana de latón tañó estridentemente contra los arcos de piedra. Los internos se levantaron al unísono, y los bancos de madera chirriaron con fuerza sobre los tablones del suelo. Meg dio un codazo a Nell, señalando hacia los arcos principales que conducían al ala de la capilla.

—El servicio comienza en cinco minutos. Si nos sentamos cerca de la parte de atrás, la corriente de aire de las ventanas te mantiene despierta.

—Hoy tengo la intención de sentarme muy delante. Nell se levantó, sacudiéndose las migas de la falda. —Siento una necesidad repentina y abrumadora de guía espiritual.

Meg resopló, uniéndose a la procesión que caminaba arrastrando los pies. —Vas a atraer la condenación eterna sobre todos nosotros.

La capilla no ofrecía refugio contra el frío que recorría los pasillos de la casa de trabajo. Paredes de piedra desnuda se arqueaban hacia techos abovedados perdidos en las sombras. Filas de bancos de madera sin barnizar se extendían hacia un modesto altar de madera carente de cualquier ornamentación dorada. Nell recorrió el estrecho pasillo, haciendo caso omiso de las protestas de Meg, y ocupó un lugar en la segunda fila. La pequeña Bessie estaba

sentada tiritando cerca del borde del banco, rodeándose el pecho con sus delgados brazos.

Nell se sentó junto a la niña y tiró suavemente del borde deshilachado de su propio chal para cubrir los hombros temblorosos de Bessie. La pequeña levantó la vista, con los ojos muy abiertos y enrojecidos de haber llorado durante la noche.

—Tengo los dedos de los pies entumecidos, Nell.

—Mételos bajo las faldas —le indicó Nell, frotando los brazos de la pequeña para generar calor—. El servicio no durará mucho. Solo tenemos que escuchar al hombre hablar.

Arthur Penhaligon subió al púlpito de madera, apoyando las manos en el borde pulido. Parecía agotado. Unas ojeras profundas subrayaban sus ojos, y su alzacuellos estaba ligeramente torcido, sugiriendo que había pasado la noche luchando con su propia conciencia en lugar de durmiendo. Examinó a la congregación de mujeres destrozadas y niños hambrientos. Apretó la mandíbula antes de abrir su texto.

—Hoy consideraremos la naturaleza de los pecados ocultos.

Arthur agarró los bordes del púlpito, con los nudillos blancos contra la madera oscura. Se inclinó hacia delante, dirigiéndose directamente a la sala.

—Enterramos nuestras transgresiones en la oscuridad, creyendo que las puertas cerradas y los labios silenciosos nos protegerán del juicio. Nos convencemos de que el daño ha sido contenido. Pero la podredumbre del engaño carcome los cimientos de nuestras almas. La confesión no es un mero requisito parroquial. Es el único mecanismo para sacar la verdad a la luz y limpiar la herida.

Nell dejó que las palabras la bañaran mientras trazaba su estrategia. Necesitaba acceder a la rectoría. La rectoría albergaba la biblioteca de la parroquia y los textos privados. Solicitar una tarea de limpieza despertaría las sospechas de Sikes, pero buscar la salvación entraba de lleno en las competencias del capellán. Ninguna matrona podría negar a un interno el derecho a arrepentirse.

El sermón concluyó tras veinte minutos de lectura de las Escrituras. Matron Sikes se situó en la parte trasera de la capilla, golpeando su bastón contra el suelo para señalar la salida. Las

mujeres empezaron a desfilar con la cabeza baja, marchando de vuelta hacia las cubas de lavandería y los cobertizos de estopa.

—Levántate, Bessie —susurró Nell, instando a la niña a avanzar —. Sigue a Meg. Me uniré a vosotras en el lavadero en un momento.

—Sikes usará el bastón si te entretienes —advirtió Meg, demorándose en el pasillo.

—No me estoy entreteniendo. Me estoy confesando.

Nell salió de la fila en movimiento, caminando deliberadamente a contracorriente de los internos hasta llegar al altar. Arthur permanecía en el púlpito, organizando sus notas manuscritas. Se detuvo cuando ella se acercó, y su expresión pasó de la fatiga a una curiosidad cautelosa.

—Debería unirse a los demás, Nell. La matrona castiga la impuntualidad con severidad.

—Necesito su ayuda, Arthur.

Nell dejó caer los hombros, bajando la mirada al suelo. Provocó un ligero temblor en sus manos, entrelazándolas con fuerza frente a su delantal. La interpretación física requería una ejecución precisa. Demasiado llanto resultaría teatral; demasiado poco no lograría traspasar su armadura clerical.

—Mis deberes en esta casa están claros. —Arthur bajó de la plataforma elevada—. Si necesita asistencia, estoy obligado a proporcionarla.

—He escuchado su sermón. —Nell forzó un sollozo en su respiración, llevándose las manos a la cara durante un breve segundo—. Ha hablado de pecados ocultos que pudren el alma. He hecho cosas terribles para sobrevivir en las calles antes de que el magistrado me enviara aquí. Cosas que me mantienen despierta en la oscuridad.

Arthur bajó los escalones del altar, deteniéndose a unos respetuosos pasos de distancia. Estudió su rostro, buscando el engaño que había reconocido en el despacho del amo días antes.

—¿Se está burlando del servicio, Nell? ¿O es esta otra distracción para encubrir alguna falta?

—Míreme y dígame si me estoy burlando de usted.

Levantó la cabeza, obligando a las lágrimas a acumularse en las comisuras de sus ojos sin llegar a derramarse. El puro agotamiento de la casa de trabajo prestaba una fragilidad genuina a sus rasgos. Dejó que el labio inferior le temblara, sosteniéndole la mirada directamente.

—Robé pan a mendigos ciegos —confesó Nell, dejando que las palabras brotaran en un torrente desesperado—. Mentí a los magistrados y les robé la cartera a hombres trabajadores para alimentar a mi hermano. Pensé que esas acciones estaban justificadas por el hambre. Pero sus palabras de hoy... siento la podredumbre que ha descrito. No sé cómo purgarla.

La postura defensiva de Arthur flaqueó. Sus ojos se dirigieron a los bancos vacíos, con la necesidad inherente de salvar un alma luchando contra sus sospechas lógicas.

—Se plantó en las dependencias privadas del señor Grendel y defendió su derecho a robar. —Arthur se cruzó de brazos, atrapando el libro contra su camisa negra—. Desafió mi autoridad y mi fe. Este cambio repentino me resulta sospechoso.

—¡Porque estaba aterrorizada! —Nell dio un paso hacia él, dejando que una rabia genuina se filtrara en la actuación—. Me acorraló. Me defendí de la única manera que sé. Alejo a la gente antes de que puedan golpearme. Es un reflejo, Arthur. Pero estoy cansada de luchar.

Esta vulnerabilidad dio en el blanco. Arthur relajó los hombros. Extendió la mano, que quedó suspendida un momento sobre el brazo de la joven antes de retirarla, consciente de que las puertas de la capilla estaban abiertas.

—La confesión trae la luz, Nell. Reconocer la podredumbre es el primer paso para extirparla.

—No puedo hablar de estas cosas aquí. —Nell miró nerviosa hacia la parte trasera de la capilla, donde Sikes ladraba órdenes a los rezagados—. La matrona lo escucha todo. Utiliza nuestras debilidades contra nosotros. Si me oye admitir crímenes pasados, me encerrará en el sótano.

—La matrona no tiene autoridad sobre la santidad del confesionario.

—Por favor, Arthur. —Nell se inclinó hacia él—. Déjeme ir a su rectoría. Solo durante una hora. Necesito entender las escrituras. Necesito encontrar una forma de reparar el daño causado a las personas a las que herí.

Arthur pareció dudar, frunciendo el ceño profundamente. —Las reuniones privadas entre un capellán y una interna son objeto de gran escrutinio por parte de la Junta. Tal cosa se vería mal y sería peligroso.

—Entonces estoy perdida. —Nell se dio la vuelta, dejando que sus hombros se agitaran mientras miraba fijamente el frío suelo de piedra—. Volveré a las cubas y dejaré que la oscuridad me consuma.

—Espere.

Nell se detuvo, ocultando una sonrisa de satisfacción antes de volverse para mirarlo.

—Hablaré con la matrona. Arthur tensó la mandíbula, con una renovada determinación marcando las líneas alrededor de su boca. —Haré que esté exenta de la lavandería durante una hora después de la comida de mañana. Vendrá a la rectoría para recibir instrucción espiritual. Dejaremos la puerta entreabierta para satisfacer el decoro de la Junta.

—Gracias. Nell permitió que una sola lágrima surcara su mejilla, limpiándola con el dorso de su manga deshilachada. —Sabía que era la única persona en este horrible lugar capaz de ofrecer una verdadera misericordia.

—No ponga su fe en mí, Nell. Póngala en el texto. Arthur señaló hacia los arcos. —Mañana al mediodía. Vuelva a sus tareas antes de que Sikes encuentre una excusa para usar su bastón.

Nell salió apresuradamente de la capilla, con sus botas resonando contra las piedras mientras corría para alcanzar el final de la fila de la lavandería. El pasillo estaba gélido y la piedra absorbía el calor de sus botas antes de llegar a las escaleras, pero un fuego ardía en su pecho. La primera pieza del rompecabezas había encajado.

Al bajar las escaleras hacia el sótano, el calor sofocante del lavadero le golpeó el rostro. El vapor brotaba de las tinas de madera, asfixiando la cavernosa sala y volviendo las paredes de piedra

resbaladizas por la condensación. Pasó de largo junto a Matron Sikes, deslizándose sobre la plataforma de madera elevada junto a Meg sin atraer la atención.

—Te has tomado tu tiempo —gruñó Meg, hundiendo un mazo de madera en el agua hirviendo—. Sikes casi se da cuenta de tu ausencia.

—Estaba asegurando nuestro futuro —respondió Nell, cogiendo su propia pértiga—. No quites ojo de la puerta.

Nell hundió la mano en lo profundo del bolsillo de su delantal. Sus dedos recorrieron los bordes ásperos del carbón hueco. Aplicando presión con el pulgar, partió la piedra quebradiza por la mitad. El polvo negro le manchó la piel mientras las dos mitades se desmoronaban, revelando la reluciente llave de latón oculta en su interior.

Sintió el metal frío y contundente contra la palma de la mano. Jemmy había ejecutado la tarea a la perfección. La tija coincidía con la impresión en cera que le había robado del cinturón a Arthur, y los intrincados dientes estaban cortados en ángulos afilados y precisos.

Deslizó la llave de latón en un pequeño desgarro del forro de su corpiño, empujándola hacia abajo hasta que quedó bien sujeta contra las ballenas de su corsé. El metal presionaba sus costillas, un recordatorio físico del inminente golpe.

—¿Qué acabas de esconder? —preguntó Meg, entrecerrando los ojos mientras cambiaba de posición el mazo.

—Un seguro. —Nell hundió su pértiga en la tina espumosa, retorciendo las sábanas empapadas con fuerza bruta—. Tengo una reunión con el capellán mañana al mediodía. Voy a recibir instrucción espiritual.

Meg dejó de remover, mirando a Nell a través del vapor que subía. —Has manipulado al sacerdote.

—Simplemente le he pedido guía. Él se ha ofrecido a recibirme en su rectoría.

—Es un buen hombre, Nell. Esta mañana le ha dado su propio pan a la pequeña Bessie. No lo arruines.

—No voy a arruinarlo. Voy a tomar prestada su biblioteca. —Nell empujó la pértiga con fuerza, ignorando el dolor agudo que brotaba

en sus palmas llenas de ampollas—. Grendel guarda su libro de oraciones personal en la rectoría. La combinación de la caja fuerte de hierro está escrita en su interior.

—Estás loca. —Meg sacudió la cabeza, volviendo al agua hirviendo—. Si Grendel te pilla husmeando en sus libros, se saltará el sótano y te enviará directa al magistrado.

—Grendel no me pillará, porque ahora mismo se está comiendo un cordero asado mientras yo froto su ropa blanca. —Nell apretó la mandíbula, echando todo el peso de su cuerpo en el trabajo—. Mañana descifro la combinación. Para el viernes, saldremos por esas puertas de hierro con el oro suficiente para pagarnos el pasaje en un barco.

El calor la oprimía como un peso físico, y el hedor químico de la lejía se le instaló en la garganta. Arrastró la pértiga de madera a través de la maraña de tela húmeda hasta que los brazos se le quedaron entumecidos. Sobrevivir a las cubas requería anular la mente y dejar que el cuerpo se convirtiera en una máquina, pero sus pensamientos se adelantaban ya a la rectoría.

El despacho de Arthur estaría forrado de libros. Localizar el texto específico de Grendel exigiría rapidez. Necesitaba distraer al capellán el tiempo suficiente para registrar las estanterías. Fingir un colapso nervioso ofrecía la mejor cobertura. Las lágrimas incomodaban profundamente a los hombres, obligándoles a apartar la mirada o a ir a por agua. Podría utilizar esa incomodidad.

—Estás sonriendo —observó Meg, limpiándose el sudor de la frente cicatrizada con un antebrazo húmedo—. Nadie sonríe en el lavadero a menos que haya perdido el juicio.

—Estoy reflexionando sobre teología. —Nell ajustó su agarre en la madera astillada—. Encuentro el concepto de redención sumamente motivador.

—Vas a hacer que nos cuelguen a las dos.

—Voy a hacer que seamos ricas.

La tarde se prolongó en una extenuante prueba de resistencia. El agua hirviendo salpicaba el delantal de Nell, empapando la tela basta y escaldándole la piel a través del tejido. Se le formaron ampollas en las palmas, que reventaban por la fricción del mango de

madera dejando parches de carne viva y supurante. Ignoró la agonía, centrando su mente únicamente en la llave de latón que descansaba contra sus costillas.

Cuando la campana de la tarde sonó por fin, las mujeres soltaron sus herramientas al unísono. El agotamiento flotaba en la sala, un suspiro colectivo de supervivencia. Nell siguió a Meg por la escalera de piedra, con los músculos temblorosos por la fatiga. Se dirigieron arrastrando los pies al salón comedor para la última ración de gachas aguadas.

Nell se sentó en el rígido banco de madera, hundiendo la cuchara en la pasta insípida. Masticó metódicamente, calculando su próximo movimiento. El engaño requería una sincronización precisa. Sikes debía creer que la crisis espiritual era genuina. Arthur debía creer que estaba salvando un alma. Grendel debía permanecer ajeno al fantasma que recorría sus pasillos.

Se tragó el último bocado de gachas, fijando la mirada en las puertas cerradas de caoba del ala administrativa. La fortaleza parecía impenetrable, pero cada muro tenía un punto débil. Ella había encontrado la grieta en el mortero. Ahora, solo tenía que hincar la cuña con la fuerza suficiente para hacer saltar la piedra por los aires.

CAPÍTULO 7



Las encuadernaciones de cuero y la tinta seca creaban un olor penetrante y almizclado dentro de la rectoría, ocultando el hedor ubicuo a col hervida que impregnaba el resto de la institución. Nell cruzó el umbral y dejó que la gruesa puerta de roble se cerrara tras ella con un clic.

Arthur estaba sentado tras un escritorio estrecho, con montones de sermones escritos a mano. Hizo un gesto hacia una solitaria silla de madera situada frente a él.

—Toma asiento, Nell.

Al sentarse, Nell sintió que la madera dura presionaba contra su columna magullada. Mantuvo las manos entrelazadas en el regazo, dejando que su mirada recorriera la habitación. En las paredes de yeso se alineaban estanterías con cientos de volúmenes apretados unos contra otros. Encontrar un libro de oraciones específico en este laberinto exigía acotar de inmediato el área de búsqueda.

—Has pedido orientación sobre transgresiones pasadas —comenzó Arthur, cruzando las manos sobre sus notas—. Deberíamos empezar examinando la raíz del robo. El hambre explica el acto. ¿Qué justifica la elección de la víctima?

—Los mendigos ciegos no pueden identificar a la persona que huye. —Nell le sostuvo la mirada, inclinándose ligeramente hacia delante—. Los trabajadores llevan la paga en bolsillos holgados. La supervivencia prioriza los objetivos fáciles sobre la filosofía moral.

—La supervivencia prioriza el yo —corrigió Arthur—. La moralidad exige considerar el daño infligido a los vulnerables. El mendigo ciego pasa hambre para que tú puedas comer.

—Mi hermano habría muerto de hambre si yo hubiera dejado el pan.

—¿Robaste solo lo suficiente para alimentarlo?

Nell apretó con más fuerza la tela de su delantal. Aquel hombre no se tragaba el papel de huérfana llorosa.

—Robé lo suficiente para mantenernos con vida otra semana.

—Acaparar bienes robados hace que el acto pase de ser supervivencia desesperada a codicia calculada. —Arthur apoyó los codos en el escritorio, estudiando su postura—. Analizaste las consecuencias y decidiste que tu comodidad pesaba más que la ruina de ellos.

—Hablas de comodidad desde una habitación caldeada por un fuego rugiente —replicó Nell, señalando hacia el hogar de mármol—. Pasa tres días en los callejones de Cheapside. Háblame de codicia calculada cuando las uñas se te pongan azules por congelación.

Arthur ni siquiera se inmutó. Absorbió el golpe verbal, observando la tensión defensiva de la chica.

—No pretendo entender la agonía física de las calles, Nell. Sostengo que el coste espiritual es idéntico independientemente de la temperatura.

Nell necesitaba dirigir la conversación hacia el Master. Recorrió con la mirada la superficie del escritorio. Un volumen de cuero negro descansaba cerca del tintero, con letras doradas grabadas en relieve. *J.S.* Josiah Grendel.

El libro estaba a menos de dos pies de su mano izquierda. Necesitaba que él le diera la espalda.

—Ofreces juicios extraídos de los libros. —Nell señaló hacia las estanterías—. ¿Siguen estas mismas reglas los hombres que dirigen esta parroquia? ¿Te confiesa el Master Grendel sus pecados sentado en esta misma silla?

Arthur apretó la mandíbula. —La vida espiritual del Master Grendel es un asunto privado entre él y el Señor.

—No tiene vida espiritual. Deja su libro de oraciones en su escritorio para fabricar la ilusión de piedad.

—Estás desviando el enfoque de esta sesión. —Arthur dio unos golpecitos con el índice sobre sus propias notas—. Estamos discutiendo tu camino hacia la redención, no el del Master.

—Tengo la garganta increíblemente seca. —Nell tosió, llevándose una mano al pecho para fingir un espasmo repentino—. La lejía de las tinas de la lavandería me cubre los pulmones. ¿Podrías darme un poco de agua?

Arthur vaciló, reconociendo claramente la táctica de distracción. Su deber inherente de proporcionar consuelo se impuso a su sospecha. Empujó la silla hacia atrás y se levantó para cruzar la habitación hacia una pequeña jarra de porcelana que descansaba sobre una mesa auxiliar.

En el segundo en que le dio la espalda, Nell se lanzó hacia delante. Abrió la tapa del volumen de cuero negro. Las páginas olían a moho húmedo y tabaco. La caligrafía pulcra y apretada de Grendel llenaba los márgenes de los salmos impresos.

Pasó rápidamente a la contraportada. Una secuencia de cuatro números aparecía garabateada en tinta negra directamente debajo de un pasaje de Proverbios.

73 — 19.

El agua salpicó en una taza de hojalata al otro lado de la habitación.

Nell cerró el libro de golpe y volvió a poner las manos en su regazo una fracción de segundo antes de que Arthur se diera la vuelta. Él llevó la taza de vuelta al escritorio y la dejó cerca de las manos entrelazadas de ella.

—Bebe.

Al levantar la hojalata, Nell tragó el líquido fresco. Los números se le quedaron grabados en la memoria. La caja fuerte estaba comprometida. El robo ahora solo requería coordinación.

—Gracias. —Dejó la taza sobre la madera pulida—. Estaba hablando del coste espiritual de la supervivencia.

Arthur volvió a sentarse, observándola con atención. Miró el volumen de cuero negro, notando el ligero desplazamiento de su

posición cerca del tintero. Volvió a mirar a Nell con expresión endurecida.

—Estaba hablando del engaño. —Arthur acercó el libro de oraciones a su propio pecho, apoyando la mano sobre las iniciales grabadas—. Una persona que busca una redención genuina no utiliza una tos para fabricar una oportunidad.

Nell sintió una punzada fría de adrenalina. Lo sabía.

—No sé a qué te refieres, Arthur.

—Tienes una mente brillante y peligrosa, Nell. Utilizas la vulnerabilidad como un arma. Manipulaste esta sesión para acceder a esta sala, y acabas de usar una petición de agua para examinar la propiedad del Master.

—Estás acusando a una niña hambrienta de un elaborado espionaje.

—Estoy acusando a una ladrona muy hábil de continuar con su oficio dentro de la iglesia. —Arthur se echó hacia atrás, y sus ojos oscuros despojaron a la chica de sus defensas—. No has venido aquí a confesarte. Has venido aquí a cazar.

Nell abandonó la fachada de huérfana asustada. Enderezó los hombros y dejó caer las manos a los costados.

—Si crees que estoy cazando, ¿por qué dejaste el libro a mi alcance?

—Porque necesitaba confirmar mis sospechas. —Arthur se negó a elevar el tono, manteniendo la voz pausada—. Desafiaste mi comprensión de la supervivencia. Yo desafío tu comprensión de la confianza. Supones que cada persona en este edificio actúa de forma transaccional. Supones que soy un tonto crédulo.

—Le diste tu desayuno a un niño que lloraba. La credulidad a menudo se disfraza de caridad.

—La caridad requiere sacrificio. La credulidad requiere ignorancia. —Arthur se puso en pie, guardó el volumen negro en el cajón de su escritorio y giró la cerradura de latón—. No ignoro tu naturaleza, Nell. Veo el cálculo en tus ojos. Veo la rabia. Planeas atacar al Master.

—¿Vas a denunciarme?

—Si tuviera intención de denunciarte, el bedel te habría escoltado al sótano hace veinte minutos.

Nell lo miró, genuinamente desconcertada. El capellán tenía capas de acero bajo su cuello almidonado. Entendía su juego y, sin embargo, permitía que la partida continuara.

—¿Por qué me proteges?

—Porque Grendel está destruyendo esta parroquia. —Arthur rodeó el escritorio y se detuvo a pocos pies de su silla—. No puedo demostrar su corrupción utilizando las vías legales que ofrece la Junta de Guardianes. Rechazan mis peticiones. Ignoran a los niños hambrientos. Estoy atado por la ley, pero mi conciencia se está fracturando.

—Quieres que yo robe las pruebas para ti. —Nell se levantó de la silla—. Quieres que abran la caja fuerte y que tu conciencia quede intacta.

—Quiero que el sufrimiento termine. —Arthur sostuvo su mirada, negándose a retroceder ante el desafío—. Si planeas un robo, acabarás cometiendo un error. Grendel te atrapará. Intento mantenerte con vida el tiempo suficiente para que te des cuenta de que la venganza no curará la podredumbre que llevas dentro.

Una campana sonó en el patio lejano, señalando el fin de la hora del mediodía. El sonido agudo rompió la intensa fricción que los mantenía bloqueados.

—Tu hora ha terminado. —Arthur señaló hacia la puerta—. La matrona Sikes exigirá tu regreso inmediato al lavadero. Te acompañaré de vuelta para asegurarme de que no castigue tu ausencia.

—No necesito escolta.

—Sikes empuña una vara de abedul contra cualquiera que considere rebelde. Aceptarás mi presencia.

Al abrir la gruesa puerta de roble, Arthur salió al pasillo de piedra. Nell lo siguió, dejando atrás el calor de la rectoría. El frío húmedo del hospicio se filtró instantáneamente a través de su uniforme de algodón, erizándole la piel de los brazos.

Caminaron en silencio. La transición del ala administrativa alfombrada a las losas desnudas de los pabellones de internos se

sintió como descender a una tumba. La condensación humedecía las paredes, con olor a lejía y col hervida.

Al acercarse a la intersección cercana al pabellón de la enfermería, un chasquido agudo y resonante rompió el silencio.

Un niño gritó.

Nell echó a correr, con las botas resbalando sobre las piedras mojadas. Dobló la esquina y se detuvo en seco ante la puerta abierta del pabellón de enfermos.

Trozos de porcelana rota cubrían el suelo. El agua se encharcaba alrededor de los fragmentos dentados. La pequeña Bessie estaba arrodillada entre los restos, agarrándose la mejilla derecha, con su cuerpecito temblando violentamente.

La matrona Sikes estaba de pie sobre la niña, con el rostro contorsionado por una furia absoluta. Agarraba su bastón de madera con fuerza, alzando la vara lacada por encima de su cabeza para un segundo golpe.

—¡Alimaña torpe e inútil! —bramó Sikes—. ¡Desperdicias el agua de la parroquia! ¡Rompes la propiedad de la parroquia!

La vara inició su descenso.

El instinto se impuso a cualquier plan calculado en la mente de Nell. No pensó en la caja fuerte. No pensó en el Master. Se lanzó a través del umbral, clavando su hombro directamente en las costillas de la matrona.

El impacto empujó a Sikes hacia atrás. La matrona tropezó, su grueso tacón se enganchó en un trozo de porcelana rota y chocó con fuerza contra el marco de madera de una cama. El bastón repiqueteó por el suelo mojado.

Nell se dio la vuelta, interponiendo su cuerpo directamente entre la matrona y la niña que lloraba. Cerró los puños, con la respiración entrecortada.

—No la toques. —Nell enseñó los dientes, poniéndose en una posición de combate perfeccionada en las calles de Cheapside—. Si vuelves a levantar esa vara, te romperé la mandíbula.

Sikes recuperó el equilibrio, con el rostro de un tono púrpura moteado. De sus ojos oscuros emanaba un odio puro y absoluto. Se lanzó hacia delante, agarrando a Nell por la garganta.

Unos dedos gruesos se clavaron en la tráquea de Nell, cortándole el aire al instante. Sikes la empujó contra la pared de piedra; el impacto hizo que el cráneo de Nell retumbara y que manchas negras bailaran ante su vista.

—¡Te arrancaré la piel de la espalda a latigazos! —escupió Sikes, aplicando una presión letal en el cuello de la chica—. ¡Te encerraré a oscuras hasta que olvides tu propio nombre!

Nell lanzó una patada, dirigiendo su rodilla hacia el estómago de la matrona. Sikes desplazó su peso, absorbiendo el golpe con facilidad. El agarre en su garganta se apretó. Nell arañó las gruesas muñecas de la mujer, asfixiándose.

—Suéltela inmediatamente.

La orden restalló en la enfermería como un disparo de mosquetón.

Arthur Penhaligon estaba en el umbral. No gritó. No suplicó. Habló con una autoridad fría y absoluta que congeló el aire de la habitación.

Sikes giró la cabeza hacia la puerta, aflojando su agarre lo justo para que Nell pudiera dar una bocanada de aire desesperada y ronca hacia sus pulmones ardientes.

—¡Esa rata callejera me ha agredido, capellán! —gruñó Sikes, negándose a soltarla—. ¡Requiere una disciplina severa!

Arthur cruzó la habitación en tres zancadas enormes. No vaciló. Agarró a Sikes por el antebrazo, hundiendo sus largos dedos en la carne de la matrona con tal fuerza que la mujer jadeó por la impresión. Apartó físicamente la mano de la matrona del cuello de Nell.

—Está golpeando a una niña hambrienta por una jofaina caída. —Arthur empujó a Sikes hacia atrás, situándose firmemente en el espacio entre la matrona y Nell—. Está ejerciendo una brutalidad desenfrenada. Se acabó hoy mismo.

—¡Usted no tiene autoridad para dictar la disciplina en este pabellón! —Sikes señaló al sacerdote con un dedo tembloroso—. ¡El Master Grendel me concede el control total sobre las internas!

—El Master Grendel responde ante la Junta de Guardianes. —Arthur se alzaba sobre la matrona con los ojos ardiendo—. Yo formo

parte de esa Junta como asesor espiritual. Si vuelve a ponerle un dedo encima a esta mujer o a esta niña, la llevaré ante el magistrado y juraré una orden judicial por agresión.

Sikes lo miró fijamente, evaluando la amenaza. El capellán tenía posición legal. La matrona podía torturar a los internos a oscuras, pero las acusaciones públicas de un clérigo atraían inspecciones oficiales. Grendel la echaría a la calle para salvar su propio negocio.

—El Master tendrá noticias de esta insubordinación. —Sikes se alisó el delantal con las manos temblando de rabia contenida—. No podrá protegerlas para siempre, sacerdote. Las tinas acabarán quebrándolas.

Girando bruscamente, Sikes salió de la enfermería, con sus botas resonando agresivamente por el pasillo.

Nell se deslizó por la pared de piedra, desplomándose sobre las tablas húmedas del suelo. Tosió violentamente mientras se frotaba los moretones oscuros que ya se formaban alrededor de su tráquea. Cada respiración se sentía como inhalar cristal roto.

Arthur se arrodilló a su lado y su ira anterior se desvaneció en una profunda preocupación. Alargó la mano y sus dedos revolotearon cerca de su cuello magullado antes de retirarlos para no causarle más dolor.

—¿Estás herida?

—He sufrido cosas peores —graznó Nell, obligándose a tragar saliva. Miró más allá de él, hacia la jofaina rota. Bessie seguía hecha un ovillo, llorando en silencio—. Mira a la niña.

Arthur se acercó a Bessie y levantó con suavidad a la pequeña del suelo mojado. Apartó el pelo húmedo de la frente de la niña, murmurando palabras reconfortantes mientras la llevaba hacia una cama vacía cerca de la estufa.

Nell observó cómo el capellán ferviente e ingenuo desaparecía. Él luchaba contra la corrupción utilizando las mismas leyes de las que Grendel se aprovechaba.

Incorporándose del suelo, Nell se apoyó en la pared para estabilizar sus piernas temblorosas. Lo había juzgado mal. No era un blanco al que usar y desechar. Era un aliado. Y un aliado dentro del

ala administrativa hacía que forzar la caja fuerte fuera infinitamente más fácil.

CAPÍTULO 8



Nell hincó las uñas hasta la carne viva en el cáñamo empapado de brea, retorciendo la densa cuerda hasta que las fibras tejidas finalmente cedieron y se rompieron. Las ampollas formadas durante sus turnos anteriores en las tinas de lavandería supuraban un líquido transparente contra el material abrasivo. Ignoró el escozor, separando las toscas hebras y dejando caer la estopa desmenuzada en la cesta de mimbre que descansaba entre sus botas.

Las represalias por el incidente de la enfermería habían llegado con presteza. La matrona Sikes había entrado marchando en el dormitorio horas antes del amanecer, arrastrando a Nell por el cuello y asignándola a los cobertizos de castigo. El implacable cupo exigía tres libras de estopa deshilachada antes del atardecer. No alcanzar el requerimiento diario garantizaba tres días en el sótano sin ventanas.

—Mis dedos se están convirtiendo en carne picada —Meg dejó caer un pequeño mechón de cáñamo desmenuzado en su propia cesta—. La brea se me está filtrando bajo las uñas. No siento los pulgares.

—Sigue separando las hebras —instruyó Nell sin levantar la vista de su regazo—. Sikes quiere que nos rindamos. No le daremos esa satisfacción.

—Ya no me quedan fuerzas para luchar contra ella.

—Usa los dientes si te fallan las manos —Nell partió otra sección de la rígida cuerda, separando las fibras por la fuerza—. Solo tenemos que sobrevivir.

Una sombra cayó sobre la baja rejilla de hierro incrustada en el muro exterior de ladrillo. Nell miró hacia el pequeño conducto de ventilación situado a pocos centímetros de sus botas. Jemmy estaba agachado en la tierra helada del exterior, fingiendo clasificar una pila de trozos de carbón desechados. Acercó su rostro manchado de hollín a los barrotes oxidados, comprobando la posición de la matrona antes de hablar.

—El barco mercante zarpa de los muelles el último viernes del mes —susurró Jemmy a través de la celosía de hierro—. La noche de la Gala de la Junta.

—Eso nos da tres semanas —Nell dejó de retorcer la cuerda—. Reventaremos la cámara durante los fuegos artificiales.

—La cámara ahora solo guarda el oro —Jemmy partió un trozo de carbón por la mitad y lanzó los pedazos a un saco de lona—. Anoche entré en el despacho exterior del Maestro para revisar los libros de contabilidad. Grendel ha movido los contratos de servidumbre. Los ha enviado a un procurador de la ciudad para que los protocolice oficialmente. Un hombre llamado Silas Vance.

Nell sintió cómo el cáñamo abrasivo le cortaba la palma de la mano. El cronograma seguía intacto, pero la geografía del golpe acababa de fracturarse.

—¿Dónde está el despacho de Vance?

—En Chancery Lane —Jemmy pasó un trozo de pergamino doblado a través de la rejilla oxidada—. El edificio requiere llave para entrar, y Vance emplea a dos vigilantes armados. Guarda las escrituras bajo llave en su propia caja fuerte.

—No puedo salir de este cobertizo sin que Sikes mande a los guardias tras mí —Nell se guardó el pergamino en el delantal—. Necesitamos a alguien que pueda caminar libremente por Londres.

La matrona avanzó por el pasillo, sus botas golpeando las losas con agresividad. Sikes se detuvo frente al banco de Nell y, con la punta de su bastón, volcó la cesta de mimbre. La estopa desmenuzada se desparramó por el suelo mugriento.

—Estás trabajando demasiado despacio, rata callejera —se burló Sikes, apoyando ambas manos sobre la empuñadura curva de su vara—. No tienes ni una libra de fibra deshilachada. El sótano te espera esta noche.

—Cumpliré el cupo —Nell se quedó mirando el cáñamo esparcido, negándose a darle a la matrona la reacción que deseaba—. Tengo seis horas hasta el atardecer.

—Te pondrás de rodillas sobre las piedras y recogerás hasta la última hebra —ordenó Sikes—. Luego deshilacharás otras dos libras. Si pronuncias una sola palabra de queja, duplicaré el cupo.

Nell se deslizó del banco de madera. Cayendo de rodillas, presionó su piel desnuda contra las losas gélidas y comenzó a recoger las hebras embreadas. Sikes la observó durante un largo momento, buscando cualquier signo de desafío, antes de darse la vuelta y reanudar su patrulla por el pasillo opuesto.

Meg se inclinó hacia delante. —No puedes deshilachar dos libras en seis horas. Es físicamente imposible.

—Nada es imposible —Nell volvió a meter el material desmenuzado en la cesta—. Necesito que cubras mi ausencia. Cuando Sikes pase por delante de los pilares principales, vuelca tu cesta y di que has tenido un mareo.

—¿A dónde vas?

—Voy a reclutar a un ladrón.

Esperando a que la matrona pasara tras los gruesos soportes de ladrillo cerca de la entrada, Nell abandonó su cesta. Gateó pegada a la pared, manteniéndose en las sombras proyectadas por los bancos, hasta que llegó a la salida trasera que daba al patio. Empujando la puerta de madera lo justo para colar su cuerpo, salió a un frío que le oprimía los pulmones.

Recorrió el perímetro del hospicio, evitando las líneas de visión de los guardias exteriores. Su destino se encontraba al otro lado del recinto. La capilla se alzaba aislada cerca del límite oriental, ofreciendo el único santuario donde Sikes no tenía jurisdicción inmediata.

Tirando de la enorme anilla de hierro de la puerta de la capilla, Nell se escabulló dentro. La nave parecía vacía, y los bancos de

madera proyectaban largas sombras sobre el suelo de piedra. Evitando la zona de asientos, se dirigió directamente hacia la puerta de la rectoría, situada detrás del altar. No llamó. Empujando el panel de roble hacia dentro, entró en la estancia.

Arthur Penhaligon estaba junto a las estanterías, clasificando una pila de registros parroquiales. Vestía sus pantalones clericales negros y una camisa de lino blanco, tras haberse quitado la casaca formal. Se dio la vuelta, mostrando una alarma inmediata ante su repentina intrusión.

—Estás asignada a los cobertizos de estopa —Arthur dejó los papeles en el estante más cercano—. Si Sikes te pilla merodeando por los pasillos, no podré protegerte del sótano.

—Grendel ha movido los contratos —Nell cruzó la habitación y se agarró al borde de su escritorio—. Pretende cargar en carromatos a treinta huérfanos durante la Gala de la Junta. Mi hermano está en la lista. Pero las escrituras ya no están en la caja fuerte de hierro.

Arthur frunció el ceño, procesando la complicación. —Grendel nunca finalizaría contratos de servidumbre internacionales sin la firma del Presidente. La Junta supervisa la colocación de los niños mayores.

—La Junta se lleva una parte de los beneficios —Nell se aferró al borde de su escritorio—. Están traficando con seres humanos para enviarlos a las minas de guano de ultramar. Los niños son mano de obra servil, Arthur. Esclavos en todo menos en el nombre.

Arthur la miró fijamente. La convicción desesperada en su postura terminó de hacer añicos los últimos fragmentos de su confianza institucional. —¿Dónde están las escrituras?

—Grendel las ha enviado a Silas Vance, en Chancery Lane, para que las protocolice —Nell sacó el pergamino doblado de su delantal y lo alisó contra el escritorio de madera—. Tengo la copia de la llave maestra para la cámara de la parroquia. Puedo robar los fondos operativos la noche de la Gala. Pero no puedo salir de Blackfriars para asaltar el despacho de un procurador de la ciudad.

Arthur miró el pergamino, siguiendo la dirección escrita con la caligrafía garabateada de Jemmy. —¿Quieres que entre a robar en un bufete de abogados?

—Tú tienes libertad para cruzar las puertas principales —Nell rodeó el escritorio y se situó a su lado—. Puedes entrar en la ciudad sin levantar sospechas. Necesito que recuperes esas escrituras.

—Soy clérigo, Nell. Doy sermones —Arthur dio un paso atrás, distanciándose del mapa robado—. No tengo las habilidades necesarias para burlar cerraduras o eludir a vigilantes armados.

—Tienes una mente brillante y un alzacuellos que te otorga confianza absoluta —Nell se negó a dejar que se retirara—. Vance abrirá sus puertas a un sacerdote. No necesitas forzar una cerradura si puedes entrar en sus archivos mediante la palabra.

Arthur se dio la vuelta, caminando hacia el pequeño hogar. Se quedó mirando las cenizas muertas, agarrando la repisa de madera de la chimenea con la fuerza suficiente para astillarla. Defender la ley significaba condenar a treinta niños a una muerte brutal. Romper la ley significaba abandonar sus votos y arriesgarse a la horca.

—Si robo las escrituras, Grendel simplemente redactará otras nuevas —razonó Arthur—. El robo no desmantela la red de tráfico.

—Si robamos los fondos y las escrituras simultáneamente la noche de la Gala, la parroquia entrará en bancarrota —rebatió Nell —. El Estado embargará el hospicio. El Estado realizará una auditoría federal. Grendel colgará.

Arthur giró la cabeza, encontrándose con su mirada. El capellán ferviente e ingenuo se desvaneció bajo una resolución dura y peligrosa. —Vance mantiene su despacho cerrado los domingos. Diré que necesito textos teológicos de la biblioteca de la ciudad para preparar los sermones del mes que viene.

—Necesitarás una distracción para acceder a su caja fuerte —Nell se acercó a él lentamente—. Puedo enseñarte cómo hacer una maniobra de distracción. Debes convencer a Vance de que representas a un benefactor adinerado.

—Tenemos tres semanas para planear la infiltración en la ciudad —Arthur abandonó la chimenea y regresó al escritorio—. Debes volver al cobertizo de estopa de inmediato. Si Sikes te encierra en el sótano, nuestra operación interna se desintegra.

—Me faltan dos libras de estopa. Me encerrará de todos modos.

Arthur abrió el cajón inferior de su escritorio. Pasó de largo los textos religiosos, buscando en el fondo de la cavidad de madera para extraer un gran saco de lona. Lanzó el saco sobre el escritorio. Aterrizó con un golpe sordo y contundente.

—Donaciones de la parroquia —explicó Arthur, desatando el grueso cordel—. El astillero local donó excedente de cáñamo el mes pasado para apoyar los cupos de trabajo del hospicio. Nunca entregué el inventario a Grendel.

Nell abrió la lona. Dentro había cinco libras de estopa perfectamente deshilachada y desmenuzada. Se quedó mirando el material fibroso y luego miró al sacerdote. —¿Has estado acaparando suministros de la parroquia?

—Simplemente los guardé para un momento de extrema necesidad —Arthur ofreció un ligero asentimiento de reconocimiento —. Coge el saco. Vuéltalo en tu cesta. Dile a la matrona que has sentido un repentino arrebato de celo industrial.

Al agarrar el saco, Nell sintió una inesperada oleada de afecto por el hombre que tenía ante ella. Estaba arriesgando su carrera, su libertad y su alma para protegerla. —Te veré mañana durante la comida. Comenzaremos tu educación en el robo.

—Ten cuidado, Nell —Arthur rodeó el escritorio y mantuvo abierta la puerta de la rectoría—. Grendel es un depredador. Si percibe un cambio en tu comportamiento, atacará.

—Soy un fantasma hasta la Gala.

Nell salió de la rectoría cargando con la estopa robada a través del patio helado. Desandó su camino a lo largo del muro perimetral, esquivando las líneas de visión de los guardias y llegando a la puerta trasera de los cobertizos de castigo. Empujando la madera, se arrastró de nuevo hacia la penumbra asfixiante con olor a brea.

Meg estaba sentada exactamente donde Nell la había dejado, agarrándose el estómago y gimiendo ruidosamente para llamar la atención de la matrona. Sikes estaba de pie sobre Meg, exigiéndole que cesara su patética exhibición y volviera al trabajo.

Nell gateó hasta su banco, deslizando el saco de lona bajo la madera. Transfirió rápidamente el cáñamo impecable y

desmenuzado a su cesta de mimbre, ocultando las cuerdas sin deshilachar bajo la enorme montaña de estopa terminada.

Sikes abandonó a Meg y regresó marchando por el pasillo. Se detuvo ante el banco de Nell, totalmente preparada para dictar el castigo del sótano. La matrona miró hacia la cesta rebosante y se le desencajó la mandíbula por la sorpresa absoluta.

—¿Cómo has producido esto? —exigió Sikes, usando su bastón para hurgar en la enorme pila de fibras.

—Tengo una gran ética laboral, matrona —Nell mantuvo las manos cruzadas en el regazo, levantando la vista con una fingida inocencia—. Deseo ser un miembro productivo de esta institución.

Sikes la fulminó con la mirada, buscando el engaño, pero la evidencia física estaba innegablemente en la cesta. La matrona golpeó el lateral del banco, incapaz de imponer un castigo sin violar las reglas explícitas del Maestro sobre el cupo.

—Mañana volverás a las tinas de lavandería —escupió Sikes, dándose la vuelta con asco.

CAPÍTULO 9



—Mira directamente a mi cuello, Arthur. No sigas mis manos.

Nell estaba a escasos centímetros del capellán, dentro de la sombría rectoría. La lluvia azotaba los estrechos cristales, haciendo vibrar los pestillos de hierro en sus encajes. Arthur mantenía sus ojos oscuros fijos estrictamente en el algodón raído que envolvía la garganta de ella. Permanecía rígido, con los brazos pegados a los costados.

Nell movió los dedos. Aprovechó la distracción del castañeteo de los cristales para camuflar el roce del latón contra la madera, deslizando el pulido abrecartas del escritorio y guiando el metal directamente hacia el interior de su manga izquierda.

—Has parpadeado. —Nell retrocedió un paso, dejando que la herramienta de latón cayera en su palma.

—Tu hombro izquierdo ha bajado. Arthur señaló su brazo. —El movimiento físico delata el robo.

—Un procurador de la ciudad no analizará las articulaciones de mi hombro. Silas Vance examinará tu alzacuellos y deducirá una pureza moral absoluta. Debes convertir su suposición en un arma.

Lanzando el abrecartas de nuevo sobre el escritorio, Nell caminó hacia el hogar.

—El robo requiere distracción —continuó Nell—. No puedes limitarte a pedir los documentos privados del Maestro. Debes construir una cortina de humo.

—Tengo que mentir a un oficial del tribunal.

—Debes ofrecerle una verdad que desee creer desesperadamente. Nell cogió un trozo de pergamino en blanco. —Vance se lucra con el comercio de contratos de aprendizaje. La codicia ciega la lógica de los hombres. Dile que representas a un benefactor rico y anónimo que busca comprar treinta huérfanos de la parroquia para una nueva fábrica textil en Manchester. Afirma que necesitas inspeccionar los contratos actuales para entender la terminología legal antes de redactar los tuyos propios.

Arthur se quedó mirando el pergamino en blanco. Alargó la mano y tomó el papel de entre sus dedos. —Vance guarda las escrituras bajo llave en su caja fuerte. Pedir verlas no me otorga su posesión.

—Debes fabricar una crisis. —Nell apoyó las caderas contra el escritorio—. Vuelca el tintero. Tira su té. En el momento en que se dé la vuelta para mitigar el daño, cambias las escrituras reales por el montón falso que llevas oculto en el abrigo.

—Si abre el montón falso, encontrará vitela en blanco.

—No las abrirá. Las guardará inmediatamente de nuevo en su caja fuerte para proteger la privacidad de su cliente, asumiendo que la crisis ha sido evitada.

Arthur dobló el pergamino y deslizó el papel en el bolsillo del pecho. Parecía profundamente dividido. El desafío intelectual del timo claramente atraía a su mente educada, pero la transgresión moral carcomía su conciencia.

—La arrogancia requiere una espalda erguida. Nell dio un paso adelante, colocando las palmas de las manos planas sobre el centro del pecho de él. —Te encorvas cuando te sientes culpable. Ponte recto.

Arthur inspiró bruscamente. Enderezó la postura, echando los hombros hacia atrás hasta que se alzó imponente sobre ella. La estrecha proximidad los obligó a compartir la misma burbuja de aire. El aroma a jabón de sosa en la piel de ella se mezclaba directamente con el lino limpio de la camisa de él.

Nell no retiró las manos. Sintió el latido rápido y errático de su corazón bajo la fina tela. El contacto físico le envió una repentina e inesperada sacudida de calor que recorrió sus extremidades heladas.

—Interpretas el papel de sacerdote virtuoso a la perfección —susurró Nell, mirándole a los ojos—. Ahora interpreta el papel de aristócrata intocable.

—Estoy poniendo mi vida entera en tus manos, Nell.

—Estoy protegiendo tu vida, Arthur. Protejo las cosas que me pertenecen.

La afirmación se le escapó antes de que pudiera frenar las palabras. A Arthur se le entrecortó la respiración. Levantó las manos y sus dedos quedaron suspendidos a apenas unos milímetros de los antebrazos amoratados de ella, claramente aterrorizado de cruzar la frontera final que los separaba.

El lejano tañido de la campana del patio rompió el silencio.

Nell bajó las manos al instante, retrocediendo para cortar la conexión. Las corrientes frías de la habitación se precipitaron en el espacio entre ambos.

—La comida del mediodía ha terminado. Nell se alisó el tosco delantal. —Debo volver a las tinas.

—Parto hacia Chancery Lane mañana al amanecer. Arthur ordenó los papeles de su escritorio. —Regresaré antes de las oraciones vespertinas. Si Vance me niega la entrada...

—No te la negará. La codicia nunca echa la llave.

Al bajar la escalera de piedra, Nell se sumergió en el calor sofocante del lavadero. El vapor cubría los arcos de ladrillo, convirtiendo el suelo en una traicionera extensión de algas resbaladizas y charcos jabonosos. Localizó su puesto asignado cerca de la pared trasera.

Meg estaba sobre la plataforma de madera, hundiendo violentamente un batanador astillado en el agua gris hirviendo. —Sikes te está buscando.

—Estoy exactamente donde la matrona me asignó. —Nell se subió a los tablones mojados y agarró su propio palo.

—Sabe que fuiste más lista que ella en el cobertizo de la estopa. —Meg retorció una enorme maraña de lana empapada—. No puede castigarte por cumplir la cuota, así que pretende hervir la carne de tus huesos.

La matrona Sikes avanzó entre la niebla ondulante. La mujer se detuvo justo detrás de su tina, golpeando el borde del recipiente de madera con su vara de abedul. Las astillas saltaron por el impacto.

—La lencería sigue sucia. Sikes se burló, señalando el agua hirviendo con el bastón lacado. —No haces más que remover la suciedad, rata callejera. Mete los brazos y frota las manchas contra el hierro corrugado.

Nell se quedó helada. El agua burbujeaba en plena ebullición. Sumergir la piel desprotegida significaba sufrir quemaduras inmediatas y catastróficas.

—¡La temperatura le arrancará la piel de las muñecas! —protestó Meg, soltando el batanador.

Sikes asestó un varazo horizontal. La madera golpeó de lleno en las espinillas de Meg, haciendo que la mujer mayor cayera de rodillas sobre la plataforma mojada.

—¡Vuelve a hablarme y te hundiré la cabeza bajo la superficie! —bramó Sikes, volviendo su mirada furiosa hacia Nell—. Frota la ropa.

Nell miró el caldero hirviente. Desafiar una orden directa era buscarse el calabozo, lo que la aislaría durante la crítica misión de Arthur en la ciudad. No podía abandonar su posición en el tablero.

Inclinándose hacia delante, Nell cogió un cepillo de cerdas duras del cubo de al lado. Hundió las manos en el agua abrasadora.

La agonía consumió sus terminaciones nerviosas. El líquido hirviente le escaldó la carne, volviendo sus antebrazos de un rojo intenso al instante. Apretó los dientes, mordiéndose el interior de la mejilla hasta que el sabor metálico de la sangre inundó su lengua. Arrastró el uniforme empapado contra la tabla de lavar metálica, frotando la tela a través de un dolor puro y cegador.

Sikes observó aquel cumplimiento brutal. Al verse privada de la satisfacción de un grito, la matrona resopló y se dio la vuelta para aterrorizar a la siguiente fila de internas.

Nell sacó los brazos de la tina en cuanto Sikes desapareció entre el vapor. Las ampollas empezaron a formarse por sus muñecas inmediatamente. Meg subió a toda prisa a los tablones, cogió un cubo de agua fría de aclarado y vertió el contenido helado directamente sobre la piel quemada de Nell.

El choque repentino neutralizó el ardor momentáneamente. Nell se apoyó en la tina de madera, temblando violentamente mientras la adrenalina recorría su cuerpo.

—Va a matarte antes del viernes. Meg arrancó una tira de algodón seco de un delantal desechado, envolviendo rápidamente con la tela las ampollas supurantes de Nell. —Tienes que dejar de provocarla.

—No la estoy provocando. Nell se miró los brazos vendados. —Estoy sobreviviendo a ella. El viernes se acerca.

El domingo trajo un cese momentáneo del trabajo industrial. Las internas asistían a tres servicios obligatorios en la capilla y pasaban las horas restantes recluidas en los gélidos dormitorios para estudiar textos religiosos.

Nell estaba sentada junto a la alta ventana enrejada del pabellón de mujeres, mirando hacia el patio cubierto de escarcha. La hinchazón de los brazos hacía que flexionar los dedos fuera increíblemente difícil. Mantenía las vendas ocultas bajo las mangas largas de su uniforme para evitar atraer la atención no deseada de los vigilantes que rondaban por allí.

Abajo, las puertas principales de hierro chirriaron al abrirse.

Arthur salió al patio, vistiendo un abrigo negro a medida y un impecable alzacuellos blanco. Llevaba una cartera de cuero colgada al pecho. La cartera contenía las dimensiones exactas de la vitela en blanco necesaria para ejecutar el cambio. Caminaba con determinación hacia la salida, con zancadas largas y decididas.

Jemmy estaba apoyado contra el muro de ladrillo cerca del conducto de suministros, masticando un trozo de paja seca. El chico le dedicó a Arthur un asentimiento sutil, casi imperceptible, cuando el capellán pasó por su lado. Arthur ignoró el gesto, manteniendo su postura rígida y aristocrática.

Las puertas de hierro se cerraron de golpe tras el sacerdote.

Nell apoyó la frente contra el cristal helado. El aislamiento la aterraba. Por primera vez en su vida, el éxito del timo no dependía de sus propios dedos ágiles o de su lengua afilada. Había entregado el elemento más crucial del golpe a un hombre que no tenía experiencia criminal alguna.

—Pareces una viuda esperando a un barco fantasma. —Meg se sentó en el colchón de al lado, echándose una manta raída por los hombros.

—Estoy esperando a que gire la llave. Nell cerró los ojos. —Si Vance descubre la treta, los magistrados de la ciudad arrestarán a Arthur. Grendel se dará cuenta de que la cámara está comprometida. Moriremos en este edificio.

—El sacerdote tiene una columna de hierro macizo. Meg se recostó contra la pared de yeso. —Detuvo a Sikes en la enfermería. Detendrá al procurador.

El crepúsculo se filtró en el hospicio, sumiendo los pasillos en sombras profundas. La campana de la tarde anunció la última comida del día. Nell se arrastró hasta el comedor junto a las mujeres agotadas, con sus brazos quemados palpitando sin descanso.

Escudriñó la mesa presidencial. El Maestro Grendel estaba sentado comiendo ave asada, con las mejillas brillando por la grasa. Parecía tranquilo. Si Vance hubiera alertado a las autoridades, Grendel estaría paseando por la habitación o gritando a los guardias. El comportamiento calmado del Maestro sugería que la infiltración seguía sin ser detectada.

Pero la silla de Arthur estaba vacía.

El pánico atenazó la garganta de Nell. Rechazó su ración de gachas, pasándole el cuenco de hojalata a la pequeña Bessie. En el momento en que la matrona Sikes se dio la vuelta para reprender a una interna que tosía, Nell se escabulló del comedor, deslizándose entre las sombras para evitar los arcos principales.

Cruzó deprisa el patio oscuro, ignorando el viento que atravesaba su uniforme. Al llegar a la capilla, tiró de la anilla de hierro. La puerta se resistió. Estaba cerrada.

Nell se dirigió al lateral del edificio, recorriendo el estrecho callejón entre los ladrillos de la capilla y el muro perimetral. Llegó a la pequeña ventana que iluminaba la rectoría. Una luz dorada se derramaba a través del cristal, proyectando un rectángulo de calidez sobre el suelo escarchado.

Poniéndose de puntillas, miró por el cristal.

Arthur estaba sentado tras su escritorio. Se había quitado el abrigo. Su camisa de lino blanco mostraba manchas circulares y oscuras de tinta derramada. Miraba fijamente a la pared opuesta, con un vaso medio vacío de un líquido ambarino descansando cerca de su codo.

Nell golpeó el cristal con las uñas.

Arthur dio un respingo, volviendo la cabeza hacia la ventana. Al reconocer su rostro, se levantó rápidamente y cruzó la habitación para descerrajar el marco. Empujó la ventana hacia arriba, dejando que las corrientes gélidas entraran en su santuario.

—Se supone que tienes que estar en el comedor. Arthur la agarró por los hombros, ayudándola a pasar por la estrecha abertura y atrayéndola directamente al interior de la cálida habitación.

Nell tropezó contra su pecho y sus botas tocaron la alfombra tejida. Ignoró el dolor de sus brazos, mirando desesperadamente su rostro. Parecía diez años mayor.

—¿Has conseguido los contratos?

Arthur se apartó, dirigiéndose a su escritorio. Metió la mano en su cartera de cuero y sacó un grueso montón de documentos de vitela unidos por un sello de lacre carmesí. Lanzó el montón sobre la superficie de madera.

—Vance regenta una fortaleza —susurró Arthur, frotándose las sienes—. Interrogó mis credenciales teológicas durante veinte minutos antes de permitirme ver el libro mayor de clientes. Derramé el tintero exactamente como me indicaste. La tinta negra arruinó su escritorio de caoba.

—Hiciste el cambio. Nell se acercó al escritorio, mirando fijamente el sello de lacre. —Tienes las escrituras.

—Tengo las escrituras. Arthur cogió su vaso, tragando el licor restante de un solo trago. —También tengo un alma mancillada. He mentido a un oficial del tribunal, he destruido su propiedad y he robado documentos parroquiales oficiales. Soy un criminal.

—Eres un salvador. —Nell alargó la mano, apoyando sus dedos vendados sobre la vitela—. Estos papeles representan treinta vidas, Arthur. Has canjeado tu conciencia inmaculada por su supervivencia. Esa es la definición de un sacrificio justo.

Arthur bajó la mirada hacia las manos de ella. Se fijó en las toscas tiras de algodón envueltas en sus muñecas, viendo el fluido transparente que empapaba la tela. Alargó la mano, agarrando suavemente sus antebrazos para examinar los vendajes.

—¿Qué le ha pasado a tu piel?

—Sikes exigió que frotara los calderos hirvientes con las manos desnudas. —Nell no se retiró de su contacto—. El dolor es temporal.

—Esto no es temporal. —Arthur recorrió el borde del algodón, apretando la mandíbula con una furia absoluta—. Esto es tortura sistemática. Te están destruyendo.

—No pueden destruirme si nosotros los destruimos a ellos primero. —Nell le miró—. Tenemos los contratos. Tenemos la combinación de la cámara. El viernes por la noche, reduciremos Blackfriars a cenizas.

Arthur le soltó los brazos. Se quedó mirando las escrituras robadas, y los últimos restos de su vacilación clerical se consumieron a la luz del fuego. Volvió a mirar a Nell, con una resolución peligrosa y depredadora endureciendo sus rasgos.

—El viernes por la noche —asintió Arthur—. Se lo quitaremos todo.

CAPÍTULO 10

—Robar caballos de tiro requiere sobornar al capataz de las caballerizas.

Jemmy empujó un cubo de hojalata oxidado por el suelo de tierra helada; su rostro manchado de hollín quedaba enmarcado por los barrotes de hierro de la rejilla del sótano.—El hombre exige cinco chelines por adelantado, o cerrará las cocheras permanentemente el viernes por la noche.

Nell se arrodilló sobre el barro congelado, ignorando la humedad gélida que calaba su falda. Metiendo la mano en su tosco corpiño, extrajo una pequeña moneda de plata. Arthur había facilitado los fondos del cepillo de los pobres de la parroquia específicamente para financiar esta logística externa.

—Dale tres chelines ahora. —Nell pasó la plata a través del enrejado.—Prométele los otros dos cuando nos hagamos con el carromato. Si le pagas todo por adelantado, cogerá la moneda y avisará a la guardia de la ciudad para cobrar la recompensa.

Jemmy arrebató la plata y mordió el borde para comprobar su pureza.—Los muelles están atestados alrededor de la medianoche. Los oficiales de aduanas patrullan los embarcaderos constantemente. No podemos llevar un carromato lleno de huérfanos robados directamente por el empedrado.

—¿Has asegurado el pasaje en el *Mary Rose*?

—El capitán ha accedido a mantener abierta la bodega de carga hasta que cambie la marea. —Jemmy se guardó la moneda en la bota.—No hará preguntas sobre el cargamento, siempre que paguemos el resto del saldo en oro.

—Sacaré el oro de la cámara acorazada de Grendel. —Nell se levantó del suelo.—Ten preparado el carruaje en el callejón detrás de la cripta de la capilla a las ocho en punto. No te muevas hasta que Arthur abra la rejilla de la calle.

—No falles con la caja fuerte, Nell. —Jemmy cogió su saco de lona y se alejó del conducto de ventilación.—El capitán zarpará, estemos allí o no.

El calor abrasador de la sala de planchado ofrecía una variedad de tormento físico distinta a la de los calderos de ebullición. Unas enormes estufas de hierro fundido dominaban el centro de la estancia de piedra, irradiando una intensa energía térmica para calentar las planchas. Los internos permanecían hombro con hombro ante largas mesas de madera, planchando los húmedos uniformes de la parroquia hasta que la tela humeaba.

Meg golpeó una plancha caliente contra una camisa de algodón tosco, con el rostro reluciente por la temperatura opresiva.

—Sacar a treinta niños del dormitorio requiere una distracción masiva. —Meg empujó la plancha hacia delante, alisando el cuello arrugado—. Sikes cuenta las cabezas todas las noches a las siete en punto. Ella misma echa el cerrojo.

—La Gala proporcionará la cobertura necesaria. —Nell dobló un delantal planchado y lo apiló dentro de una cesta de mimbre—. El presidente insiste en la perfección absoluta durante la cena anual. Sikes tendrá que desplegar a todos los celadores en el comedor para servir las carnes asadas y vigilar los armarios de los licores para que no los toquen los internos.

—El dormitorio permanecerá cerrado.

—Tengo la llave maestra falsificada. —Nell cogió otra prenda húmeda—. Abriré el pabellón de los niños antes de infiltrarme en el ala administrativa. Tú debes reunir a los huérfanos en el hueco de la escalera y mantenerlos en absoluto silencio.

—Bessie llora cuando oscurece. —Meg cogió una plancha recién calentada de la estufa, haciendo una mueca cuando el calor radiante le quemó los nudillos—. Si un solo guardia patrulla el pasillo inferior, toda la huida se va al traste.

—Arthur ha trazado los turnos de guardia. —Nell alisó el algodón húmedo contra la madera marcada—. El perímetro exterior absorberá a todo el destacamento de seguridad durante los fuegos artificiales. Los pasillos interiores estarán vacíos.

Meg miró de reojo, estudiando el perfil de Nell.—Depositas muchísima fe en un sacerdote al que pretendías arruinar hace tres semanas.

—El sacerdote ha demostrado su utilidad.

—El sacerdote agredió a la matrona para protegerte. —Meg volvió a centrar su atención en la plancha abrasadora.—No lo confundas con devoción. Está quemando sus naves para asegurarse de que tú cruces el río a salvo.

Nell no respondió. Presionó las palmas de las manos contra la mesa de madera, ignorando el dolor punzante de sus ampollas en proceso de curación.

Llegó el jueves por la tarde, trayendo consigo una tensión sofocante que impregnaba la arquitectura del hospicio. Nell se escabulló en la capilla con el pretexto de las oraciones vespertinas, recorriendo la oscura nave hasta llegar a la puerta de la rectoría. Entró sigilosamente y encontró a Arthur de pie ante su escritorio de caoba.

Un diagrama arquitectónico detallado del ala administrativa cubría la madera pulida. Líneas de carboncillo marcaban los pasillos que se cruzaban y la terraza exterior.

—Los fuegos artificiales comienzan precisamente a las ocho y media. —Arthur golpeó el pergamino con un trozo de carboncillo.—Los miembros de la junta se reunirán en la terraza occidental para observar el espectáculo. Grendel debe unirse a ellos para asegurarse de que sus copas permanezcan llenas.

Nell estudió el mapa, trazando la ruta desde el comedor hasta los aposentos del director.—Eso deja el pasillo oriental abandonado.

—Tienes exactamente doce minutos. —Arthur dejó el carboncillo. —Si Grendel regresa a su despacho por puros frescos o más libros de contabilidad, te encontrará girando el dial.

—Manténlo en la terraza.

—Tengo la intención de enzarzar al presidente en un feroz debate teológico sobre la asignación de los recursos de la parroquia. —Arthur enrolló el pergamino formando un cilindro apretado.—Grendel tendrá que estar presente para defender su gestión financiera. No puede marcharse ante una acusación pública de negligencia fiscal.

—Doce minutos es tiempo más que suficiente. —Nell se acercó al escritorio.—Cogeré el oro, recuperaré los contratos de servidumbre robados de tu maletín y nos reuniremos en la entrada de la cripta.

—La caja fuerte de Grendel funciona con un mecanismo de combinación de cuatro discos. —Arthur abrió una cajita de madera y extrajo una llave de latón.—La secuencia debe ser precisa. Tres vueltas en el sentido de las agujas del reloj pasado el cero para que encaje el primer tambor. Dos vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj para el segundo. ¿Has dominado la mecánica de rotación?

Flexionando sus dedos vendados, Nell evaluó el estado de su piel. —Las ampollas de las quemaduras dificultan mi sensibilidad táctil. Confiar en los clics auditivos es el único método viable para verificar que los tambores encajen.

—Los fuegos artificiales enmascararán el sonido. —Arthur señaló hacia la ventana.—Las explosiones harán vibrar los cristales.

—Pegaré el oído directamente contra el hierro frío —afirmó Nell con firmeza—. Sentiré las vibraciones a través de la carcasa metálica.

Arthur le tendió la llave de latón al otro lado del escritorio.—Esto abre el candado que asegura la rejilla de las catacumbas. Yo guiaré a Meg y a los niños por la escalera. Debes llegar al altar antes de las nueve en punto, o Jemmy perderá el carromato.

Al coger la llave, Nell sintió que el metal frío se le clavaba en los dedos callosos. Levantó la vista y se encontró con su mirada intensa. El barniz aristocrático que había lucido en el despacho del abogado

había desaparecido, sustituido por una determinación cruda e inquebrantable.

—De verdad vamos a hacerlo. —Nell se guardó la llave en el corpiño.—Mañana por la noche, Blackfriars perderá su imperio.

—Mañana por la noche, extirparemos la podredumbre. —Arthur alargó la mano y sus dedos rozaron la tosca tela de la manga de ella.—No corras riesgos innecesarios, Nell. Coge los fondos y sal de la habitación. No te demores para admirar la destrucción.

—Yo solo admiro el oro.

Arthur sonrió, una expresión breve y genuina que transformó sus severas facciones.—Dejé de creer en tus mentiras cínicas hace semanas.

Nell dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos antes de que su propia resolución se quebrara. La proximidad física nublaba su juicio, haciéndola dolorosamente consciente de las corrientes de aire gélidas y del aislamiento asfixiante que la esperaba en los dormitorios.

—Te veré en la cripta, Arthur.

—Que Dios guíe tus manos, Nell.

Dándose la vuelta, abrió la pesada puerta de roble y se escabulló de nuevo hacia las sombras de la capilla. La última noche dentro del hospicio se extendía ante ella, una agónica prueba de resistencia. Mañana, el cielo estallaría en fuego y la caja fuerte de hierro entregaría por fin sus secretos.

CAPÍTULO 11



El azufre de la pólvora se imponía al rico aroma del ganso asado. Otra carcasa explosiva detonó sobre el patio del hospicio, haciendo vibrar los altos ventanales de arco del comedor. Chispas escarlatas llovieron tras el cristal escarchado. Docenas de acaudalados miembros de la Junta aplaudieron con cortés regocijo, alzando copas de cristal llenas de vino de importación.

Nell se quedó petrificada cerca de las puertas principales de servicio. Apretaba una bandeja de plata con tal fuerza que sus palmas vendadas palpitaban contra el metal pulido. La matrona Sikes ladró una orden desde el otro extremo de la sala, señalando con un dedo grueso una estación de trinchado vacía.

—¡Llena el plato del presidente!

Soltando la bandeja de plata sobre la mesa de madera más cercana, Nell abandonó su puesto. Escabulléndose por las puertas batientes de la cocina, atravesó la caótica zona del fregadero sin ser advertida. Los cocineros gritaban por encima del rugido de los fogones. Nell pasó de largo ante las estufas llameantes, metiéndose en el estrecho pasillo de servicio que conectaba las cocinas con el ala administrativa. El ruido de la gala se fue apagando tras los gruesos muros de piedra. El silencio engulló el pasillo enyesado, solo interrumpido por los estallidos sordos del espectáculo de fuegos artificiales.

Apresurándose por la alfombra del pasillo, sus pasos no produjeron sonido alguno sobre la tela. Al llegar a las puertas de caoba del fondo, rebuscó en su corpiño para extraer la llave maestra de latón. El metal se le clavó en la carne viva. Introduciendo el vástago en la cerradura, giró la muñeca hasta que los pernos cedieron. El pestillo se abrió con un chasquido.

Empujando la puerta hacia dentro, Nell se deslizó en el santuario privado de Master Grendel. La estancia parecía un horno. Unas brasas agonizantes brillaban en la chimenea de mármol, proyectando largas y cambiantes sombras sobre los sillones de cuero. Ignoró el lujoso mobiliario y caminó directamente hacia la pared del fondo. Agarrando el grueso tapiz de caza, tiró de la tela tejida hacia un lado para dejar al descubierto la cámara acorazada de hierro empotrada en el ladrillo.

El dial de latón relucía bajo la tenue luz.

Nell cayó de rodillas. Presionando su oreja derecha contra la gélida carcasa de metal, cerró los ojos para aislar sus sentidos. Su mano izquierda se alzó para asir la rueda numerada.

El dolor la punzó con fuerza. La fricción del dial de latón laceró las ampollas en proceso de curación bajo sus vendajes de algodón. La sangre empezó a filtrarse a través de las tiras blancas, tiñendo la tela de un marrón oxidado y húmedo. Apretando la mandíbula, obligó a sus dedos a girar el mecanismo en el sentido de las agujas del reloj.

Clic.

El primer engranaje encajó. Otro fuego artificial detonó en el exterior, haciendo vibrar los tablones del suelo bajo sus rodillas y ahogando la sutil respuesta mecánica. Nell maldijo, sin soltar el dial. Esperar a que las reverberaciones se desvanecieran le costó unos segundos preciosos. Hizo girar la rueda más allá del cero por segunda vez.

—Setenta y tres —susurró Nell, alineando las marcas.

Invirtiendo la rotación, giró el dial dos veces en sentido contrario a las agujas del reloj. El metal abrasivo raspó contra su carne supurante. Ignoró la agonía, concentrando su mente en los mecanismos internos de la caja fuerte.

Click.

Girando la rueda una vez más en el sentido de las agujas del reloj, se detuvo en el último dígito.

—Diecinueve.

Agarrando la manivela de hierro, Nell forzó la palanca hacia abajo. Los gruesos pernos de cierre se retrajeron, rascando contra sus alojamientos de hierro. Al abrir la pesada puerta sobre sus bisagras, quedó al descubierto el oscuro interior.

Pilas de billetes del Banco de Inglaterra descansaban junto a cuatro bolsas de terciopelo. Nell sacó el saco de arpillera de los cordones de su delantal. Cogió primero las bolsas de terciopelo y vació las monedas de oro en la lona. Los billetes de papel las siguieron. Al barrer aquella fortuna en su bolsa, despojó a la operación de esclavitud de su capital operativo.

—¿Qué estás haciendo en este despacho?

La matrona Sikes estaba en el umbral de la puerta abierta. La mujer sostenía un decantador de vino de plata. Sus ojos pasaron de la rata callejera arrodillada a la caja fuerte vacía y abierta de par en par en el muro. El asombro dejó boquiabierta a la matrona durante una fracción de segundo antes de que la pura furia deformara sus facciones.

—¡Ladrona! —Sikes se abalanzó al interior de la habitación, tirando el decantador a un lado—. —¡Guardias!

Nell se incorporó de un salto desde el suelo. Cerrando de una patada la puerta de hierro de la caja fuerte, apoyó su bota contra el metal para sellar la cavidad vacía. Sikes arremetió a través de la alfombra, extendiendo sus gruesas manos para atrapar el cuello de Nell.

Agachándose por debajo de los brazos extendidos de la matrona, Nell clavó su hombro en el estómago de la mujer. El impacto le sacó el aire de los pulmones a Sikes. La mujer mayor tropezó hacia atrás, chocando con fuerza contra el escritorio de caoba. Los tinteros se hicieron añicos contra el suelo.

—¡Te romperé el cuello! —jadeó Sikes.

La matrona agarró el atizador de latón del soporte de la chimenea. Blandiendo la herramienta de hierro en un arco horizontal

y violento, apuntó a las costillas de Nell. Nell se lanzó hacia atrás. La punta roma silbó a escasos centímetros de su nariz, golpeando la pared de yeso y haciendo que una lluvia de polvo blanco cayera sobre la alfombra.

Buscando la salida a gatas hacia la puerta abierta, Nell se encontró con el camino bloqueado. Sikes alzó el atizador para asestar un golpe descendente.

—No vas a salir de esta habitación viva.

Agarrando el objeto más cercano —un grueso libro de contabilidad encuadernado en cuero que reposaba en el borde del escritorio—, Nell lanzó el libro a la cara de la matrona. El libro golpeó a Sikes en la nariz. La sangre salpicó el delantal blanco de la matrona. El atizador se le cayó de las manos mientras se tapaba la cara, aullando de dolor.

Recogiendo el saco de arpillera del suelo, Nell salió disparada del despacho. Corriendo por el pasillo oscuro, sus botas retumbaron contra las losas pulidas. La campana de alarma empezó a sonar cerca de las puertas del comedor. Sikes había alertado a los guardias del perímetro.

Nell evitó el vestíbulo principal, girando bruscamente hacia el ala este de la capilla. Le ardían los pulmones. El peso del oro robado se le clavaba dolorosamente en el hombro. Al llegar a las puertas de madera arqueadas del santuario, empujó el tablón con todo su cuerpo y se deslizó dentro.

Arthur estaba cerca del altar. Llevaba un morral de cuero cruzado en el pecho y sostenía un farol de aceite encendido en su mano derecha. Se giró cuando ella entró a toda prisa por el pasillo central.

—Las campanas están sonando. —Arthur alzó el farol, iluminando la sangre que empapaba los vendajes de sus muñecas—. —Estás sangrando.

—Sikes me ha pillado en el despacho. —Nell le puso el saco de arpillera en la mano que tenía libre—. —La matrona ha dado la alarma. ¿Tienes las escrituras?

—Los contratos están a buen recaudo dentro del morral. —Arthur le entregó el farol mientras agarraba el saco de oro—. —Tenemos que llegar a la cripta.

Arthur apartó el paño bordado que cubría el frente del altar, dejando a la vista la pequeña rejilla de hierro incrustada en el suelo. Sacó una llave de latón de su bolsillo y abrió el candado que aseguraba los barrotes. Tirando de la rejilla hacia arriba, reveló la escalera negra como el foso que descendía hacia la tierra.

—Meg ya está esperando en las catacumbas con los niños. —Arthur señaló la abertura—. —Ve.

Nell puso el pie en el primer escalón de piedra. Los gritos resonaron desde el patio, fuera de la capilla. Los guardias de la parroquia avanzaban por el barro helado, con sus botas crujiendo contra la escarcha. Todo el hospicio estaba despierto, dando caza a los ladrones que acababan de arruinar a Master Grendel.

Descendiendo hacia la oscuridad, Nell mantuvo el farol en alto. No miró atrás hacia el santuario. La gala había terminado y la guerra no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO 12



Nell hundió las botas en el agua estancada que se acumulaba al pie de las escaleras de la capilla. El líquido gélido empapó al instante el cuero desgastado, helándole los dedos de los pies y enviándole un escalofrío por la espalda. Al levantar la lámpara de aceite, iluminó el pasaje subterráneo. El túnel se extendía hacia una negrura absoluta, flanqueado por muros de piedra caliza desmoronados que albergaban a los muertos olvidados de Blackfriars.

Arthur llegó al último escalón y tiró de la rejilla de hierro para sellar la abertura que quedaba sobre ellos. El candado de latón se cerró con un clic, dejándolos encerrados dentro de la cripta justo cuando las puertas del santuario cedían. Gritos y el crujido de la madera antigua astillándose resonaron por los conductos de ventilación.

—Grendel está dentro de la nave —Arthur entró en el charco helado y se puso al frente—. Necesitará palancas de hierro para romper esa rejilla. Tenemos cinco minutos de ventaja.

—Meg está esperando en el cruce —dijo Nell, reajustándose el saco de arpillera a la espalda. Las monedas de oro tintinearon suavemente entre sí—. Jemmy debería tener el carruaje colocado justo encima del desagüe pluvial.

Se apresuraron por el pasillo inundado. El nivel del agua subía, llegándoles ya a los tobillos y ralentizando su avance. Varias

calaveras los miraban con cuencas ciegas desde los nichos, cubiertas de espesas telarañas y musgo pálido. Nell ignoró el macabro entorno, concentrándose únicamente en el dolor punzante de sus manos vendadas.

—Grendel alertará a la guardia de la ciudad —comentó Arthur, elevando la lámpara por encima del agua turbia—. Dirá que hemos secuestrado a protegidos de la parroquia. Los agentes registrarán cada barco que zarpe.

—No puede involucrar a la ley —Nell se limpió una mancha de hollín de la frente—. Acudir a los magistrados le obligaría a exponer sus propios contratos de servidumbre ilegales. Nos perseguirá usando a sus guardias privados y a matones de los muelles.

—Los matones no respetan los límites de la parroquia —Arthur sorteó una sección derruida del suelo—. Debemos asegurar el pasaje esta misma noche. Si sale el sol y seguimos en Londres, las calles se llenarán de hombres buscando cobrar una recompensa.

Un silbido tenue llegó desde la oscuridad que tenían por delante.

Arthur levantó una mano, ordenando detenerse. Protegiendo la luz de la lámpara con su abrigo, escudriñó entre las sombras.

—Es la señal —Nell pasó por su lado, vadeando más deprisa por el agua oscura—. ¡Meg!

El túnel se ensanchó en una cámara circular de piedra. Una escalera de hierro oxidada, atornillada a la mampostería, ascendía seis metros hacia una rejilla circular de la calle. Treinta huérfanos tiritando se amontonaban en el único saliente seco que quedaba en la estancia. Meg estaba cerca de la escalera, sosteniendo un trozo de pizarra afilado como si fuera una daga.

—El agua nos está helando hasta los tuétanos —siseó Meg, soltando la piedra al verlos—. El vigilante de la calle pasó por el callejón dos veces. Jemmy ha tenido que dar la vuelta a la manzana para evitar que lo detectaran.

—¿Está el carromato sobre nosotros ahora mismo? —Arthur caminó hacia el saliente y cogió a la pequeña Bessie en brazos.

—Los caballos patean los adoquines —Meg señaló hacia arriba.

Arthur agarró el peldaño inferior de la escalera, probando la resistencia del hierro oxidado. Tras subir tres peldaños, se estiró

para empujar la tapa circular de la calle. El grueso disco de hierro gimió, deslizándose hacia un lado para revelar el cielo nublado de Londres. El rostro de Jemmy, manchado de hollín, asomó por el hueco.

—¡Empezad a pasármelos! —Jemmy alargó las manos; sus delgados brazos temblaban por el frío—. ¡Las campanas de la parroquia están atrayendo a los agentes desde Cheapside!

Nell dejó caer el saco de arpillera sobre el saliente de piedra seca. Cogiendo a un niño frágil, lo elevó hacia Arthur. El capellán agarró al pequeño por la cintura, impulsándolo hacia arriba hasta que Jemmy pudo subirlo a la calle. La extracción requirió una repetición brutal y agotadora. Nell izó huérfano tras huérfano, ignorando el escozor agonizante de sus ampollas abiertas.

Quince niños desaparecieron en el callejón. Veinte.

Un estallido ensordecedor llegó desde la escalera de la capilla. El sonido de metal cediendo retumbó por los pasillos inundados. Grendel había reventado el candado.

—¡Están en los túneles! —Meg agarró a Toby, empujando al niño hacia la escalera—. ¡Sube!

—Llévate a los niños que quedan, Arthur —Nell volvió a echarse el saco de arpillera al hombro—. Yo vigilaré el pasillo.

—No puedes luchar contra guardias armados en este agua —Arthur agarró a Bessie y le pasó la niña, que lloraba, a Jemmy—. Sube por los peldaños, Nell. Ahora.

La luz de unas linternas atravesó la oscuridad al final del túnel. El chapoteo de botas anunció la llegada de los perseguidores. Tres guardias de la parroquia irrumpieron en la cámara inundada, esgrimiendo porras de madera en alto. El señor Grendel caminaba justo tras ellos, con su abrigo a medida arruinado por el agua estancada de la cripta. El odio más puro y absoluto le contorsionaba el rostro.

—¡Disparad al cura! —rugió Grendel, apuntando con una pistola de pedernal hacia la escalera.

Nell se lanzó hacia delante, interponiendo su cuerpo entre el capellán y el amo. Arrojó el saco de arpillera directamente al guardia más cercano. La bolsa de lona, abultada por kilos de oro macizo,

golpeó al hombre de lleno en el pecho. Al caer de espaldas al agua helada, el guardia soltó su linterna. El cristal se hizo añicos, sumiendo la mitad de la estancia en sombras.

Grendel disparó la pistola.

El estruendo ensordecedor rebotó en los muros de piedra caliza. La bala de plomo pasó a centímetros de la cabeza de Nell, impactó en la pared y bañó el saliente con fragmentos afilados de piedra.

Arthur se soltó de la escalera y cayó al agua profunda junto a Nell. No se retiró. El capellán arremetió hacia delante, clavando su hombro en el abdomen del segundo guardia. El hombre se dobló y su porra salió volando hacia la oscuridad.

—¡Has arruinado mi imperio! —Grendel sacó un largo cuchillo de caza de su cinturón y lanzó un tajo salvaje hacia el rostro de Nell.

Nell se agachó, metiéndose en su guardia. Impulsando la rodilla hacia arriba, golpeó a Grendel en la entrepierna. El amo jadeó, doblándose por la mitad. Nell descargó el codo con violencia contra la nuca del hombre, estampándole la cara directamente en el suelo inundado.

—¡Arthur, las escrituras! —gritó Nell, retrocediendo apresuradamente hacia el saliente.

El último guardia blandió su porra contra el cura. Arthur le atrapó la muñeca, retorciéndole el brazo hasta que la articulación chasqueó. Apartando al guardia, que gritaba de dolor, Arthur agarró su maletín de cuero de la piedra seca. Se giró hacia Nell, la asió por el bíceps no herido y la impulsó hacia la escalera.

—¡Sube! —ordenó Arthur.

Nell trepó por el hierro oxidado; sus botas mojadas resbalaban contra el metal. Jemmy la agarró por el cuello y la arrastró por el borde de la rejilla hasta los adoquines helados. Arthur la siguió un segundo después, subiendo y devolviendo de inmediato la pesada tapa de hierro a su sitio con una patada. El disco se cerró con un estrépito metálico, sellando a Grendel y a sus guardias bajo la calle.

Un carruaje enorme y cerrado esperaba en el callejón. Meg estaba metiendo a los últimos huérfanos tiritando en el oscuro interior.

—¡Arre! —Arthur saltó al pescante, arrebatándole las riendas de cuero a Jemmy—. ¡Ve por los callejones traseros hacia el río! ¡Evita las avenidas principales!

—¡Los caballos no aguantarán el galope arrastrando esta carga! —gritó Jemmy por encima del fragor de los cascos—. ¡Se partirán los ejes!

—¡Pues fustígalos hasta que se rompan! —gritó Nell desde atrás, cerrando de un tirón las puertas de madera.

El carruaje dio un sacudón hacia delante. Las ruedas con llantas de hierro traqueteaban violentamente sobre las piedras desiguales, ganando velocidad con rapidez. Dentro del vagón, sumido en la oscuridad total, Nell se desplomó contra el entablado del suelo. Atrayendo a Toby hacia ella, rodeó con sus brazos a su hermano tembloroso.

—¿De verdad somos libres, Nell? —susurró Toby, aferrándose a su uniforme húmedo.

—Somos libres —Nell le acarició el pelo, con el pecho agitado mientras luchaba por recuperar el aliento—. El amo no podrá volver a hacerte daño nunca más.

Meg se acurrucaba en un rincón, intentando calmar a la pequeña Bessie. —Hemos dejado el oro en la cripta, muchacha tonta. Le has tirado el dinero de nuestro pasaje a un guardia.

—He protegido al cura —Nell apoyó la cabeza contra la pared vibrante—. Las escrituras están a salvo en su maletín. Grendel no puede reclamar a los niños sin esos papeles.

—El capitán de la Mary Rose exige el pago —dijo Meg—. No va a transportar a treinta huérfanos a través del océano por caridad.

—Las reservas del cepillo de los pobres se han agotado —dijo Arthur en voz baja—. La tarifa del establo, el depósito del barco, el cerrajero de Jemmy... se ha gastado hasta el último chelín. Hemos tirado el oro de la cámara en ese túnel. No tenemos nada.

—Pues ya encontraremos la forma de conseguir algo —respondió Nell—. Siempre lo hacemos.

CAPÍTULO 13



—El eje trasero se está partiendo. —Jemmy tiró de las riendas de cuero, obligando a los agotados caballos de tiro a detenerse de forma violenta—. Oigo cómo se astilla la madera. No podemos forzar este carruaje ni un kilómetro más.

—Entonces lo abandonamos. —Nell abrió la puerta de madera de un empujón y saltó del carruaje a los resbaladizos adoquines—. ¿Dónde estamos exactamente?

—Blind Man's Alley. —Jemmy enrolló las riendas en la palanca de hierro del freno—. Estamos a dos calles del Támesis. La niebla del río oculta el carro, pero los agentes patrullan los muelles principales al amanecer.

Londres los engulló en un esmog espeso y amarillento. El fétido hedor a algas podridas, aguas residuales y carbón quemado asaltó sus pulmones. Los altos y ruinosos bloques de viviendas se inclinaban precariamente unos hacia otros sobre el estrecho callejón, tapando el cielo nocturno encapotado.

Arthur bajó del pescante. Miró a su alrededor en aquel suburbio desolado; su inmaculado cuello clerical estaba arruinado por el hollín y el agua de la cripta. —Esto no es un refugio, Jemmy. Es una calle abierta.

—El refugio está detrás de ti, capellán. —Jemmy señaló una estructura de ladrillo combada y sin ventanas—. El viejo Higgins solía

tener una tonelería aquí antes de que la podredumbre le consumiera los pulmones. El taller de barriles sigue vacío.

—Meted a los niños dentro. —Nell alargó la mano hacia el carruaje y sacó a Toby de la oscuridad del interior—. Daos prisa. El frío acabará con ellos antes que Grendel.

Meg arreó a los huérfanos que tiritaban fuera del carro, apretando su manta robada contra el cuello. Los niños se apiñaron sobre los adoquines, aterrorizados por las enormes y acechantes sombras del barrio bajo.

Arthur se acercó a las puertas de madera podrida de la tonelería. Agarró el oxidado tirador de hierro y tiró con fuerza. La madera gimió, arrastrándose contra el desigual umbral de piedra, y se abrió para revelar un espacio cavernoso y negro como el ala de un cuervo. Hacia fuera flotaron olores a serrín húmedo, salmuera y brea vieja.

—Esconderé el carruaje en el callejón de al lado —instruyó Jemmy, saltando de nuevo al pescante—. Conozco a un carnicero ciego que compra caballos de tiro robados. No hace preguntas y tiene los oídos fatal.

—Asegura el dinero y vuelve de inmediato. —Nell cruzó el umbral cargando a la pequeña Bessie—. No te entretengas en el mercado.

Al entrar en el taller abandonado, Arthur rascó una cerilla de azufre contra la pared de ladrillo. Acercó la pequeña llama a la mecha de su quinqué de aceite. La luz amarillenta hizo retroceder las sombras, revelando docenas de barriles de madera destrozados, aros de hierro oxidados y un suelo de tierra cubierto de virutas de madera rizadas.

—Buscad un rincón seco. —Meg dirigió a los huérfanos hacia un enorme montón de sacos de arpillera desechados cerca de la pared del fondo—. Apilaos. Compartid el calor corporal.

Arthur dejó el quinqué sobre un robusto banco de trabajo de madera. Inspeccionó las miserables condiciones, limpiándose una raya de mugre negra de la frente.

—Este edificio no tiene ningún tipo de aislamiento —observó Arthur, comprobando una corriente de aire que soplaba a través de una grieta en la mampostería—. Los niños están empapados por lo de la cripta. Se morirán de frío antes del amanecer.

—Entonces encenderemos un fuego. —Nell arrastró una duela de barril astillada por la tierra—. Ayúdame a romper estas duelas. La madera está lo bastante seca como para arder.

—Encender un fuego hará que salga humo por el tejado. —Arthur agarró el extremo opuesto de la duela y rompió la gruesa madera por la mitad con facilidad usando la rodilla—. La guardia de la ciudad investiga el humo no registrado en los barrios bajos.

—Estamos en una tonelería. —Nell señaló una enorme chimenea de hierro cónica que se alzaba en el centro de la estancia—. Higgins usaba esa forja para calentar los aros de hierro. El conducto de ventilación conecta directamente con los humeros comerciales principales. El humo se mezclará.

Arthur pareció impresionado. Recogió las duelas rotas y las llevó hacia la fría forja de hierro. —Tienes unos conocimientos aterradores sobre arquitectura industrial.

—Tengo unos conocimientos aterradores sobre cómo evitar el frío.

Trabajando juntos, apilaron la madera astillada dentro del cuenco de hierro oxidado. Arthur recogió un puñado de virutas de madera secas del suelo y las usó como yesca. Raspando otra cerilla, prendió fuego al montón. Las llamas lamieron hacia arriba, prendiendo rápidamente en las duelas empapadas de alquitrán. El calor empezó a irradiar, llenando el gélido taller de un calor inmediato que les salvó la vida.

Los huérfanos se acercaron a la forja, extendiendo sus pequeñas manos temblorosas hacia el resplandor anaranjado. Toby se sentó al lado de Bessie, envolviendo los hombros de la pequeña con un saco de arpillera.

Meg se dejó caer sobre un cubo del revés cerca del fuego, gimiendo sonoramente. —Siento los huesos como si fueran cristal roto. He sobrevivido diez años en Blackfriars solo para morir de neumonía en una tonelería de Cheapside.

—No vas a morir, Meg. —Nell se sentó en el suelo de tierra con las piernas cruzadas—. Somos libres.

—Estamos en la indigencia —replicó Meg, manteniendo las manos sobre las llamas—. Dejamos el oro de la parroquia en una

tumba inundada. El capitán del *Mary Rose* exige dinero, Nell. Tenemos a treinta niños hambrientos y ni un chelín.

—Jemmy volverá con el dinero de los caballos.

—El dinero de los caballos compra pan. No compra un pasaje transatlántico.

Arthur se alejó de la forja y desabrochó su zurrón de cuero. Dejó la bolsa sobre el banco de trabajo y extrajo los contratos de servidumbre sellados con cera. El pergamino seguía perfectamente seco.

—Meg tiene razón en cuanto a la logística —afirmó Arthur, apoyando las manos sobre los documentos—. Hemos eliminado el derecho legal de Grendel sobre estos niños. Pero seguimos atrapados dentro de una ciudad controlada por su riqueza.

—Mañana resolveremos la logística. —Nell se apoyó contra una pila de barriles intactos. El bajón de adrenalina golpeó su organismo como un impacto físico. Le temblaban los músculos. Las ampollas abiertas de sus manos palpitaban en una sincronía insoportable con los latidos de su corazón.

Arthur notó su mueca de dolor. Abandonó los contratos y cruzó el suelo de tierra para arrodillarse junto a ella.

—Enséñame las manos.

Nell mantuvo los puños cerrados en el regazo. —Estoy bien.

—No mientas a un sacerdote. —Arthur alargó la mano y envolvió suavemente las muñecas de ella con sus grandes dedos. Tiró de sus manos hacia la luz del fuego.

Las vendas de algodón estaban arruinadas. El agua de la cripta, el barro y la sangre fresca habían teñido la tela de un tono marrón espantoso. Arthur tensó la mandíbula.

—Meg. —Arthur no apartó la vista de las manos de Nell—. Busca en el banco de trabajo. Los toneleros usaban brea hervida para sellar los barriles. Debería haber una lata de alcohol puro o trementina cerca para limpiar las herramientas.

Meg gimió, obligándose a levantarse del cubo. Rebuscó entre los restos de la mesa de madera y acabó sacando una lata cuadrada y oxidada. Tirando del tapón de corcho, olisqueó el contenido y sintió náuseas.

—Alcohol de madera. —Meg le tendió la lata a Arthur—. Escocerá como el fuego del infierno.

—Evitará la infección. —Arthur aceptó la lata. Miró a Nell con sus ojos oscuros llenos de una disculpa silenciosa e intensa—. Esto te va a doler.

—Sobreviví a Sikes. —Nell apretó los dientes—. Échalo.

Arthur retiró las sucias tiras de algodón, dejando a la vista las ampollas irritadas y reventadas que cubrían sus palmas y dedos. Vertió una pequeña cantidad del líquido transparente sobre un trozo de arpillera relativamente limpio. Agarrando la mano izquierda de ella, presionó el paño empapado en alcohol directamente contra la carne viva.

Nell jadeó y todo su cuerpo dio un respingo hacia atrás. El dolor fue como sumergir las manos de nuevo en las cubas de colada hirviendo. Intentó zafarse, pero Arthur mantuvo el agarre, sujetando su muñeca con firmeza mientras aplicaba el abrasador antiséptico en las heridas.

—Respira. —Arthur mantuvo la mirada fija en la piel en carne viva, con el pulgar apoyado suavemente sobre el pulso de ella—. Debes aguantar esto.

—Estás disfrutando. —Nell apretó los dientes, forzando una risa tensa para enmascarar la agonía—. Por fin has encontrado un método socialmente aceptable para torturarme.

—No me produce placer alguno tu sufrimiento. —Arthur desechó la arpillera ensangrentada y cogió una tira nueva de lino limpio que había arrancado de su propia camisa arruinada. Empezó a vendarle la mano, moviendo los dedos con una gracia sorprendente—. Tiraste el oro para salvarme la vida.

—Tú llevabas las escrituras. —Nell eludió el sentimiento, centrándose en las llamas—. Protegerte a ti era proteger los contratos.

—Mientes fatal. —Arthur terminó de atar el nudo en la mano izquierda. Cogió la derecha y volvió a aplicar el alcohol.

Nell se estremeció, pero no se apartó. El silencio se prolongó entre ellos, solo interrumpido por el crepitar de las duelas ardiendo y la suave respiración de los huérfanos dormidos. Meg se había

retirado al rincón más alejado, improvisando una cama para ella con un montón de arpillera.

—No entiendo nada de este mundo —murmuró Arthur, envolviendo la última tira de lino alrededor de la palma de Nell—. Estudié teología en Oxford. Debatí sobre filosofía ética en salones alfombrados. Sentado en esta tierra, huyendo de la ley... me siento inútil.

—Estampaste a un guardia de la parroquia contra una pared de ladrillo. —Nell bajó la vista hacia el arruinado cuello clerical de él—. Le rompiste la mandíbula al Maestro. Te estás adaptando.

—La violencia no es adaptación. Es un fracaso de la razón.

—La razón no funciona contra los depredadores, Arthur. —Nell dejó que él le sujetara las manos vendadas un momento más de lo necesario—. Grendel no entiende nada más que el chantaje y la fuerza. Esta noche has hablado su idioma.

Arthur finalmente le soltó las muñecas. Se sentó sobre los talones, apoyando los antebrazos en las rodillas. Miró a su alrededor en la tonelería desolada y gélida, observando a los treinta niños que dormían confiando en ellos para sobrevivir.

—Necesitamos miles de chelines para pagar ese pasaje —declaró Arthur, exponiendo la cruda realidad.

—Entonces robaremos miles de chelines. —Nell esbozó una sonrisa lenta y peligrosa—. Ayer lograste infiltrarte en un bufete de abogados. Mañana te enseñaré cómo desvalijar uno.

CAPÍTULO 14



El hambre despoja de la filosofía moral mucho más rápido que el mazo de un magistrado.

Jemmy se escurrió por el estrecho hueco de las puertas de madera podrida, cargando con un enorme saco de lona al hombro. El chico dejó caer la carga sobre el suelo de tierra de la tonelería y cerró la madera de una patada a sus espaldas para protegerse del frío que emanaba de las piedras. El hedor del callejón se arremolinaba alrededor de sus tobillos, con olor a aguas residuales y grasa quemada. Arrastró el saco hacia la forja de hierro, ignorando las treinta parejas de ojos desesperados y hundidos que seguían cada uno de sus movimientos.

—El carnicero ciego es un miserable estafador —dijo Jemmy mientras desataba el grueso cordel que sujetaba la lona—. Ha reconocido la marca del correccional estampada en los arreos de los caballos. Ha amenazado con llamar a los agentes a menos que aceptara tres chelines por las dos bestias y el carruaje.

—Tres chelines es un robo —Meg se incorporó de un cubo volcado, aferrando su manta robada—. Esos caballos de tiro estaban sanos.

—No estaba en posición de negociar, Meg —Jemmy metió la mano en el saco y sacó tres hogazas de pan oscuro y denso—. Los barrios bajos están infestados. Hay hombres en las esquinas con tubos de hierro, haciendo preguntas sobre un cura desaparecido y

una chica con las manos quemadas. Grendel ha inundado el distrito con el dinero de la parroquia antes del amanecer.

Nell se quedó perfectamente quieta sobre el suelo de tierra. Miró el algodón destrozado que envolvía sus palmas. El dolor punzante le servía como un recordatorio continuo de su vulnerabilidad. Grendel tenía el oro. Podía comprar a cada matón desde Cheapside hasta el Támesis.

—Repartid el pan —Nell señaló hacia los niños tiritando, amontonados cerca de la cálida chimenea de hierro—. Dadles a los huérfanos la miga más blanda. Nosotros comeremos las cortezas.

Jemmy sacó un cuchillo oxidado de su bota y serró con fuerza las cortezas endurecidas. Le entregó la primera rebanada gruesa a la pequeña Bessie. La niña arrebató la comida, desgarrando la masa oscura con los dientes. Toby recibió la siguiente porción y masticó metódicamente mientras mantenía la mirada fija en las parpadeantes llamas anaranjadas del interior de la forja.

Arthur permaneció de pie cerca del límite de la luz. Se había quitado el cuello clerical arruinado y se había desabrochado la parte superior de su camisa de lino para exponer la clavícula. La mugre de la cripta le manchaba la cara, despojándolo de su barniz aristocrático. Observó a los niños comer, apretando la mandíbula cuando Jemmy le entregó un trozo final, escaso y duro como una piedra.

—Necesitamos fondos sustanciales antes del anochecer —Arthur examinó el pan rancio, girando la corteza entre sus dedos—. Tres chelines no nos garantizan un pasaje seguro río abajo, y mucho menos a través del océano. No podemos escondernos en esta tonelería indefinidamente.

—No nos estamos escondiendo indefinidamente —Nell se obligó a levantarse, sintiendo la protesta de los músculos de sus piernas ante el movimiento repentino—. Estamos ejecutando una retirada. Te infiltraste una vez en el bufete de Silas Vance. Hoy, le robaremos.

—Vance cierra las puertas de su oficina al público los viernes para liquidar los libros de contabilidad semanales —Arthur mordió el pan, masticando la dura masa lentamente—. Emplea a dos antiguos soldados para vigilar la escalera interior. Suponiendo que logre

esquivar a los guardias, el abogado guarda el oro de la parroquia bajo llave en una caja fuerte de hierro fundido detrás de su escritorio de caoba.

—La codicia tiene puntos ciegos predecibles —Nell se detuvo al otro lado del barril, lo bastante cerca como para que él tuviera que sostenerle la mirada—. Vance se lucra con el tráfico de contratos de servidumbre. Cree que es intocable porque oculta sus crímenes tras estatutos legales. Usaremos su arrogancia para cegarlo.

—¿Cómo propones que ciegue a un abogado culto?

—Ofreciéndole un crimen mayor y más lucrativo —Nell se volvió hacia el centro de la sala. Señaló un barril de madera astillado que descansaba cerca de la forja—. Trae ese barril aquí. Ponlo entre nosotros.

Arthur pareció confundido. Dejó su pan sobre el banco de trabajo y fue a recoger el tonel dañado. Alzó el cilindro de madera, lo trajo de vuelta y lo colocó de forma cuadrada entre ellos sobre el suelo de tierra.

—Este barril representa el escritorio de caoba de Silas Vance —Nell golpeó con su nudillo vendado la madera curvada—. Ponte en el lado opuesto. Tú eres el abogado. Yo soy el cliente.

Arthur rodeó el atrezo y se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Te escucho.

—No puedes entrar en esa oficina llevando el alzacuellos de un sacerdote virtuoso —Nell caminó despacio alrededor del escritorio improvisado—. Grendel ya ha alertado a las autoridades sobre un clérigo fugitivo. Debes entrar en Chancery Lane bajo la apariencia de un aristócrata corrupto. Eres Lord Harrington, un rico propietario de fábricas textiles de Manchester.

—Lord Harrington —Arthur repitió el nombre, evaluando la identidad ficticia—. ¿Por qué un barón textil visitaría a un abogado corrupto en un día de cierre al público?

—Porque Lord Harrington requiere mano de obra barata y que no deje rastro para poner en marcha sus nuevos telares —Nell dejó de caminar y apoyó las manos de plano sobre la parte superior del barril—. Le ofreces a Vance una propuesta. Quieres comprar cincuenta huérfanos de la parroquia. Estás dispuesto a pagar el

triple de la tarifa estándar por contrato, siempre que Vance redacte los contratos fuera de los registros oficiales de la parroquia para evitar los impuestos federales.

Meg resopló ruidosamente desde su cubo cerca del fuego.

—El abogado exigirá el pago por adelantado antes de mojar una sola pluma en la tinta.

—Exactamente —Nell señaló a la mujer mayor, reconociendo la cínica verdad—. Vance exigirá pruebas de fondos. Esa es la palanca que usaremos para quebrar sus defensas. Arthur, debes llevar un maletín de cuero que parezca contener miles de libras. Colocas el maletín sobre su escritorio, permitiéndole un breve y tentador vistazo de la riqueza.

—No tenemos miles de libras —observó Arthur, señalando el fallo evidente en la estrategia—. Tenemos cortezas de pan y hollín.

—Jemmy —Nell miró por encima del hombro—. ¿Conseguiste la vitela en blanco de la imprenta?

Jemmy tragó su bocado de pan y se limpió la boca con su manga mugrienta. Caminó hacia el saco de lona, hurgando más allá de la comida restante para extraer un grueso fajo de pergamino inmaculado. Lanzó el fajo a través de la habitación.

Arthur atrapó el papel contra su pecho. Examinó las hojas en blanco, dándose cuenta de que las dimensiones coincidían a la perfección con los billetes emitidos por el Banco de Inglaterra.

—Cortaremos la vitela en rectángulos precisos —Nell hizo un gesto hacia el fajo—. Apilaremos el papel apretadamente, colocando billetes auténticos de una libra encima y debajo de cada montón. Atados con cordel, los fajos parecerán idénticos a pilas sólidas de moneda oficial.

—Es una ilusión visual —Arthur pasó el pulgar por el borde del papel—. Si Vance toca los fajos, notará que la textura no es la correcta. Si mira de cerca, notará la falta de tinta en los laterales.

—No los tocará —Nell plantó las manos sobre el barril, sosteniéndole la mirada—. Tú controlas el ritmo de la interacción. Abres el maletín el tiempo justo para activar su avaricia. En el momento en que vea el dinero, su cerebro se inundará de

adrenalina. La codicia estrecha la visión periférica. Dejará de analizar tu identidad y empezará a calcular su propio beneficio.

—Le ofrezco los contratos ilegales —Arthur se inclinó hacia delante, apoyando las palmas en el lado opuesto del barril—. Él acepta redactar las escrituras. ¿Cómo transfiere esta maniobra el oro de su caja fuerte cerrada a mi posesión?

—Exiges una garantía.

Nell imitó su postura, inclinándose sobre la madera.

—Le dices a Vance que no te fías de él —explicó Nell, manteniendo la mirada fija en sus ojos oscuros—. Afirmas que sabes que blanquea los fondos del hospicio. Le exiges que abra su caja fuerte para demostrar que tiene el capital operativo necesario para gestionar una transacción de esta magnitud. Le obligas a mostrar su propia riqueza a la altura de la tuya.

—Los abogados no abren sus cámaras acorazadas a desconocidos.

—Las abren ante hombres a los que creen que pueden robar —Nell ofreció una sonrisa afilada e implacable—. Te portas de forma arrogante. Insultas su establecimiento. Haces que se enfade. La ira nubla el juicio más rápido que el licor. Abrirá la caja de hierro simplemente para demostrarte que te equivocas.

Arthur la miró fijamente, asimilando la intrincada mecánica psicológica del timo. Su educación en Oxford había dado prioridad a la lógica y al debate teológico, tratando el comportamiento humano como un ejercicio intelectual. Nell trataba el comportamiento humano como una cerradura que esperaba a ser forzada. Entendía la presión exacta necesaria para romper la determinación de un hombre.

—Abre la caja fuerte —Arthur trazó la veta de la madera que los separaba—. El oro queda expuesto. No puedo simplemente estirar la mano sobre el escritorio y coger las bolsas. Los guardias armados están fuera, junto a la puerta.

—Necesitas una distracción —Nell se separó del barril y sacó un pequeño aro de hierro oxidado del bolsillo de su delantal. Lanzó el anillo metálico en el centro del soporte de madera—. Este aro

representa las bolsas de oro. Debes extraer el objetivo mientras diriges su atención a otra parte.

—El tintero derramado —Arthur recordó su sesión de entrenamiento anterior.

—Vance se esperará el truco del tintero —Nell sacudió la cabeza, descartando la estrategia repetitiva—. Debes intensificar la distracción. Debes introducir una amenaza repentina y catastrófica para el dinero falso que hay sobre el escritorio.

—Fuego —terció Jemmy desde las sombras cercanas a la forja. El chico caminó hacia delante, lanzando su cuchillo oxidado hacia arriba y atrapando el mango sin esfuerzo—. Dejas caer un puro encendido directamente dentro del maletín abierto.

—Yo no fumo puros —Arthur miró al chico.

—Lord Harrington fuma puros caros —lo corrigió Nell de inmediato—. Enciendes el tabaco antes de entrar en la oficina. El humo enmascara tu olor. Cuando Vance abra la caja fuerte, finges un repentino ataque de tos. Dejas caer la brasa ardiente directamente sobre los billetes falsos.

Arthur bajó la vista hacia el barril, trazando la coreografía física en su mente.

—Vance entrará en pánico. Cree que el maletín contiene miles de libras. Se lanzará sobre el escritorio para apagar las llamas y proteger su beneficio potencial.

—Toda su atención se desplazará al maletín ardiendo —Nell se inclinó sobre el barril, con las manos moviéndose en un borrón rápido y fluido. Arrebató el aro de hierro de la madera, tirando de él hacia atrás y deslizándolo en el bolsillo de su delantal en un solo movimiento ininterrumpido—. Te haces con el oro. Cierras el maletín, declaras que la reunión queda arruinada por su incompetencia y sales por la puerta principal.

Arthur se quedó mirando el espacio vacío sobre el barril. No se había percatado del movimiento de las manos de ella hasta que el objeto desapareció.

—La ejecución requiere una perfección física absoluta —Arthur volvió a alzar la vista hacia su rostro—. Si me tiemblan las manos, o si se me caen las bolsas, Vance me pegará un tiro.

—No te temblarán las manos —Nell rodeó el barril y se plantó justo a su lado—. Tienes la disciplina física de un fanático. Solo necesitas reprogramar tus reflejos. Ensayaremos la extracción física hasta que el movimiento eluda tu pensamiento consciente.

—Estoy listo —Arthur cuadró los hombros, girándose hacia ella por completo.

—Coge el aro de hierro —Nell sacó el objeto de su delantal y presionó el frío metal contra la palma de la mano de él—. Ponlo sobre el barril.

Arthur dejó el anillo.

—Yo soy Silas Vance —Nell se situó tras el barril con los brazos cruzados—. Acabo de abrir mi caja fuerte. Se te cae el puro.

Arthur golpeó la madera con la mano derecha, simulando la caída del tabaco. Se lanzó hacia delante con la mano izquierda y agarró el aro de hierro. Sus dedos tantearon torpemente el metal curvo. Arrastró el anillo sobre las astillas rugosas, provocando un fuerte chirrido antes de llevárselo al pecho.

—Estás muerto —sentenció Nell tajante—. Vance ha oído el roce del metal. Se ha dado la vuelta y te ha disparado al corazón.

Arthur exhaló, volviendo a dejar el aro sobre la madera. —El movimiento me resulta antinatural. Mi instinto es mirar mi propia mano para asegurarme de que cojo el objeto.

—El ojo humano sigue el movimiento —Nell se inclinó sobre el barril y le agarró la barbilla. Le obligó a levantar la cabeza, asegurándose de que sus ojos se clavaran directamente en los de ella—. Si miras al oro, Vance mirará al oro. Debes mantener la mirada fija en su rostro. Debes parecer enfadado, aterrorizado y ofendido por el fuego. Tu cara vende la mentira. Tu mano opera en las sombras.

No le soltó la barbilla de inmediato. Su pulgar rozó la áspera barba que oscurecía su mandíbula. El contacto físico provocó un escalofrío involuntario en el pecho de Arthur. Intentó concentrarse en el aro de hierro que descansaba sobre la madera, pero la proximidad del rostro de ella perturbaba su concentración analítica.

—Otra vez —Nell retiró la mano, volviendo a meterse en el papel del procurador.

Arthur golpeó el barril con la mano derecha. Alargó la izquierda, manteniendo los ojos fijos en la cara de ella. Agarró el aro de hierro, levantándolo limpiamente de la madera y tirando hacia atrás.

—Mejor —Nell asintió, reconociendo el progreso—. Pero has bajado el hombro. Has delatado el movimiento. Debes separar el brazo del torso. El movimiento debe aislarse en el codo y la muñeca.

Repitieron el ejercicio veinte veces. La secuencia repetitiva transformó la gélida tonelería en un campo de entrenamiento intenso y concentrado. Arthur dejó caer el anillo dos veces, maldijo sus propios dedos torpes y retomó la posición sin quejarse.

Meg observaba desde la forja, negando con la cabeza mientras echaba otra duela rota al fuego. —El cura aprende a robar más rápido de lo que Jemmy aprendió a mangar carteras.

—El cura tiene una motivación distinta —Jemmy estaba sentado junto a Toby, afilando su cuchillo oxidado contra una piedra plana—. Quiere impresionar a la instructora.

Arthur se detuvo a mitad del movimiento, con la mano suspendida sobre el barril. Un leve rubor le subió por el cuello, visible incluso bajo el hollín y la mugre. Se negó a mirar hacia la forja, manteniendo los ojos firmemente clavados en el aire vacío sobre el barril.

—Nos estamos preparando para un robo, Jemmy —Arthur mantuvo su postura rígida—. No estamos participando en un romance teatral.

—Le miras la boca cuando habla —Jemmy raspó la hoja contra la piedra, produciendo un agudo sonido metálico—. Solo le miras las manos cuando ella te obliga.

Nell sintió que un repentino y ardiente calor le inundaba las mejillas. Arrebató el aro de hierro del barril, dándose la vuelta para fulminar al chico con la mirada.

—Afila la hoja en silencio, Jemmy —ordenó Nell, con el pulso martilleándole las costillas—. O la usaré para afeitarte ese ridículo bozo que tienes sobre el labio.

Toby soltó una risita, hundiendo la cara en el hombro de Bessie para ocultar su diversión. Meg soltó una carcajada estrepitosa, tosiendo con fuerza para despejar el humo de sus pulmones. El

repentino humor rompió la sofocante tensión del refugio, sustituyendo el terror de la persecución por un breve y necesario destello de humanidad.

—El ensayo es suficiente por ahora —Nell se volvió hacia Arthur, evitando su mirada—. Debemos montar los fajos falsos. Vance abre su oficina mañana por la mañana a las nueve. Atacaremos antes de que reciba a los clientes de la tarde.

El resto del día se desvaneció en una labor meticulosa y silenciosa. Jemmy cortó el vitela en blanco en rectángulos precisos usando su hoja afilada. Meg clasificó los billetes auténticos del Banco de Inglaterra que Nell había robado durante su breve y catastrófica incursión en la cámara acorazada del hospicio. Ataron los montones con hilo fino de cáñamo, apilando la moneda falsa dentro del maletín de cuero de Arthur.

La ilusión visual era impecable. Apilado, el papel parecía representar una fortuna asombrosa.

La noche descendió sobre Londres, espesando el aire contaminado y sumiendo el callejón en una oscuridad absoluta. El desplome de la temperatura obligó a todos a acercarse a la forja de hierro. Los niños acabaron sucumbiendo al agotamiento, amontonándose sobre los sacos de arpillera y cayendo en un sueño profundo y unificado. Jemmy hizo la primera guardia, sentado cerca de las puertas de madera podrida empuñando su cuchillo.

Nell se sentó en el suelo de tierra cerca del calor del fuego. Se quitó las tiras de lino de las manos, inspeccionando las ampollas supurantes. El alcohol de madera había evitado la putrefacción, pero la carne seguía viva y dolorosamente tierna. Flexionó los dedos, haciendo una mueca cuando la piel se tensó.

Arthur se acercó en silencio. Se sentó a su lado, doblando sus largas piernas bajo el cuerpo. Esta vez no pidió permiso. Alargando la mano, cogió el tarro de alcohol de madera del suelo, vertió una pequeña cantidad en un paño limpio y tomó con delicadeza la mano izquierda de ella.

—Puedo apañármelas con los vendajes —Nell intentó retirar la muñeca.

—No puedes atar los nudos con una sola mano —Arthur no la soltó. Presionó el paño húmedo contra las quemaduras.

Nell siseó, cerrando los ojos ante el dolor lacerante. Las llamas chisporroteaban dentro de la forja, proyectando una luz anaranjada que bailaba sobre las facciones concentradas de él. Envolvió la palma de ella con el lino limpio, asegurándose de que la tela no tirara de los bordes vivos de las ampollas.

—Vance te colgará si te atrapa —Nell observó cómo los dedos de él trabajaban en los nudos—. Comprendes la absoluta irrevocabilidad de este acto. Grendel se asegurará de que los magistrados no tengan piedad con un cura corrupto.

—Soy plenamente consciente de las consecuencias —Arthur pasó a la mano derecha, aplicando el alcohol—. La Junta me excomulgará. La ley me tachará de criminal.

—¿Por qué haces esto, Arthur? —preguntó Nell, la cuestión deslizándose en el espacio silencioso que los separaba—. Salvaste a los niños. Cumpliste con tu obligación moral. Podrías marcharte esta noche. Jemmy podría encargarse del timo mañana.

—Jemmy no puede pasar por un barón textil.

—Eso no responde a la pregunta.

Arthur dejó de envolver el lino. Levantó la vista, con sus ojos oscuros reflejando la luz del fuego. Las paredes de la tonelería abandonada parecieron encogerse, acercándolos más en las sombras. El clérigo serio e ingenuo al que ella había manipulado en el patio se sentía muerto, sustituido por un hombre forjado en la brutal realidad de los suburbios.

—Creía que el mundo funcionaba sobre los cimientos de la justicia divina —Arthur bajó la cabeza, siguiendo con el dedo el borde de la venda que cubría los nudillos de ella—. Creía que la ley protegía a los vulnerables. Estaba en esa capilla cada domingo, leyendo las escrituras a mujeres hambrientas, convencido de que mis oraciones proporcionaban un consuelo real.

—Proporcionaste esperanza —concedió Nell en voz baja—. La esperanza evita que la desesperación se vuelva letal.

—La esperanza sin acción es meramente un sedante —Arthur apretó el agarre sobre la mano de ella, inclinándose—. Me has

mostrado la realidad de la jaula. Me has mostrado a los monstruos que guardan las llaves. No puedo volver al púlpito y predicar obediencia sabiendo que el altar se asienta sobre un matadero.

—El mundo rompe a todo el mundo tarde o temprano —murmuró Nell, contemplando la línea firme de su mandíbula—. Tú solo te has hecho añicos más rápido que la mayoría.

—Tú no te hiciste añicos —Arthur subió la mano, rozando con los dedos la tela basta de la manga de ella—. Te endureciste. Te convertiste en hierro para sobrevivir a las calles gélidas. Pero el hierro se está oxidando, Nell. Te lanzas delante de las balas para proteger a un cura. Te quemas tus propias manos para forzar una cerradura.

—Sobrevivir requiere recibir el daño para que mi hermano no tenga que hacerlo.

—Ya no luchas meramente por Toby —Arthur deslizó la mano más arriba, apoyando la palma contra el hombro de ella. El calor de su contacto irradiaba a través del algodón barato—. Luchas por Meg. Luchas por Bessie. Luchas por mí.

Nell sintió que se le cortaba la respiración. Los muros protectores que había pasado toda una vida construyendo ladrillo a ladrillo empezaron a desmoronarse bajo el peso de la sinceridad absoluta y aterradora de él. Quiso apartarse. Quiso lanzar un insulto cínico para restablecer la distancia entre ambos.

No hizo ninguna de las dos cosas.

Inclinándose hacia delante, Nell acortó los escasos centímetros que los separaban. Apoyó la frente contra el pecho de él, ocultando el rostro contra el lino deslucido de su camisa. Arthur se quedó paralizado durante una fracción de segundo antes de rodearle la espalda con los brazos, atrayéndola con fuerza contra sí. Hundió la cara en el enmarañado pelo de ella, aspirando el aroma a jabón de lejía, hollín y lana húmeda.

Se quedaron así sentados en el suelo de tierra, aferrados el uno al otro entre los restos de sus vidas anteriores. El rugido de la forja ahogaba los gritos lejanos de la guardia de la ciudad que patrullaba los callejones.

—Cuando consigamos el oro mañana —susurró Arthur contra su cabello—, el capitán del *Mary Rose* zarpa hacia Boston. ¿Qué pasará cuando el barco llegue al puerto?

—Buscaremos una granja —Nell mantuvo los ojos cerrados, escuchando el latido inquebrantable de su corazón—. Nos alejaremos de las ciudades. Compraremos tierras sin muros de ladrillo ni verjas de hierro. Toby aprenderá a leer libros en lugar de a mangar carteras.

—¿Esa granja teórica necesita un clérigo caído en desgracia?

Nell se apartó ligeramente, mirándole a la cara. La vulnerabilidad de su expresión la desarmó. El hombre que se había enfrentado a la matrona Sikes y derribado a un capataz de un puñetazo le pedía permiso para seguirla hacia lo desconocido.

—Una granja necesita manos fuertes para labrar la tierra —Nell levantó la mano, ignorando el dolor de sus palmas vendadas, para delinear el hueso de la mejilla de él—. Necesita a un hombre que tenga una mente brillante y una capacidad de adaptación aterradora.

Arthur se inclinó hacia su caricia, girando la cabeza para presionar un beso lento y deliberado contra la cara interna de la muñeca llagada. El gesto no tuvo nada de piedad religiosa. Era una declaración de lealtad cruda e innegable.

—Mañana conseguiré el oro —prometió Arthur, clavando sus ojos en los de ella—. Vaciaré la caja fuerte. Aseguraré el pasaje.

—Si se te cae el puro antes de tiempo, Vance te disparará —susurró Nell, con una leve sonrisa asomando en las comisuras de los labios.

—No se me caerá el puro.

El momento de calma se prolongó, frágil y perfecto, antes de que la cruda realidad de los suburbios se entrometiera inevitablemente. Un violento aporreo retumbó en las puertas exteriores de madera.

Arthur la soltó al instante, arrebatando el pesado atizador de hierro de la forja. Nell retrocedió gateando, echando tierra sobre el fuego ardiente para extinguir la luz. La tonelería se sumió en una oscuridad repentina y aterradora. Meg se incorporó de un salto

desde su cama de arpillera, agarrando la daga de pizarra dentada. Los niños gimotearon, encogiéndose contra los ladrillos.

—¡Abrid la puerta! —gritó una voz amortiguada y ronca a través de la madera podrida—. ¡Grendel paga veinte libras por el cura! ¡Sabemos que os escondéis en la tonelería!

La calma había terminado. La tormenta los había encontrado.

CAPÍTULO 15



Saltaban lascas de hierro oxidado del atizador forjado, adhiriéndose al sudor que se acumulaba en los pliegues de los nudillos de Arthur. Empuñaba el arma improvisada con la fuerza suficiente para que se le pusieran las uñas blancas. La puerta de madera podrida se combaba hacia dentro mientras los hombres de fuera arrojaban su masa colectiva contra la madera.

La puerta se astilló. Una grieta irregular recorrió el tablón central.

—¡Llevad a los niños hacia el conducto de carga trasero! —Arthur retrocedió desde la entrada, levantando la barra de hierro—. ¡Jemmy, rompe el pestillo del conducto!

Jemmy se lanzó hacia las sombras tras la forja. Nell agarró a la pequeña Bessie, empujando a la niña hacia Meg. La mujer mayor reunió a los huérfanos temblorosos, conduciéndolos lejos de la barricada que estaba a punto de ceder.

La madera estalló. Tres hombres irrumpieron en la tonelería. Vestían sucios abrigos de lana y portaban gruesas porras de madera. El cabecilla, un bruto corpulento al que le faltaba la mitad de la dentadura, divisó a Arthur de inmediato.

—¡Veinte libras por el cura! —El bruto se lanzó hacia delante, descargando su porra en un letal arco horizontal.

Arthur se agachó bajo el madero que silbaba en el aire. Impulsó el atizador de hierro hacia arriba, golpeando al hombre de pleno

bajo la mandíbula. El hueso crujió con fuerza. El bruto se desplomó hacia atrás sobre la tierra.

Los otros dos hombres cargaron. Arthur bloqueó un golpe descendente, dando un paso lateral para desviar la fuerza. No tenía ningún entrenamiento formal en combate, pero la pura desesperación que alimentaba sus músculos lo transformó en un oponente brutal.

Nell se negó a dejarle luchando solo. Agarró del suelo la lata oxidada de alcohol de madera. Quitó el tapón de corcho con el pulgar y lanzó el recipiente entero directamente a las brasas moribundas de la forja.

—¡Arthur, al suelo!

Arthur se arrojó sobre los tablones. El líquido volátil se prendió al instante. Una bola de fuego enorme y rugiente brotó del cuenco de hierro. Llamas anaranjadas salieron disparadas, envolviendo a los dos matones en un destello cegador de calor abrasador. Los hombres chillaron, soltando sus armas para darse palmetazos en la ropa que se chamuscaba.

—¡El conducto está abierto! —gritó Jemmy desde la pared del fondo.

Arthur se puso en pie de un salto. Agarró a Nell del brazo, arrastrándola hacia la oscura abertura rectangular en la mampostería. Se zambulleron por el conducto, aterrizando sobre un montón de hojas de col podridas en el callejón adyacente. Meg y los niños ya corrían por el estrecho pasadizo.

—¡No paréis! —Nell instó al grupo a seguir adelante—. ¡El fuego atraerá a los vigilantes del barrio!

Corrieron a ciegas por el laberinto de Cheapside. El humo de la tonelería se elevaba hacia el cielo nocturno tras ellos, ocultando su ruta de escape. El aire gélido les quemaba los pulmones. Los huérfanos tropezaban con los adoquines irregulares, con sus pies descalzos golpeando contra el lodo congelado. Meg llevaba a Bessie en brazos, con el pecho agitándose violentamente.

Jemmy tomó la delantera, recorriendo las laberínticas calles por puro instinto. Giró por un pasaje oscuro como la boca del lobo que olía fuertemente a cobre y carne cruda. Deteniéndose ante una

puerta de madera baja encastrada en unos cimientos de piedra, el chico sacó una llave de hierro oxidada del bolsillo.

—El carnicero ciego usa esta fresquera para guardar el carnero pasado —susurró Jemmy, forcejeando con la llave en la cerradura rígida—. Abandona el sótano durante los meses de heladas.

La cerradura cedió. Jemmy empujó la puerta hacia dentro, haciendo entrar al agotado grupo en la cámara subterránea. Arthur entró el último, cerrando el madero y dejando caer el travesaño de hierro en su sitio. La oscuridad absoluta los engulló.

—No encendáis el farol —Nell se dejó caer sobre el suelo de piedra helada, atrayendo a Toby a su lado—. La luz se filtrará por las rendijas de la puerta.

—Estamos sentados en un congelador de carne —Meg dejó a Bessie sobre los tablones, jadeando para recuperar el aliento—. Los niños perecerán por la temperatura antes incluso de que Grendel imprima los carteles de recompensa.

—Nos acurrucaremos juntos —Arthur se quitó su arruinada camisa de lino y envolvió con la tela a un niño que tiritaba violentamente—. Compartiremos nuestro calor.

El sótano subterráneo no ofrecía comodidad alguna, pero proporcionaba una seguridad impenetrable. Los gruesos muros de piedra cortaban el viento. La oscuridad opresiva los obligaba a confiar en las sensaciones táctiles. Nell reunió a tres de los huérfanos más pequeños contra su pecho, dejando que sus menudos cuerpos se apretaran contra el suyo. Ignoró el dolor punzante de sus manos vendadas, concentrándose en el vaivén de la respiración de Toby.

—Vance abre su oficina dentro de cuatro horas —dijo Arthur en voz baja desde la oscuridad, cerca de la puerta—. Grendel conoce nuestra ubicación general. No podemos retrasar el timo.

—No puedes entrar en Chancery Lane solo —Nell ajustó su posición sobre la piedra implacable—. Vance esperará que el acaudalado dueño de una fábrica viaje acompañado de un sirviente. Un hombre que lleva miles de libras requiere un asistente que se encargue del equipaje.

—Pretendes venir conmigo.

—Pretendo llevar el maletín —Nell sintió el borde rugoso de un gancho de carnicero congelado rozándole el hombro—. Si se te cae el puro, yo aseguro el oro. Duplicamos nuestras posibilidades de éxito.

—Eres una fugitiva buscada —argumentó Arthur, con su silueta apenas visible contra la piedra—. Tu rostro es conocido por los guardias de la parroquia.

—No presentaré el rostro de una interna del hospicio.

El tiempo transcurría con lentitud dentro del sótano gélido. Los huérfanos sucumbieron finalmente al agotamiento, formando un montón enorme y enmarañado de extremidades dormidas. Cuando una tenue iluminación grisácea empezó a filtrarse por las grietas alrededor de la puerta de madera, Nell se levantó del suelo.

—Jemmy, dame tu abrigo grande y tu gorra de lana.

Jemmy se quitó las sucias prendas sin quejarse, lanzándolas a través de la habitación oscura. Nell atrapó el abrigo. Se desató su tosco delantal de la parroquia, desechando el uniforme identificativo. Cogiendo una tira larga de lino, se vendó el pecho con fuerza, aplanando su silueta. Se puso el abrigo demasiado grande sobre los hombros, dejando que la tela holgada ocultara su figura femenina. Recogiéndose el pelo bajo la gorra de lana, se untó una gruesa capa de hollín en las mejillas y la mandíbula.

—Pareces un deshollinador —observó Meg, entrecerrando los ojos ante la escasa luz.

—Parezco un botones invisible —Nell cogió el maletín de cuero que contenía la moneda falsificada. Escondió sus manos vendadas en las mangas largas y deshilachadas del abrigo—. Vance no me mirará dos veces.

Arthur dio un paso adelante. Había usado la condensación congelada de las paredes para limpiarse la mugre de la cara. Se alisó los pantalones oscuros, ajustando su postura hasta que la arrogancia aristocrática regresó a su porte. Parecía peligroso, muy alejado del piadoso clérigo que ella había conocido en el patio.

—Aseguramos el oro y marchamos directamente al *Mary Rose* —Arthur se dirigió al grupo—. Jemmy, lleva a Meg y a los niños a los muelles a mediodía. Esperad cerca del muelle este.

—No fracases, Arthur —Meg se envolvió más fuerte en su manta robada—. No tenemos ninguna otra alternativa.

Arthur desatrancó la puerta de madera. Nell se escabulló al callejón, cargando con el maletín. La ciudad de Londres estaba despertando. Los carros traqueteaban por los adoquines. Los vendedores callejeros pregonaban sus mercancías por encima del estruendo de las multitudes matutinas. El denso esmog ofrecía una cobertura excelente, desdibujando rostros y ocultando identidades.

Caminaron hacia Chancery Lane en silencio. La transición de los barrios bajos a la próspera zona legal se produjo gradualmente. Los edificios de ladrillo en ruinas dieron paso a fachadas de piedra caliza pulida. Los callejones embarrados se transformaron en aceras limpiamente barridas. Nell mantuvo la cabeza gacha, interpretando a la perfección el papel de asistente sumisa. Caminaba dos pasos por detrás de Arthur, dejando que él fuera el centro de atención de los agentes que pasaban.

Silas Vance ocupaba un prestigioso conjunto de oficinas en la segunda planta de un grandioso edificio neoclásico. Placas de latón adornaban las puertas de caoba de la entrada, mostrando los nombres de abogados y procuradores de élite. Arthur no vaciló. Empujó hacia abajo el pomo de latón pulido, entrando con paso firme en el vestíbulo alfombrado.

Un escribiente estaba sentado tras un elevado escritorio de caoba, clasificando expedientes jurídicos. Dos hombres con abrigos hechos a medida estaban cerca de la escalera interior, con una postura rígida y alerta. Llevaban porras cortas de hierro en el cinturón. Los antiguos soldados que Jemmy había mencionado.

—Requiero una audiencia inmediata con Silas Vance —ordenó Arthur, con un tono impregnado de derecho aristocrático. No se quitó el sombrero. Infórmele de que Lord Harrington ha llegado de Manchester.

El escribiente parpadeó, claramente desconcertado por la entrada tan agresiva. —El Sr. Vance no recibe clientes sin cita previa, milord.

—Yo no pido cita con abogados. —Arthur golpeó sus guantes de cuero contra el escritorio—. Les ofrezco contratos exclusivos y altamente lucrativos. Si Vance está demasiado ocupado para tramitar

cinco mil libras de capital de inversión esta mañana, llevaré mi negocio a su rival de enfrente.

La mención de las cinco mil libras actuó como un golpe físico. El escribiente saltó de su silla, casi tropezando con sus propias botas. Subió apresuradamente la escalera curva, dejando a Arthur y a Nell esperando en el vestíbulo.

Nell mantuvo los ojos fijos en la alfombra. Agarró el maletín con fuerza, memorizando el lugar. Los dos guardias vigilaban a Arthur de cerca, ignorando al sucio botones que estaba detrás de él. El engaño estaba funcionando a la perfección.

—El Sr. Vance le recibirá ahora, Lord Harrington —El escribiente llamó desde el rellano, con un comportamiento servil.

Arthur subió las escaleras; sus zapatos de cuero no producían sonido alguno sobre la alfombra de pasillo. Nell le siguió, manteniendo su distancia de subordinación. Entraron en una oficina enorme y opulenta que olía a rica caoba, tinta cara y carbón quemado.

Silas Vance estaba sentado tras un escritorio macizo. El rostro del abogado era delgado, enmarcado por un cabello canoso ralo. Vestía un chaleco de seda a medida, luciendo una cadena de reloj de bolsillo de oro idéntica a las que Nell solía robar en Cheapside. Se puso de pie, ofreciendo una sonrisa practicada e insincera.

—Lord Harrington —Vance extendió la mano—. Un placer inesperado. No sabía que los dueños de fábricas de Manchester buscaran asesoramiento legal en Londres.

—Busco discreción, Vance. —Arthur ignoró la mano extendida y ocupó el mullido sillón de cuero frente al escritorio. Cruzó las piernas, mirando alrededor de la oficina con desdén manifiesto—. Los abogados de Manchester tienen la lengua muy larga. Necesito a un hombre que comprenda el valor de las transacciones no registradas.

Vance bajó la mano, y su sonrisa se tensó. Volvió a sentarse, juntando las puntas de los dedos. —La discreción es el pilar de mi despacho. ¿En qué puedo ayudarle?

—Voy a abrir tres nuevas fábricas textiles el mes que viene —declaró Arthur con naturalidad, como si hablara del tiempo—.

Necesito cincuenta obreros. Preferiblemente niños. Caben bajo los telares para desenredar los hilos y consumen menos comida.

—Las tutorías de los aprendices de la parroquia están muy reguladas por la Junta de Guardianes —respondió Vance con cautela.

—No he venido a pedir regulaciones. —Arthur se inclinó hacia delante—. He venido a pedir trabajadores. Sé que usted tramita los contratos de servidumbre para ultramar del hospicio de Blackfriars. Redacta las escrituras manteniendo la transacción fuera de los libros oficiales. Quiero cincuenta huérfanos y quiero los contratos redactados hoy mismo.

Vance entornó los ojos. Evaluó al hombre sentado frente a él, buscando la trampa. —Un acuerdo de tal calibre requiere un capital inmenso, lord Harrington. El riesgo para mi bufete es sustancial.

Arthur chasqueó los dedos, señalando a Nell. —El maletín, muchacho.

Nell dio un paso al frente y dejó la bolsa de cuero sobre el borde del escritorio de caoba. Mantuvo el rostro manchado de hollín inclinado y retrocedió de inmediato hacia las sombras. Arthur desabrochó las correas de latón. Echó hacia atrás la solapa de cuero, dejando a la vista fajos de billetes del Banco de Inglaterra fuertemente atados.

El impacto visual golpeó a Vance al instante. Los ojos del procurador se clavaron en el dinero. Cualquier rastro de cautela desapareció de su expresión. La codicia le dilató las pupilas, neutralizando su prudencia legal.

—Aquí hay tres mil libras —Arthur cerró la solapa, dejando las hebillas de latón sin abrochar—. Le entregaré las dos mil restantes a la entrega de los contratos.

—Puedo redactar las escrituras de inmediato —Vance atrajo hacia sí una hoja nueva de vitela y alargó la mano hacia su pluma de mango de marfil—. Tengo los sellos parroquiales necesarios.

—Alto —Arthur levantó una mano y su expresión se volvió fría—. No voy a entregar tres mil libras a un hombre que no puede demostrar su propia solvencia. Sé que blanquea los fondos del hospicio, Vance. Antes de permitirle redactar un solo documento,

exijo pruebas de que tiene el capital operativo para respaldar esta transacción si los magistrados inician una auditoría.

Vance se erizó, con el orgullo profesional herido por el insulto directo. —Mi bufete es solvente, lord Harrington. Gestiono las cuentas de las fincas más ricas de Londres.

—Las palabras se las lleva el viento —se mofó Arthur, poniéndose en pie—. Muéstreme el capital o me marcho por esa puerta.

El procurador miró con dureza al arrogante aristócrata. La absoluta audacia de la exigencia le ofendía profundamente, pero el maletín que descansaba sobre su escritorio contenía una fortuna asombrosa. No podía permitir que aquel dinero saliera de la habitación.

Vance se levantó. Caminó hacia el enorme óleo que colgaba de la pared del fondo y deslizó el pesado marco hacia un lado para revelar una caja fuerte de hierro fundido empotrada en el yeso. Sacó una intrincada llave de latón del bolsillo del chaleco e insertó el metal en la cerradura. Los engranajes chasquearon. La pesada puerta de hierro se abrió hacia fuera.

Dentro de la cámara, hileras de bolsas de terciopelo se apilaban junto a libros de contabilidad legales oficiales.

—He aquí el capital, lord Harrington —Vance señaló hacia la cámara abierta—. ¿Satisfecho?

Arthur metió la mano en el bolsillo del abrigo y extrajo un puro largo y apagado. —Estoy convencido de que no está en la indigencia, Vance. Muchacho, fuego.

Nell dio otro paso al frente con una cerilla de azufre. Raspó la punta química contra la suela rugosa de su bota. La cerilla prendió. Acercó la pequeña llama hacia Arthur, manteniendo el rostro oculto bajo la gorra demasiado grande. Arthur aspiró la llama hacia el tabaco, dando caladas hasta que el extremo brilló en un rojo intenso.

—Ahora —Arthur exhaló una nube de humo espeso y fragante mientras caminaba de regreso hacia el escritorio—, hablemos de los términos de estos contratos.

Se acercó al maletín. Levantó la mano, fingiendo un repentino y violento ataque de tos. El puro encendido se le resbaló de los dedos,

cayendo directamente dentro de la bolsa de cuero desabrochada.

—¡Maldita sea! —gritó Arthur, lanzándose hacia delante.

La brasa incandescente golpeó la capa superior de papel. Un pequeño hilo de humo se elevó instantáneamente del maletín. Vance gritó presa de un pánico absoluto. El procurador abandonó la cámara abierta y cruzó la habitación a toda prisa para proteger las tres mil libras que había sobre su escritorio. Empujó a Arthur a un lado, metiendo las manos en el maletín para recuperar el tabaco encendido.

Nell se movió. Despegó el brazo de su torso, ejecutando el aislamiento mecánico exacto que había practicado en la tonelería. Se deslizó por detrás de los hombres distraídos, situándose directamente frente a la caja fuerte de hierro abierta.

Sus manos vendadas se lanzaron hacia delante. Ignoró la insoportable fricción contra sus ampollas y agarró las tres bolsas de terciopelo más pesadas. El oro tintineó suavemente, enmascarado por los gritos frenéticos de Vance. Tiró de las bolsas hacia atrás, metiendo el tesoro en lo más profundo de los grandes bolsillos del abrigo de Jemmy.

Se alejó de la cámara, regresando a su posición servil cerca de la puerta en menos de tres segundos.

—¡Lo tengo! —Vance sacó el puro humeante del maletín, tiró el tabaco a la alfombra y aplastó la brasa con su zapato pulido. Miró a Arthur con el rostro enrojecido—. ¿Está loco? ¡Casi incinera una fortuna!

—Es que empleo a sirvientes torpes —se burló Arthur, ajustándose con indiferencia las solapas del abrigo. Alargó la mano y abrochó rápidamente las correas de latón del maletín para evitar que Vance inspeccionara de cerca el papel dañado—. La negociación ha concluido. Volveré al mediodía para recoger las escrituras redactadas. Téngalas listas, Vance.

—¿Deja aquí los fondos? —preguntó Vance, sorprendido.

—Dejo el maletín como gesto de buena fe —Arthur levantó la pesada bolsa de cuero y cruzó la habitación. Estampó el maletín contra el pecho de Nell—. Mi muchacho custodiará el dinero en el

vestíbulo hasta que el papeleo esté finalizado. Si intenta escatimar en los contratos, el dinero saldrá del edificio.

Arthur dio media vuelta bruscamente y salió del despacho. Nell le siguió de inmediato cargando con el maletín. Bajaron la escalera curva, ignorando a los dos guardias apostados cerca de los últimos peldaños. Arthur mantuvo su paso furioso y aristocrático mientras atravesaba las puertas de latón pulido y salía a la bulliciosa acera de Chancery Lane.

Caminaron una manzana entera antes de desviarse por un callejón estrecho y desierto.

Arthur se detuvo, apoyándose contra la pared de ladrillo. Exhaló un suspiro largo y estremecedor mientras su fachada aristocrática se desmoronaba. La pura adrenalina del timo le había dejado las manos temblorosas. Miró a Nell con los ojos muy abiertos.

—¿Has conseguido el objetivo?

Nell metió las manos en los bolsillos enormes de su abrigo. Sacó las tres bolsas de terciopelo, con las pesadas monedas de oro moviéndose dentro de la tela. Le lanzó la bolsa más cercana a Arthur. Él atrapó el tesoro, contemplando la prueba física de su victoria.

—Eres un criminal aterrador, Arthur —Nell se quitó la gorra de lana de la cabeza, dejando que su pelo cayera suelto. Le dedicó una sonrisa brillante y sincera—. Has interpretado al lord arrogante a la perfección.

—Casi se me cae el puro al suelo —Arthur se metió la bolsa en el bolsillo—. El corazón me golpea con violencia contra las costillas.

—Esa es la emoción del robo —Nell se guardó el oro restante en el corpiño y se deshizo del abrigo gigante—. Ya tenemos el dinero para el pasaje. El capitán del *Mary Rose* recibirá su pago.

—Marchemos a los muelles —Arthur se despegó de la pared—. Grendel descubrirá la caja fuerte vacía en cuanto Vance se dé cuenta de que el maletín contiene papel en blanco. Tenemos menos de una hora.

El trayecto hacia el Támesis requirió sortear el caótico tráfico matutino de la ciudad. Se mantuvieron por los estrechos callejones peatonales, evitando las avenidas principales donde los alguaciles

dirigían los carruajes de caballos. El olor característico a sal, alquitrán y pescado podrido se hacía más fuerte a medida que se acercaban a la orilla del río.

Enormes grúas de madera se alzaban sobre los muelles de piedra. Cientos de barcos descansaban anclados en las aguas turbias, y sus mástiles creaban un bosque denso y sin hojas contra el cielo gris. Los estibadores arrastraban cajas de madera por las pasarelas, gritando obscenidades por encima del rugido de la marea creciente.

Nell escudriñó el muelle oriental, buscando el punto de encuentro acordado. Divisó a Meg sentada sobre una pila de palés de carga vacíos. Los treinta huérfanos se acurrucaban juntos bajo la enorme sombra de un imponente buque mercante. Las palabras *Mary Rose* estaban pintadas en el casco de madera con letras blancas desvaídas.

Jemmy estaba cerca de la pasarela, discutiendo apasionadamente con un hombre barbudo que vestía un grueso chaquetón de lana. El capitán del barco.

Arthur y Nell se apresuraron a cruzar los tablones de madera resbaladizos. El capitán notó que se acercaban y dejó de discutir con Jemmy para evaluar a los recién llegados.

—El chico dice que tienen el resto del pasaje —El capitán se cruzó de brazos, con los ojos fijos con sospecha en la ropa arruinada de Arthur—. Veo a treinta ratas de calle mugrientas y a un hombre que parece haber reptado por una alcantarilla. Esto no es una barcaza de caridad. La marea cambia en veinte minutos. Si les falta una moneda, levanto la pasarela.

Arthur metió la mano en el bolsillo. Extrajo la pesada bolsa de terciopelo, desató el cordón y vertió una cascada de monedas de oro macizo en su palma. El metal precioso brilló con un fulgor apagado bajo el cielo nublado.

Los ojos del capitán se agrandaron. Alargó la mano, arrebató una moneda y mordió el borde. Satisfecho con la pureza, su actitud hostil se evaporó al instante.

—Carguen la mercancía —El capitán señaló hacia la pasarela—. Manténganlos en la bodega inferior. Los quiero fuera de la vista

hasta que pasemos el control de aduanas en la desembocadura del río.

—Subid a bordo —ordenó Nell a Meg, haciendo una señal a los niños para que avanzaran.

Los huérfanos subieron en tropel por la rampa de madera, desesperados por escapar del viento gélido. Toby agarró el brazo de Nell al pasar, con su carita radiante de alivio. Ella le tocó la mejilla mientras una oleada inmensa de afecto protector la invadía. Estaba a salvo. Realmente habían ganado.

—Lo hemos logrado —Nell se volvió hacia Arthur y la adrenalina dio paso a un agotamiento abrumador—. Hemos roto la jaula.

Arthur no dijo nada. Miró al barco, luego volvió a mirarla a ella y asintió una vez.

Un chasquido metálico y seco resonó por el muelle de madera.

—¡Detengan esa pasarela!

El maestro Grendel apareció por detrás de una pila de cajas de transporte. Empuñaba un mosquete de chispa de cañón largo, y el arma apuntaba directamente al pecho de Arthur. Seis guardias armados del hospicio flanqueaban al maestro, desplegándose por el muelle para bloquear la ruta de escape.

El rostro de Grendel era una máscara grotesca de carne amoratada. El golpe en la mandíbula que recibió en la cripta le había inflamado la parte inferior de la cara, obligándole a hablar entre dientes. Parecía absolutamente trastornado.

—¿De verdad creíais que podríais escapar de mi alcance? —se burló Grendel, amartillando el pesado percutor del mosquete—. Soy el dueño de estos muelles. Pago a los oficiales de aduanas. Cada barco que sale de este puerto me rinde cuentas.

El capitán del *Mary Rose* echó un vistazo a los hombres armados e inmediatamente se retiró por la pasarela, abandonando a sus pasajeros.

—La ley prohíbe a los guardias parroquiales detener a ciudadanos en muelles federales. —Arthur se interpuso deliberadamente delante de Nell, protegiendo su cuerpo con el suyo —. No tiene ninguna autoridad aquí, Grendel.

—Tengo un mosquete cargado —Grendel se subió el arma al hombro, apuntando a través del largo cañón de hierro—. Tengo el derecho legal de ejecutar a ladrones que huyen. Dadme el oro y devolvedme mi propiedad.

—¡Los niños no son tu propiedad! —gritó Nell desde detrás del hombro de Arthur—. ¡Tenemos las escrituras! ¡No tienes ninguna reclamación legal!

—¡Las escrituras son papel! —rugió Grendel, soltando saliva por sus labios hinchados—. ¡Yo soy la ley en esta parroquia! ¡Os mataré a los dos sobre estos tablones y arrojaré vuestros cuerpos al Támesis!

El maestro apretó el dedo contra el gatillo de hierro. El enfrentamiento congeló el muelle en un silencio absoluto y aterrador. El rugido del río se desvaneció en el fondo. Nell contempló el largo cañón del mosquete, dándose cuenta de que ningún truco ingenioso ni juego de manos podría evitar que la bala de plomo atravesara el pecho de Arthur.

CAPÍTULO 16



—Poned las bolsas de terciopelo sobre la madera mojada, o vaciaré este cañón de hierro directamente en su columna vertebral.

Maese Grendel mantenía el mosquete de pedreñal apuntando directamente a la espalda de Arthur. La carne hinchada y purpúrea de la mandíbula del Maestre distorsionaba su habla, convirtiendo las palabras en un gruñido húmedo y desesperado. Seis guardias parroquiales se desplegaron por los resbaladizos tablones de madera, levantando sus porras de madera para bloquear la única ruta de salida que conducía de vuelta a las calles de la ciudad.

Nell se quedó helada detrás del sacerdote. Apretó el oro robado contra su pecho; las pesadas monedas rechinaban entre sí dentro de la tela de terciopelo. El viento gélido que soplaba desde el Támesis azotaba su cabello suelto, escociéndole en los ojos y trayendo consigo el olor rancio a entrañas de pescado podrido.

—Si aprietas ese gatillo, pierdes los fondos —Nell dio un paso hacia un lado, saliendo de detrás de los anchos hombros de Arthur. Caminó hacia el borde desprotegido del muelle, deteniéndose a escasos centímetros del precipicio. El agua oscura y agitada del río batía violentamente contra los pilares de piedra de abajo.

Grendel siguió su movimiento, desviando ligeramente el cañón del mosquete. —Aléjate del borde, rata de alcantarilla.

—Tú adoras el dinero, Grendel —Nell extendió su brazo vendado, dejando colgar la bolsa de terciopelo más grande directamente sobre el agua negra—. Vendiste seres humanos para acumular esta riqueza. Destruiste tu propio hospicio para acapararla. Si disparas al cura, abro los dedos. El Támesis consumirá tu imperio.

El Maestre vaciló. La codicia pura y desenfrenada luchaba contra su rabia homicida. Sus ojos inyectados en sangre alternaban entre la letal mira del mosquete y la pequeña bolsa de terciopelo suspendida sobre el abismo. La vacilación apenas duró una fracción de segundo, pero proporcionó la apertura táctica exacta que la situación exigía.

Arthur no esperó a que Grendel calculara las probabilidades. El capellán pivotó sobre su talón, bajando el hombro derecho para evadir la línea de fuego. Impulsó su mano izquierda hacia arriba, golpeando la parte inferior del largo cañón de hierro.

El mosquete se disparó.

La pólvora explotó, enviando un rugido ensordecedor que resonó por los abarrotados muelles. La bala de plomo surcó el cielo encapotado, pasando a centímetros del pecho de Arthur y destrozando una caja de madera apilada sobre un palé de carga adyacente. Una lluvia de astillas cayó sobre los tablones mojados.

Grendel se tambaleó hacia atrás, por culpa del retroceso que le sacudió el hombro. Maldijo violentamente, arrojó a un lado el arma inútil y desenvainó el largo cuchillo de caza de su cinturón.

—¡Matadlos! —rugió Grendel a sus guardias, arremetiendo contra el sacerdote.

El muelle estalló en un caos absoluto. Dos guardias cargaron contra Arthur, balanceando sus porras en arcos amplios y letales. El capellán se agachó bajo el primer golpe, metiéndose en la guardia del atacante y hundiendo su codo directamente en la garganta del hombre. El guardia se desplomó, atragantándose en busca de aire. Arthur giró sobre sí mismo, atrapando la muñeca del segundo hombre y retorciendo el miembro hasta que la articulación se salió de su sitio.

Nell no soltó el oro. Se metió las bolsas en el corpiño y se giró para enfrentarse a los guardias restantes que se abalanzaban sobre ella.

Jemmy actuó antes de que los matones llegaran al borde del muelle. El chico trepó por una imponente pila de cajas de transporte, sacando su cuchillo oxidado. Cortó la gruesa cuerda de cáñamo que sujetaba una red de carga suspendida.

Las enormes poleas de madera chirriaron. Una docena de pesados barriles de roble cayeron del cielo, estrellándose directamente contra los tablones que separaban a Nell de los guardias que avanzaban. La madera se astilló con el impacto. Cientos de manzanas verdes se desparramaron por el muelle, creando una barrera traicionera y rodante entre los combatientes.

Tres guardias resbalaron con la fruta aplastada, cayendo pesadamente sobre la madera mojada.

Grendel ignoró la carga que caía. El Maestre esquivó las manzanas, con su atención absoluta fijada en Arthur. Lanzó un tajo horizontal con el cuchillo de caza, apuntando a las costillas del capellán. Arthur saltó hacia atrás, pero el acero afilado como una cuchilla alcanzó el borde de su camisa de lino desabrochada. La hoja rebanó la tela, mordiendo superficialmente la carne de la parte superior del pecho.

La sangre brotó de inmediato del corte, tiñendo el lino blanco de un carmesí brillante.

Arthur gruñó, ignorando el dolor punzante. Se metió en la guardia de Grendel antes de que el Maestre pudiera retraer la hoja para un segundo ataque. Agarrando la muñeca del cuchillo de Grendel con ambas manos, Arthur aplicó una fuerza de torsión brutal. Grendel rugió, luchando por mantener el arma en su mano.

—¡Eres un parásito! —Arthur empujó al Maestre hacia atrás contra una imponente pila de palés de madera—. ¡Te has alimentado de los hambrientos!

Arthur soltó la muñeca e impulsó un devastador gancho de derecha directamente a la mandíbula ya destrozada de Grendel. El impacto sonó como si alguien pisara ramitas secas. Los ojos de Grendel se pusieron en blanco. El cuchillo resbaló de sus dedos, tintineando sobre la cubierta. El Maestre se desplomó sobre los tablones mojados, inconsciente.

Los guardias restantes que seguían conscientes presenciaron la caída de su empleador. Al ver al clérigo ensangrentado y furioso de pie sobre el Maestre derrotado, los matones a sueldo perdieron la resolución. Retrocedieron, abandonando sus armas y retirándose rápidamente hacia el espeso esmog que cubría las calles de la ciudad.

—¡Arthur! —Nell corrió a través de las manzanas aplastadas, llegando a su lado. Se quedó mirando la sangre brillante que empapaba su camisa—. Te ha cortado.

—La herida es superficial —Arthur la agarró del brazo, tirando de ella hacia la pasarela del *Mary Rose*—. Debemos embarcar antes de que el capitán del puerto investigue el disparo.

Subieron a toda prisa por la rampa de madera, con las botas resbalando sobre la inclinación mojada. Jemmy saltó desde las cajas de carga y los siguió de cerca. Al llegar a la cubierta principal, encontraron al cobarde capitán escondido detrás del enorme timón de madera del barco. El hombre barbudo parecía aterrorizado, mirando la sangre que goteaba del pecho de Arthur.

—¡Soltad las amarras! —ordenó Arthur, dirigiéndose hacia el timón—. La carga está a bordo. Tenemos el oro. Llevadnos a la corriente.

—¡Los guardias parroquiales conseguirán órdenes de detención en el puerto! —protestó el capitán, alejándose del timón—. ¡Me colgarán por ayudar a fugitivos!

Nell metió la mano en su corpiño y extrajo las tres bolsas de terciopelo. Dio un paso adelante y arrojó las pesadas bolsas directamente a las botas del capitán. El oro golpeó la cubierta, tintineando ruidosamente contra la madera.

—Eso representa cinco veces el pasaje estándar —Nell fulminó al hombre con la mirada, con su rostro manchado de hollín fiero e implacable—. Puedes colgar en Londres con los bolsillos vacíos, o puedes navegar hacia Boston con una fortuna. Elige.

El capitán miró las bolsas de terciopelo. Miró al Maestre inconsciente sangrando en el muelle. La avaricia venció al miedo. Recogió el oro de la cubierta y se metió las bolsas en lo profundo de su grueso chaquetón.

—¡Soltad las amarras! —bramó el capitán a su tripulación dispersa, señalando las gruesas cuerdas de cáñamo que sujetaban el navío a los norayes de hierro—. ¡Izad las velas mayores! ¡Aprovecharemos la marea saliente!

Los marineros treparon por los aparejos, izando las enormes lonas. Los estibadores del muelle lanzaron las amarras al agua, cortando la conexión física con la ciudad. El *Mary Rose* gimió, y el casco de madera vibró cuando la corriente alcanzó la quilla. El navío se alejó de los pilares de piedra, girando lentamente hacia el centro del oscuro río.

Nell se asomó por la borda de madera, observando cómo los muelles retrocedían en el esmog. Maese Grendel permanecía inmóvil sobre los tablones, un tirano acabado rodeado de manzanas aplastadas y armas abandonadas. Los muros impenetrables del hospicio de Blackfriars quedaban a kilómetros de distancia, como una pesadilla distante que se disolvía en la niebla de Londres.

Arthur se puso a su lado, con el pecho agitado mientras la adrenalina abandonaba lentamente su cuerpo. Se apretó la mano sobre el corte sangrante, aplicando presión sobre la carne desgarrada.

—Necesitas atención médica —Nell se apartó de la borda, analizando la mancha carmesí que crecía—. Debemos encontrar al cirujano del barco.

—Los barcos mercantes rara vez llevan cirujanos, Nell —Arthur hizo una mueca tensa y forzada—. La tripulación usa agujas de vela y brea para cerrar las heridas. Prefiero ocuparme yo mismo de la lesión.

—Entonces buscaremos agua limpia y vendas —ordenó Nell, tomándolo del brazo ileso y guiándolo lejos de la bulliciosa cubierta.

Bajaron por las estrechas y crujientes escaleras que conducían a la bodega de carga inferior. El aire bajo cubierta olía a roble húmedo, a sal y a cuerpos sin lavar. Unas tenues linternas de aceite colgaban de las vigas bajas, proyectando sombras oscilantes por el espacio angosto.

Meg estaba sentada cerca del mástil central, rodeada por los treinta huérfanos que dormían. Los niños se habían desplomado

sobre sacos de arpillera vacíos; su agotamiento finalmente había superado al terror. Jemmy estaba sentado vigilando el perímetro, afilando su cuchillo contra un trozo de pizarra.

—El barco se mueve —Meg levantó la vista, con su rostro marcado reflejando una mezcla de profundo alivio e incredulidad persistente—. De verdad nos estamos alejando.

—Dejamos al Maestre en el muelle —Nell mantuvo la voz baja para no despertar a los niños—. No podrá seguirnos.

Meg notó la sangre que empapaba la camisa de Arthur. Se levantó a toda prisa, con sus instintos maternales ignorando su agotamiento—. El cura se está desangrando.

—No me estoy desangrando, Meg —Arthur se apoyó contra el casco de madera curvado, dejándose resbalar hasta sentarse sobre una robusta caja de carga—. La hoja apenas ha rozado el músculo. Necesito un paño limpio y agua fresca.

—Iré a buscar un cuenco a la cocina —Meg se apresuró hacia la parte trasera de la bodega, desapareciendo en las sombras.

Nell se arrodilló en los toscos tablones del suelo directamente frente a Arthur. Extendió la mano, vacilando una fracción de segundo antes de apartar la mano de él de la herida. Desabrochó los botones restantes de su camisa arruinada, echando el lino a un lado para dejar al descubierto la lesión.

El corte se extendía horizontalmente a través de su músculo pectoral izquierdo, de unos diez centímetros de largo. La sangre manaba lentamente de la laceración, confirmando que la hoja no había cortado ninguna arteria principal.

—El corte es limpio —Nell evaluó el daño, manteniendo la vista en la carne desgarrada—. Dejará cicatriz, pero no necesita puntos.

—Tengo una constitución robusta —Arthur apoyó la cabeza contra el casco de madera, cerrando los ojos—. El dolor es tolerable.

Meg regresó con un cuenco de hojalata lleno de agua y una pila doblada de trapos de algodón limpios. Dejó los suministros en el suelo junto a Nell.

—El cocinero me ha pedido dos peniques de cobre por los trapos —refunfuñó Meg, cruzándose de brazos—. Le he dicho que el cura

maldeciría su alma inmortal si nos cobraba por necesidades médicas básicas. Me ha entregado el paño de inmediato.

—Gracias, Meg —Nell mojó un trapo limpio en el agua fría, escurriendo el exceso de líquido—. Mantén a los niños dormidos. No necesitamos que entren en pánico al ver sangre.

Meg se retiró a su puesto cerca de los huérfanos dormidos, dejándolos aislados junto al casco.

Nell presionó el algodón húmedo contra la laceración. Arthur inhaló bruscamente, con sus músculos abdominales tensándose involuntariamente ante el ardor repentino. Nell mantuvo la presión, limpiando la sangre que se secaba para asear debidamente los bordes del corte.

—Siento las molestias —murmuró Nell, enjuagando el trapo en el cuenco. El agua se volvió de un rosa turbio al instante.

—Tú soportaste lejía hirviendo y alcohol de madera —Arthur abrió los ojos, mirándola a su rostro manchado de hollín—. Yo puedo soportar agua fría.

—Tú no creciste esperando la violencia —Nell limpió los últimos rastros de sangre de su piel—. Estudiaste filosofía. No estabas diseñado para recibir puñaladas en un muelle helado.

—Quizás mi diseño requería una revisión estructural —Arthur observó trabajar sus manos, notando los movimientos cuidadosos y deliberados a pesar de sus propios dedos vendados—. Las bibliotecas de Oxford enseñan la teoría del sufrimiento. Los barrios bajos enseñan la práctica. Prefiero la brutalidad honesta de las calles a la hipocresía estéril de la junta parroquial.

Nell desechó el trapo ensangrentado y cogió una tira de algodón larga y seca para que sirviera de venda. —Tienes que inclinarte hacia adelante para que pueda pasar la tela alrededor de tu pecho.

Arthur se separó del casco, inclinando el torso hacia ella. Nell rodeó su caja torácica con ambos brazos, rozando su piel desnuda con la mejilla. La proximidad física se sentía distinta a sus encuentros anteriores. La energía desesperada y frenética del engaño había desaparecido, reemplazada por una intimidad silenciosa y profunda forjada en la supervivencia mutua.

Tiró del algodón con fuerza, envolviendo la tela de forma segura sobre la laceración. Llevó los extremos hacia su pecho, atando un nudo firme directamente sobre el esternón.

—La venda aguantará hasta que la herida cierre —Nell se sentó sobre sus talones, rompiendo el contacto físico.

—Tienes un tacto sorprendentemente suave —comentó Arthur, ajustando su postura para comprobar la tensión del vendaje.

—Pasé diez años curando las rodillas raspadas de Jemmy y los labios partidos de Toby —Nell se miró sus propias manos destrozadas, frotándose los nudillos con el pulgar vendado—. La pobreza te obliga a aprender triaje básico.

El barco se balanceó suavemente al encontrarse con las corrientes más profundas del río. El crujido rítmico de la madera proporcionaba una cadencia extraña y reconfortante a la oscura bodega de carga.

Arthur extendió la mano, atrapándola por la muñeca antes de que pudiera dejar las suyas en su regazo. No presionó sus ampollas. Simplemente le sostuvo el brazo, anclándola en el espacio entre ellos.

—Estamos en un barco que navega hacia América —habló Arthur en voz baja, asegurándose de que las palabras no viajaran más allá de su círculo inmediato—. El hospicio ha sido derrotado. Los huérfanos están a salvo. Has conseguido el pasaje que deseabas desde el principio.

—Lo hemos conseguido —le corrigió Nell, sosteniéndole la mirada intensa—. No habría podido engañar a Silas Vance sin tu actuación aristocrática. No habría podido escapar de la cripta sin tu intervención.

—Habrías encontrado la manera —Arthur le dedicó una pequeña sonrisa cómplice—. Eres una fuerza imparable, Nell. Doblegas el mundo a tu absoluta voluntad.

—El mundo no se dobla —Nell sacudió la cabeza, y su armadura cínica volvió a su sitio—. Simplemente se rompe. Solo tienes que asegurarte de sostener el martillo cuando se produce el estallido.

—Ya no sostienes el martillo —Arthur movió la mano, y sus largos dedos se entrelazaron suavemente con los de ella—. La guerra ha

terminado. No necesitas luchar contra cada sombra.

Nell se quedó mirando sus manos unidas. El contraste entre los dedos pálidos y elegantes de él y su piel áspera y manchada de hollín resaltaba la enorme brecha social que los separaba. Sin embargo, la sangre en la camisa de él y las ampollas de quemaduras en las palmas de ella demostraban que habían cruzado la frontera juntos.

—No sé cómo dejar de luchar —admitió Nell, y la confesión le supo como si se sacara una astilla clavada profundamente bajo la piel—. He pasado toda mi vida mirando por encima del hombro. Asumiendo que cada hombre tiene intención de golpearme. Calculando la ruta de salida exacta en cada habitación en la que entro. La paz se siente como una trampa.

—La paz requiere práctica —Arthur se inclinó hacia adelante—. Tenemos toda una travesía oceánica para practicar.

Esta vez no pidió permiso. Levantó la mano libre, acunando el lado del rostro de ella manchado de hollín. Su pulgar rozó su pómulo, limpiando una mancha de mugre negra. Nell dejó de respirar. No se apartó. Se inclinó hacia su contacto, permitiendo que el agotamiento y el miedo finalmente se drenaran.

Arthur la besó. Nell cerró los ojos, rindiéndose a la sensación abrumadora. La humedad fría de la bodega de carga se desvaneció hasta volverse insignificante. El calor que emanaba de la piel de él la anclaba, proporcionándole una sensación de seguridad profunda y aterradora que nunca había experimentado.

Levantó sus manos vendadas, apoyando las palmas ligeramente sobre el hombro ileso de él. Intensificó el beso, volcando años de emociones reprimidas, supervivencia desesperada y una gratitud cruda y sin filtros en esa conexión.

Arthur la atrajo más hacia sí, rodeándole la cintura firmemente con el brazo. La besó hasta que le ardieron los pulmones, negándose a romper el contacto hasta que ella finalmente jadeó buscando aire.

Apoyando su frente contra la de ella, Arthur exhaló un suspiro largo y tembloroso.

—Si la paz se siente como una trampa —susurró Arthur contra sus labios—, entonces me contentaré perfectamente con seguir

atrapado.

Nell dejó escapar una risa silenciosa y genuina. El sonido se sentía extraño en su garganta, poco familiar pero increíblemente liberador—. Eres un cura ridículo y corrompido.

—Soy granjero —la corrigió Arthur, haciendo referencia a su conversación dentro de la tonelería helada—. Creo que acordamos una vida agrícola rural.

—Una granja requiere fondos sustanciales para comprar tierras —Nell se inclinó un poco hacia atrás, con una sonrisa pícara y conspiradora—. Gastamos todo el oro robado en asegurar el pasaje en este miserable barco.

Arthur sonrió, con una expresión brillante que llegó a sus ojos oscuros—. Tenemos las escrituras de servidumbre. Los contratos representan treinta transacciones ilegales. Cuando lleguemos a Boston, pienso enviar los documentos oficiales a los magistrados federales en Londres.

Nell lo miró fijamente, dándose cuenta de la genialidad absoluta de la estrategia—. Piensas chantajear a la Junta de Guardianes.

—Pienso exigir un acuerdo masivo y anónimo para evitar la exposición pública de su red de tráfico —Arthur se tocó la sien, pareciendo complacido con su propia lógica corrompida—. La Junta pagará miles de libras para mantener esas escrituras fuera de los periódicos. Compraremos la granja usando su propio dinero para callar bocas.

—Tienes una mente brillante y aterradora, Arthur Penhaligon —Nell sacudió la cabeza con asombro absoluto—. He creado un monstruo.

—Has creado a un socio —la corrigió Arthur con firmeza.

El barco cabeceó bruscamente, remontando una gran ola a medida que el río se ensanchaba en el estuario del Támesis. El *Mary Rose* estaba dejando atrás la ciudad, llevándolos hacia el océano abierto.

Nell se sentó junto a él sobre la caja de carga, apoyando la cabeza en su hombro ileso. Escuchó el crujir de la madera y la respiración suave y tranquila de los niños que dormían. Por primera vez desde que murió su madre, no calculó una ruta de salida. Cerró

los ojos, permitiendo finalmente que la oscuridad la reclamara, a salvo sabiendo que los monstruos ya no podían seguirla.

CAPÍTULO 17



La pobreza no se queda en los muelles cuando el barco zarpa. Se cuela en el tejido de los abrigos raídos, se asienta en lo más profundo de los pulmones y espera pacientemente en la oscuridad.

El *Mary Rose* se balanceaba violentamente bajo el oleaje del Atlántico, gimiendo mientras el enorme casco de madera golpeaba contra las gélidas olas. En el interior de la bodega de carga, sin ventanas, el aire flotaba estancado y pesado. El penetrante y aterrador olor a vinagre y enfermedad dominaba el aroma del roble húmedo.

Nell hincó las rodillas en las toscas tablas del suelo, escurriendo un trapo de algodón basto en un cuenco de hojalata con agua turbia. Se inclinó hacia delante, presionando el paño húmedo contra la frente de la pequeña Bessie. La niña ardía. Su piel se sentía seca y como el papel, irradiando un calor brutal y antinatural que traspasaba la gruesa manta de lana que envolvía sus frágiles hombros. Bessie gimoteó, con los ojos en blanco bajo unos párpados semicerrados y amoratados.

—Su pulso es errático —dijo Nell sin levantar la vista del rostro de la niña—. La fiebre va en aumento.

Meg estaba sentada a un metro de distancia, sosteniendo a un niño tiritando contra su pecho. La mujer mayor tenía ojeras

profundas, y el agotamiento de tres noches sin dormir marcaba surcos profundos en su rostro lleno de cicatrices.

—Es la fiebre del hospicio —afirmó Meg con una certidumbre absoluta y sombría—. El agua de la cripta activó la podredumbre que traían de los dormitorios. Se incuba en la humedad.

—Es tifus. Arthur descendió por la estrecha escala de madera desde la cubierta superior, cargando un cubo de madera con agua fresca que salpicaba. Caminó con cuidado sobre las tablas oscilantes, apoyándose en su lado izquierdo para proteger la herida de cuchillo que le vendaba el pecho. —He sobornado al cocinero por el agua limpia que quedaba. Se niega a vendernos más hielo.

—El tifus requiere ventilación y frío. Nell le quitó el cubo y sumergió de inmediato un trapo limpio en el líquido helado. —Tenemos una caja de madera sellada y treinta niños compartiendo el mismo aire estancado.

—Aislaremos a los enfermos. Arthur señaló hacia la esquina más alejada de la bodega, cerca de las enormes cadenas de hierro del lastre. —Pasaremos a Bessie, a Thomas y a William detrás de las cajas de carga vacías. Crearemos una barrera física entre los infectados y los sanos.

—No puedes aislar el aire, Arthur. Meg tosió con brusquedad, estrechando al niño que tenía en brazos. —Si la fiebre ha decidido llevárselos, se los llevará. En Blackfriars perdimos a cuarenta internos por el sudor el invierno pasado.

—Ya no estamos en Blackfriars —espetó Nell, con la voz quebrada por un terror puro y sin filtros. Aplicó el trapo helado en el cuello de Bessie, intentando enfriar la sangre que fluía hacia el cerebro de la niña. —No he arrastrado a estos niños a través de una tumba inundada solo para ver cómo se achicharran hasta morir dentro de una caja de madera.

Arthur se arrodilló junto a Nell en el suelo. Alargó la mano y sus largos dedos presionaron suavemente la garganta de Bessie para verificar el pulso errático. Apretó la mandíbula. La confianza aristocrática que había blandido contra el abogado en Londres no era arma alguna contra un contagio microscópico.

—Necesitamos quinina. Arthur retiró la mano, mirando a Nell. —El manifiesto del barco debe incluir un botiquín para la tripulación. Los barcos mercantes que transportan carga valiosa suelen tener provisiones de corteza en polvo para la malaria y el tifus.

—El capitán no abrirá su botiquín para unos huérfanos de la parroquia. Jemmy salió de las sombras cercanas a la escala. El chico sostenía su cuchillo oxidado, con los ojos siguiendo constantemente la pesada rejilla de madera que los mantenía asegurados bajo cubierta. —La tripulación ya está murmurando. El contramaestre se ha dado cuenta de que consumimos raciones de agua excesivas. Si se enteran de que albergamos la fiebre, no nos darán medicinas.

—¿Qué harán? —preguntó Toby en voz baja, acurrucado contra la curvatura del casco.

Jemmy miró a Toby y luego apartó la vista, reacio a expresar la brutal realidad marítima.

—Las leyes marítimas dictan protocolos de cuarentena estrictos —respondió Arthur suavemente, dirigiendo sus palabras a Nell en lugar de a los niños—. Si un brote infeccioso amenaza la capacidad operativa de la tripulación, el capitán tiene la autoridad legal para purgar el contagio.

—Purgar. Nell repitió la palabra estéril, con las manos congeladas sobre el cuenco de agua. —Quieres decir que arrojarán a los niños infectados por la borda para proteger sus márgenes de beneficio.

—Echarán fuera toda la bodega si cunde el pánico. Arthur se puso en pie, su alta estatura le obligaba a encorvarse bajo las bajas vigas de roble. —Debo hablar con el capitán. Negociaré la compra de la quinina.

—No puedes negociar con la bolsa vacía —le recordó Meg con amargura—. Le has dado al capitán hasta la última moneda de oro para asegurar el pasaje.

—Tengo los contratos de aprendizaje. Arthur dio unos golpecitos a la cartera de cuero que descansaba sobre una caja cercana. —Los documentos representan una influencia inmensa.

—El capitán no sabe leer latín jurídico. Nell se levantó y agarró el brazo de Arthur antes de que llegara a la escala. —No le importan la Junta de Guardianes ni los mercados laborales de Boston. Le importa

su propia supervivencia. Si le dices que la fiebre está aquí, echará el cerrojo a la rejilla y dejará que nos asfixiemos.

—Si no hago nada, Bessie morirá antes de medianoche. Arthur bajó la vista hacia las manos vendadas de Nell que sujetaban su manga. —La fiebre está subiendo. Lo siguiente será atacar sus órganos internos. Necesita intervención médica.

—Entonces robaremos la medicina. Nell le soltó el brazo y se volvió hacia Jemmy. —¿Dónde está el botiquín?

—En los camarotes del capitán. Jemmy señaló con la hoja hacia arriba. —Camarote de popa, cubierta principal. La puerta siempre está cerrada con llave, y el primer oficial hace guardia en el timón justo fuera.

—No puedes forzar una cerradura estando a la vista del timonel —rebatió Arthur, situándose directamente en su línea de visión para bloquear el desesperado plan—. Si el oficial te pilla intentando entrar en el camarote del capitán, te meterán en el calabozo. Eres una polizona a su merced.

—No soy una polizona. Soy una pasajera que ha pagado su billete. Nell se acercó al sacerdote, negándose a retroceder. —Voy a subir por esa escala. Distraeré al oficial. Jemmy forzará la cerradura.

—Jemmy no puede burlar una pesada cerradura náutica de latón con una hoja oxidada —replicó Arthur, alzando la voz por encima del crujido de la madera—. Esto no es la despensa de un hospicio, Nell. Es un barco mercante. Los protocolos son militares.

—¿Entonces cuál es tu brillante solución teológica, Arthur? —gritó Nell, mientras el peso aplastante de los últimos tres días terminaba por romper su entereza—. ¿Rezar por ella? ¿Citar las escrituras mientras su cerebro hierve dentro de su cráneo? ¡Tu filosofía fracasó en el hospicio y está fracasando ahora!

Las palabras golpearon la angosta bodega de carga como impactos físicos. El silencio cayó sobre los niños, roto solo por la respiración áspera y superficial de Bessie.

Arthur se quedó mirándola. La acusación dolió más que el cuchillo de caza que le había rajado el pecho. Miró a la niña moribunda en el suelo y luego se miró sus propias manos limpias y

vacías. La amarga verdad de su declaración despojó los últimos restos de su autoridad clerical.

—Tienes razón. —La voz de Arthur bajó a un susurro grave y peligroso. Se apartó de ella y caminó hacia su cartera de cuero. Abrió las hebillas de latón y buscó en el fondo del compartimento. No sacó las escrituras selladas con cera.

Sacó el pesado atizador de hierro que había robado de la tonelería de Cheapside.

—¿Qué estás haciendo? —Nell lo observó empuñar el arma improvisada.

—Voy a aplicar el currículo de los barrios bajos. Arthur caminó hacia la escala de madera. —No negociaré con el capitán. Simplemente eliminaré al primer oficial de la ecuación.

—¡Arthur, detente! —Nell se lanzó hacia delante, agarrándolo por el hombro—. ¡Si golpeas a un oficial del barco, es un motín! ¡Te colgarán del penol!

—Intentarán colgarme —la corrigió Arthur, con sus ojos oscuros carentes de toda piedad religiosa—. Prefiero luchar contra marineros armados en la cubierta principal que ver morir a los niños en la oscuridad. Mantén los paños húmedos en su frente. Volveré con la quinina.

Arthur se agarró a los peldaños de madera, ascendiendo rápidamente por la escala. Empujó con sus anchos hombros la pesada rejilla de hierro que separaba la bodega de la cubierta superior. Las bisagras chillaron en protesta. Apartó la rejilla de un empujón y salió a la cegadora luz del día nublado del océano Atlántico.

La pesada escotilla se cerró de golpe sobre ellos, sumiendo de nuevo la bodega de carga en una penumbra claustrofóbica.

Nell se quedó mirando la rejilla cerrada, con el corazón martilleándole violentamente contra las costillas. Había pasado toda su vida manipulando a los hombres para evitar la violencia directa. Le había enseñado a Arthur a mentir, a robar y a aprovecharse de la codicia humana. No había previsto la aterradora consecuencia de liberar su resolución física absoluta e intransigente.

—Va a hacer que lo maten. —Jemmy dio un paso hacia la escala, agarrando con fuerza su cuchillo.

—Quédate aquí —ordenó Nell, cayendo de nuevo de rodillas junto a Bessie—. Si la tripulación asalta la bodega, debes defender a los niños. No dejes que se lleven a los infectados.

Los minutos transcurrían como horas. El barco se balanceaba pesadamente sobre las aguas oscuras. Nell sumergía el trapo una y otra vez en el cuenco frío, limpiando el sudor del rostro de Bessie. La niña dejó de gimotear y su cuerpo quedó flácido sobre los toscos sacos de arpillera.

—Su respiración se está ralentizando. —Meg se inclinó más, examinando los labios pálidos de la niña—. La fiebre está ganando.

—Aguanta, Bessie. —Nell apoyó su rostro contra la mejilla ardiente de la pequeña—. Solo aguanta. Él va a volver.

Unos pasos retumbaron en la cubierta, justo sobre sus cabezas. Unas botas pesadas golpearon la madera, seguidas del sonido inconfundible y nauseabundo de una lucha física. Un hombre gritó de dolor. Algo masivo golpeó contra la escotilla de madera, haciendo caer polvo y astillas en el interior de la bodega.

Toby gritó, retrocediendo a gatas contra el casco. Los huérfanos se acurrucaron, ocultando sus rostros entre las manos.

La rejilla de hierro se abrió bruscamente.

Arthur se dejó caer por la abertura, aterrizando pesadamente sobre las tablas del suelo. Su arruinada camisa de lino estaba desgarrada en el hombro, y sangre fresca se filtraba por el vendaje que envolvía su pecho. Sostenía una botella pequeña de cristal oscuro en la mano derecha.

Cerró la rejilla de hierro con una patada, encajando el cerrojo de hierro horizontalmente en su sitio antes de que la tripulación pudiera perseguirlo.

—He conseguido la medicina. Arthur se arrodilló junto a Nell, poniéndole la botella de cristal en las manos. —Administra el polvo de inmediato. El primer oficial está inconsciente en la cubierta de popa, pero el timonel ha dado la alarma. El capitán viene hacia aquí.

Nell quitó el corcho de la botella. Vertió una pequeña cantidad de polvo amarillento y amargo en una taza de hojalata, añadiendo un

chorrito de agua fría para disolver la medicina. —Levántale la cabeza.

Arthur deslizó su mano bajo el cuello de Bessie, elevando ligeramente a la niña. Nell presionó el borde de la taza de hojalata contra los labios agrietados de Bessie, forzando el líquido entre sus dientes. La niña se atragantó, tosiendo débilmente, pero tragó la mezcla medicinal.

—Dales la misma dosis a Thomas y a William —ordenó Arthur a Meg, señalando a los otros niños febriles.

Antes de que Meg pudiera coger la botella, unos puños pesados empezaron a golpear violentamente la rejilla de hierro superior.

—¡Abre esta escotilla, maldito cura! —la voz del capitán rugió a través de la madera, distorsionada por una furia absoluta—. ¡Has agredido a mi oficial! ¡Has entrado a la fuerza en mi camarote!

—¡Alejaos de la rejilla! —Arthur se puso en pie, situándose directamente bajo la escotilla cerrada. Levantó el atizador de hierro con los nudillos blancos—. ¡Esta bodega está en cuarentena!

—¡Este es mi barco! —bramó el capitán—. ¡Habéis traído la peste a mi navío! ¡Voy a purgar la carga! ¡Romped la cerradura!

El sonido de palancas de hierro golpeando la pesada rejilla resonó por toda la bodega. La tripulación intentaba forzar el cerrojo. Las chispas caían a través de los huecos de la madera.

Nell abandonó la medicina y se puso en pie rápidamente. Miró a su alrededor en la angosta bodega, con su mente táctica trabajando a toda velocidad. No podían luchar contra una docena de marineros armados en un espacio confinado. Si la rejilla se abría, la tripulación bajaría en tropel por la escala y arrojaría a los niños al océano.

—¡Jemmy! —Nell señaló las enormes lámparas de aceite que colgaban de las vigas bajas—. ¡Rómpeles el cristal!

Jemmy no vaciló. Se lanzó hacia arriba, golpeando la pesada base de latón de la lámpara más cercana con la empuñadura de su cuchillo. El cristal se hizo añicos. El aceite de ballena se derramó sobre las tablas secas del suelo, salpicando la base de la escala.

—Nell, ¿qué estás haciendo? —Arthur retrocedió mientras el aceite se acumulaba cerca de sus botas.

Nell sacó una cerilla de azufre del bolsillo de su delantal. Raspó la punta química contra el casco, y el repentino resplandor iluminó su rostro desesperado y manchado de hollín. Sostuvo la cerilla encendida a pocos centímetros del charco de aceite inflamable.

—¡Capitán! —gritó Nell hacia el techo, su voz cortando el ruido de las palancas—. ¡Tengo una llama encendida justo encima de un charco de aceite de ballena! ¡Como forcéis esa cerradura, suelto la cerilla!

El martilleo cesó al instante. El repentino silencio sobre la cubierta era ensordecedor, roto solo por el viento que aullaba entre los aparejos.

—¡Vas de farol, sucia rata! —gritó el capitán a través de la rejilla —. ¡Si quemas la madera, os quemáis vosotros!

—¡He sobrevivido a los barrios bajos de Cheapside! —Nell inclinó la mano, dejando que la cerilla bajara una fracción de pulgada hacia el aceite—. ¡Prefiero arder en el infierno que dejar que toquéis a mi hermano! ¡Alejaos de la escotilla o convierto vuestro barco en una hoguera flotante!

Arthur se quedó mirándola. Reconoció la convicción absoluta e inquebrantable en su postura. No iba de farol. Inmolaría todo el navío con tal de proteger a los niños que amaba. Esa aterradora constatación consolidó su asombro absoluto ante la fuerza de ella.

—Lo hará, capitán. Arthur habló hacia el techo, recuperando su tono aristocrático y calmado en marcado contraste con la desesperación salvaje de Nell. —La chica no tiene ningún aprecio por su propia vida. Le sugiero encarecidamente que ordene a sus hombres que se alejen de la rejilla.

A través de la madera se oyeron discusiones amortiguadas. El capitán estaba debatiendo con sus oficiales. Un barco de madera a cientos de millas de la costa temía al fuego por encima de cualquier otra amenaza. Una sola chispa en la bodega de carga podía consumir todo el navío en cuestión de minutos.

—¡Estáis atrapados en esa bodega! —gritó finalmente el capitán, con la voz cargada de una amarga derrota—. ¡No recibiréis raciones de comida ni agua! ¡Os quedaréis en la oscuridad con los muertos hasta que lleguemos al puerto de Boston!

Los pasos se alejaron por la cubierta. La amenaza inmediata de la purga desapareció, reemplazada por la cruda realidad de un asedio de hambre.

Nell apagó la cerilla de un soplo. La llama murió, sumiendo de nuevo la bodega en las tenues sombras oscilantes. Las manos le temblaban violentamente. Dejó caer la cerilla gastada en las tablas secas del suelo y sus rodillas cedieron.

Arthur la atrapó antes de que golpeara la madera. La rodeó firmemente con los brazos por los hombros, bajando a ambos lentamente hasta el suelo. Nell hundió el rostro contra su pecho ileso, con la respiración entrecortada por jadeos bruscos. El bajón de adrenalina le golpeó de lleno, despojándola de la fiera protectora y dejando solo a la chica aterrorizada.

—Te tengo —susurró Arthur, hundiendo su rostro en el cabello enmarañado de ella—. El cerrojo resiste. La tripulación se ha retirado.

—Iba a arrojarlos al agua. Nell se aferró a su camisa desgarrada, y sus lágrimas empaparon el lino arruinado. —Iba a arrojar a Bessie a las aguas heladas.

—No los tocará. Arthur apretó el abrazo, sosteniéndola con seguridad contra su pecho. —Nosotros controlamos la cubierta inferior. Tenemos la medicina. Aguantaremos la posición hasta que veamos la costa americana.

Meg se acercó a gatas por las tablas, sosteniendo la taza de hojalata vacía. —La respiración de Bessie se está calmando. La quinina está combatiendo el calor. Está descansando.

Nell giró la cabeza, mirando por encima del hombro de Arthur para ver a la pequeña durmiendo plácidamente sobre la arpillera. La tensión brutal y agónica de su pecho se aflojó un poco. Apoyó la frente contra la clavícula de Arthur, escuchando el ritmo constante e inquebrantable de su corazón.

—Has agredido a un oficial del barco —susurró Nell, asimilando por fin la realidad de sus actos—. Has robado en el camarote del capitán.

—He conseguido los suministros necesarios para proteger a mi congregación —respondió Arthur suavemente, con la barbilla

apoyada en la coronilla de ella—. Simplemente he adaptado mis deberes pastorales al entorno marítimo actual.

CAPÍTULO 18



—¡Echad el cerrojo de hierro! ¡Hemos llegado al puerto!

El pesado mecanismo de cierre sobre sus cabezas rechinó violentamente contra su alojamiento. La luz del sol, dura y de un blanco cegador, se filtró por los huecos de la escotilla de madera. Nell se llevó el brazo a la cara, apretando los ojos ante el repentino y agonizante resplandor. Había pasado tres semanas atrapada en la bodega de carga, sumida en la oscuridad absoluta del *Mary Rose*. El aire fresco y gélido que bajaba por el hueco de la escalera sabía a sal pura y a verdadera salvación.

Arthur estaba de pie junto a la escalera de madera. No soltó el atizador de hierro. Mantuvo su postura defensiva, con sus ojos oscuros fijos en la rejilla que se abría.

El capitán del barco apareció en el cuadrado de luz. No miró hacia la bodega. Se limitó a abrir la rejilla de una patada y sus pesadas botas se alejaron por la cubierta principal.

—El asedio por hambre ha terminado —Arthur bajó la barra de hierro; tenía la voz ronca por la deshidratación severa—. Reúne a los niños, Meg. Vamos a salir de este barco.

Nell cayó de rodillas. Carecía de la fuerza física para ponerse en pie con rapidez. Tres semanas sobreviviendo con un solo barril de raciones de galleta náutica y el agua de lluvia restante le habían dejado los huesos marcados bajo la piel. Alargó la mano y sacudió el

frágil hombro de Toby. El niño se despertó lentamente, parpadeando con sus ojos hundidos ante la luz del sol.

—Levántate, Toby —Nell le agarró el delgado brazo, ayudándole a ponerse en pie—. Hemos llegado a tierra. Vamos a salir de la oscuridad.

Meg despertó a la pequeña Bessie con un golpecito. La quinina había cortado la fiebre del hospicio hacía días, pero la enfermedad y la posterior inanición habían dejado a la niña incapaz de caminar. Meg la cogió en brazos, gimiendo mientras sus propios músculos debilitados protestaban por el peso.

Jemmy enfundó su cuchillo oxidado. Tomó la iniciativa, agarrando los peldaños de madera y subiendo lentamente hacia la cubierta superior. Arthur le siguió, situándose en lo alto de la escalera para subir a pulso a los agotados huérfanos por el borde de la escotilla.

Nell subió la última. Sus botas resbalaban en los peldaños. Sus manos vendadas, cubiertas ahora por un tejido cicatricial tenso y rosado tras las graves quemaduras, le latían sordamente mientras se aferraba a la madera. Arthur se inclinó, le agarró el antebrazo y tiró de ella con firmeza hasta la cubierta bañada por el sol.

El puerto de Boston se extendía ante ellos.

Enormes muelles de granito sustituían a los podridos pantalanes de madera de Londres. Cientos de buques mercantes estaban anclados en las aguas de un azul profundo. Los carros traqueteaban por los muelles de adoquines, cargados con enormes fardos de algodón y madera pesada. La magnitud del puerto industrial dejaba pequeña cualquier cosa que Nell hubiera visto jamás.

Pero la extensa ciudad no ofrecía libertad. Ofrecía una jaula construida con materiales diferentes.

Una fila de hombres armados esperaba al pie de la pasarela del barco.

No vestían los harapientos abrigos de lana de los guardias de las parroquias londinenses. Llevaban uniformes azul marino entallados y portaban relucientes rifles de repetición colgados al hombro. Flanqueaban a un hombre alto, vestido impecablemente con un traje gris marengo y un bastón de empuñadura plateada. Los ojos pálidos

del hombre observaron a los treinta huérfanos que salían trompicando a la cubierta principal.

El capitán del barco estaba junto al hombre del traje gris, sosteniendo un libro de contabilidad de cuero.

—Se me informó de que el cargamento sufrió un brote de tifus a mitad del viaje —dijo el hombre del traje gris en voz alta, con un acento estadounidense plano que cortaba el ruido del puerto. Golpeó su bastón de plata contra la pasarela de madera—. Pagué al maestro Grendel por treinta trabajadores sanos. Estos parecen ratas famélicas.

Nell se quedó helada. Se le retiró la sangre de la cara.

Miró a Arthur. El capellán tensó la mandíbula. Dejó caer el atizador de hierro sobre la cubierta al darse cuenta de que aquella rudimentaria arma era inútil contra un pelotón de fusilamiento con rifles de repetición. Se llevó la mano al pecho y sus dedos rozaron la cartera de cuero que contenía las escrituras de servidumbre.

—¿Quién es usted? —Arthur se puso delante de los niños, interponiendo su alta figura entre los huérfanos y la pasarela.

—Soy Elias Thorne —el hombre del traje gris apoyó ambas manos en el pomo de su bastón—. Soy el propietario de las fábricas textiles de Lowell. Y según el manifiesto proporcionado por el maestro del hospicio de Blackfriars, soy el dueño de cada uno de los niños que tiene a sus espaldas.

La pesadilla había cruzado el océano Atlántico. Grendel no se había limitado a meter a los niños en un barco para librarse de la carga. Había ejecutado una transacción comercial transatlántica. Los había vendido a un industrial estadounidense.

—Ese manifiesto es fraudulento —Arthur bajó los tres primeros escalones de la pasarela, deteniéndose para mantener la posición elevada—. Estos niños no son trabajadores contratados. Son refugiados que huyen de una red de tráfico ilegal y corrupta dirigida por la Junta de Guardianes de Londres.

Thorne se burló, mirando a los hombres uniformados que le flanqueaban. Un hombre corpulento que llevaba una placa de latón dio un paso al frente.

—Soy el magistrado Harrison, de la Autoridad Portuaria de Boston —el hombre robusto desenrolló un grueso trozo de pergamino—. El señor Thorne tiene un contrato de venta ante notario firmado por los administradores autorizados de la parroquia de Londres. La documentación ha pasado la aduana internacional. Apártese, señor. Los trabajadores pertenecen a las fábricas Lowell.

—Los trabajadores no pertenecen absolutamente a nadie —Nell pasó por delante de Arthur, bajando por la pasarela. Ignoró su propia debilidad física, impulsada por un repentino y cegador arrebato de pura furia—. No se va a llevar a mi hermano a ninguna fábrica. Tendrá que dispararme sobre estos tablones.

—Nell, para —Arthur le agarró el hombro y tiró de ella hacia atrás.

—¡Intentan llevárselos, Arthur! —Nell luchó contra su agarre, con sus manos cicatrizadas arañando la manga de él—. ¡Hemos cruzado el océano! ¡Hemos sobrevivido a la fiebre! ¡No dejaré que metan a Toby en otra jaula!

—No puedes luchar contra rifles de repetición —Arthur la rodeó por la cintura con los brazos, sujetándola físicamente contra su pecho. Bajó la voz, hablándole directamente al oído—. Mira los rifles, Nell. Mira al magistrado. La violencia física no sirve aquí. Debemos usar la ley.

Nell dejó de forcejear. Se quedó mirando los cañones de hierro pulido de las armas de fuego estadounidenses. Miró la fría indiferencia burocrática grabada en el rostro del magistrado Harrison. Arthur tenía razón. Las tácticas de los bajos fondos, como golpear a los guardias y robar llaves, no significaban absolutamente nada contra las autoridades portuarias federales.

Arthur la soltó y dio un paso atrás para enfrentarse al magistrado. Irguió la espalda, haciendo valer todo el peso de su educación en Oxford y su autoridad aristocrática. El hollín y la mugre que cubrían su ropa rota no disminuían la presencia absoluta y dominante que proyectaba.

—Soy Arthur Penhaligon, capellán ordenado de la Iglesia de Inglaterra —anunció Arthur, y su voz resonó por el muelle de granito —. Reclamo la tutela legal de estos treinta menores bajo los

estatutos internacionales de santuario eclesiástico. Si intenta confiscarlos basándose en un contrato de venta fraudulento, llevaré a su autoridad portuaria ante un tribunal diplomático federal.

El magistrado Harrison frunció el ceño y bajó el pergamino. La repentina invocación de la Iglesia de Inglaterra y del derecho diplomático internacional le pilló claramente desprevenido. Los funcionarios portuarios preferían las transacciones sencillas y discretas. Detestaban los incidentes diplomáticos.

Thorne golpeó las piedras con su bastón. —¡Ese hombre es un polizón con la ropa hecha jirones! ¡No tiene capacidad legal!

—Tengo las escrituras originales de servidumbre, selladas con cera —Arthur dio un golpecito a la cartera de cuero que llevaba cruzada al pecho—. Tengo los libros contables que demuestran que el maestro Grendel blanqueó la venta de estos niños a través de canales ilícitos. Si se lleva a estos niños, Thorne, estará admitiendo abiertamente que ha comprado cargamento humano de contrabando, en violación directa de las leyes de importación estadounidenses.

Los ojos pálidos de Thorne se entrecerraron. El industrial reconoció la grave amenaza legal. Comprar mano de obra barata de las parroquias era rentable. Enfrentarse a cargos federales por contrabando era catastrófico.

—Palabras —despreció Thorne, manteniendo su fachada de confianza—. Presente los documentos. Deje que el magistrado los examine.

—No voy a entregar las escrituras originales en pleno muelle a un hombre que emplea a matones armados —replicó Arthur al instante —. Exijo una audiencia formal dentro del tribunal del puerto. Exijo la presencia de un juez federal.

El magistrado Harrison levantó la mano, indicando a los hombres armados que bajaran los rifles. El burócrata reconocía un atolladero legal en cuanto lo veía.

—El tribunal del puerto se reúne mañana a las nueve de la mañana —declaró Harrison, doblando el pergamino—. Hasta que un juez federal revise la reclamación eclesiástica y la documentación adjunta, el cargamento sigue en disputa.

—Entonces reclamo el cargamento hasta la audiencia —exigió Thorne.

—Usted no reclamará nada —le interrumpió Arthur, con una voz como el hielo al quebrarse—. Los niños permanecen bajo mi protección.

—Los niños quedan bajo la custodia de la Autoridad Portuaria de Boston —les corrigió Harrison a ambos, estableciendo su jurisdicción absoluta—. Serán escoltados al almacén de detención de inmigración al final del muelle. Se les proporcionará comida y agua. Mañana determinaremos quién es su dueño. Si sus documentos son fraudulentos, señor Penhaligon, será colgado por piratería.

El magistrado hizo un gesto a los guardias armados. Los hombres dieron un paso al frente, formando un férreo perímetro alrededor de la base de la pasarela.

—Bajad a los niños —Arthur miró a Nell—. Seguiremos a los guardias. No los provoquéis.

Meg y Jemmy guiaron a los huérfanos por la rampa de madera. Los niños contemplaban los enormes edificios de granito y los imponentes barcos, demasiado agotados y aterrorizados para hablar. Habían cambiado una cripta helada e inundada por un muelle soleado y fuertemente armado.

Los guardias los condujeron por el largo muelle de piedra. Se acercaron a un enorme almacén de ladrillo situado cerca de la oficina de aduanas. Gruesos barrotes de hierro cubrían las altas ventanas. Un pesado cerrojo de acero aseguraba las puertas de roble macizo.

Nell se quedó mirando la arquitectura de ladrillo. Las líneas rígidas, los barrotes de hierro y los hombres uniformados con llaves en la mano provocaron una reacción violenta e involuntaria en lo más profundo de su pecho. De repente, el aire se volvió demasiado denso para respirar. La extensa ciudad de Boston se desvaneció, sustituida por el asfixiante recuerdo del patio de Blackfriars.

—Nell. —Arthur se colocó a su lado, rozándole los nudillos con sus dedos largos.

—Es un asilo —susurró Nell con el corazón martilleándole frenéticamente—. Nos han traído directamente a otro asilo.

—Es un centro de detención temporal. —Arthur mantuvo la voz baja para tranquilizarla—. El cerrojo está por fuera, pero la jaula es provisional. Mañana romperemos los grilletes.

Los guardias abrieron de par en par las pesadas puertas de roble. El interior del almacén olía a polvo seco, arpillera y tabaco rancio. Unas pocas jergas se alineaban contra las paredes de ladrillo. Una gran mesa de madera dominaba el centro de la estancia, con varias jarras de hojalata llenas de agua fresca y una cesta grande con pan horneado.

—Permanecerán dentro hasta el tribunal. —El magistrado Harrison apareció en el umbral—. No intenten saltar por las ventanas. Los vigilantes del muelle tienen órdenes de disparar a cualquier detenido que intente huir.

Las pesadas puertas de roble se cerraron de golpe. El cerrojo de acero se deslizó a su posición con un estruendo definitivo que resonó en todo el lugar.

Los niños se abalanzaron de inmediato sobre la mesa de madera. La visión de pan tierno y agua limpia se impuso al miedo a la nueva prisión. Meg empezó a trocear las hogazas en pedazos más pequeños, distribuyendo la comida para asegurarse de que los huérfanos más jóvenes recibieran su parte antes de que los chicos mayores devorasen las raciones.

Jemmy ignoró la comida. El chico caminó directamente hacia las ventanas enrejadas, arrastrando un cajón de madera hasta la pared. Se subió a él y agarró los barrotes de hierro, comprobando su estabilidad contra la mampostería.

—El mortero es sólido. —Jemmy bajó de un salto, sacudiéndose el polvo de las manos—. Los barrotes están encastrados a tres pulgadas de profundidad. No podremos apalancarlos sin herramientas de hierro.

—No vamos a apalancar los barrotes. —Arthur se dirigió hacia la esquina más alejada del almacén y dejó caer su pesada cartera de cuero sobre un catre de lona—. No vamos a huir. Escapar deja intacta la reclamación legal. Thorne se limitará a contratar

cazarrecompensas para que nos rastreen por todo el continente. Debemos cortar la cadena desde la raíz.

Nell dejó a los niños y caminó por las tablas polvorientas del suelo para reunirse con Arthur. Se sentó en el borde del catre contiguo y lo observó desabrochar las correas de cuero de la cartera.

—Thorne es un depredador, Arthur —afirmó Nell tajante—. Actúa exactamente igual que Grendel. Utiliza su riqueza e influencia política para aplastar a la oposición. Sobornará al juez federal antes siquiera de que se reúna el tribunal.

—No podrá librarse mediante sobornos de los cargos federales por contrabando si las pruebas se presentan públicamente. —Arthur sacó de la bolsa la gruesa pila de escrituras de servidumbre selladas con cera. Colocó el pergamino sobre la lona—. Las fábricas de Lowell dependen de una imagen pública impecable para asegurar los contratos textiles del Gobierno. Si los periódicos de Boston descubren que Thorne importa mano de obra esclava ilegal de las parroquias de Londres, su imperio se desmoronará.

—Pretendes amenazar a un industrial en su propia ciudad.

—Pretendo destruir su base legal. —Arthur cogió la primera escritura y recorrió con la mirada el denso texto en latín—. Los contratos requieren la firma de un tutor reconocido para transferir la custodia. Yo poseo autoridad eclesiástica. Mañana revocaré formalmente el traslado de la parroquia. Reclamaré asilo para los huérfanos.

—El magistrado ha amenazado con colgarte por piratería —le recordó Nell, con la vista clavada en el pesado cerrojo de hierro que aseguraba la puerta—. Si Thorne convence al juez de que tu alzacuellos es un disfraz, te ejecutarán. Se llevarán a Toby.

—No me ejecutarán. —Arthur dejó la escritura y se giró para mirarla de frente. Notó el ligero temblor en sus manos llenas de cicatrices. Comprendió el profundo coste psicológico que aquel almacén de ladrillo estaba suponiendo para ella—. Necesito tu ayuda para ejecutar el último engaño.

Nell levantó la vista. —Acabas de decir explícitamente que la violencia física y las tácticas de los bajos fondos no sirven de nada en un tribunal federal.

—No necesito tu violencia física. —Arthur se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre las rodillas—. Necesito tu absoluta capacidad para manipular la percepción humana. Necesito que interpretes el papel de la víctima.

—Yo no soy ninguna víctima. —Nell se erizó, irguiendo la espalda al instante.

—Soy plenamente consciente de que eres la persona más peligrosa de esta sala. —Arthur esbozó una leve y agotada sonrisa—. Pero el juez federal no lo sabe. Thorne intentará pintarnos como criminales fugitivos que secuestraron a su mano de obra legítima. Tú debes romper ese relato.

—¿Cómo?

—Mañana, cuando te llame al estrado de los testigos —instruyó Arthur, con un tono que adoptaba la cadencia precisa y calculada de un abogado preparando una defensa—, debes mostrarle tus manos al juez. Debes describir las cubas de colada hirviendo. Debes detallar exactamente cómo la matrona Sikes aplicaba la vara de abedul y cómo el amo Grendel vendía a los niños para llenar su cámara acorazada privada.

Nell lo miró fijamente. La idea de estar en una sala de tribunal abarrotada, exponiendo los detalles agonizantes y humillantes de su supervivencia ante una sala llena de hombres ricos e indiferentes, le revolvió el estómago violentamente.

—No les importará, Arthur. —Nell sacudió la cabeza, apartando la mirada—. A los hombres que visten trajes a medida no les importan las cicatrices en las manos de una rata callejera. Solo les importan los libros de contabilidad.

Arthur alargó la mano. No pidió permiso. Le sujetó con delicadeza las muñecas, atrayendo sus manos cicatrizadas hacia su regazo. Recorrió con el pulgar la piel tirante y rosada que cubría sus nudillos.

—Les importará —prometió Arthur con voz baja y una determinación feroz—. Porque haré que les importe. Usaré tu testimonio para construir una trampa legal de la que Thorne no pueda escapar. Pero debes contar la verdad. Debes dejar que vean la sangre en el libro de cuentas.

Nell se miró las manos, que descansaban en las de él. El contacto físico la ancló al suelo, alejando las asfixiantes paredes del almacén de ladrillo. Le estaba pidiendo que se quitara la armadura. Le estaba pidiendo que confiara en el mismo sistema legal que había pasado toda su vida eludiendo.

—Si perdemos en el tribunal —susurró Nell con los ojos fijos en los suyos—, mataré a Thorne antes de que toque a mi hermano. Lo apuñalaré en plena sala.

—Si perdemos en el tribunal —respondió Arthur, con sus ojos oscuros reflejando la resolución letal de ella—, yo lo sujetaré mientras lo haces.

Aquella franca confesión disolvió la tensión que quedaba entre ellos. Nell soltó un suspiro pausado y trémulo, y la desesperación salvaje que sentía en el pecho empezó a desenredarse. El sacerdote ingenuo había desaparecido. El hombre que tenía delante era un arma que ella había ayudado a forjar, y en ese momento apuntaba directamente a Elias Thorne.

—¿Qué hacemos hasta que amanezca? —preguntó Nell, apartando las manos del agarre de él para apoyarlas en sus propias rodillas.

—Comer. —Arthur se puso en pie, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse del catre—. Beber agua limpia. Dormir sobre suelo firme. Y prepararnos para la guerra.

La noche descendió sobre el puerto de Boston, sumiendo el almacén en sombras profundas. Las autoridades portuarias facilitaron dos linternas de aceite, cuya tenue luz amarillenta iluminaba el interior de ladrillo. Los huérfanos, con el estómago por fin lleno de pan fresco, se desplomaron en los catres de lona y cayeron en un sueño inmediato y agotado.

Meg se sentó cerca de la mesa central, observando a Bessie dormir. La mujer parecía mucho más joven; la vigilancia constante y aterrorizada del asilo empezaba por fin a desvanecerse de sus facciones marcadas.

Nell se sentó en su catre de la esquina, mirando por la ventana enrejada. El sonido lejano de las campanas del puerto dando la hora llegaba a través del cristal. Sintió un repentino cambio de peso en el

jergón. Arthur se sentó a su lado, estirando sus largas piernas por el suelo polvoriento.

Se había quitado la chaqueta arruinada. La camisa de lino manchada de sangre seguía envolviendo con firmeza su pecho. Levantó la mano para masajearse la nuca, mientras el agotamiento absoluto de la travesía transatlántica hacía mella al fin en su postura.

—¿Te duele la herida? —preguntó Nell, notando la leve mueca que le tensaba las comisuras de los labios.

—El músculo está rígido. —Arthur bajó la mano y apoyó la cabeza contra la pared de ladrillo—. La carne está cicatrizando. La marca será considerable.

—Las cicatrices no son más que la prueba de que sobreviviste al encuentro. —Nell se llevó las rodillas al pecho, rodeándose las piernas con los brazos—. Ya tienes toda una colección.

—Las he ido acumulando por intentar seguirte el ritmo. —Arthur giró la cabeza para mirarla bajo la tenue luz del farol.

—Nunca te pedí que me siguieras.

—No hizo falta que lo pidieras. —Arthur se acercó más, eliminando la distancia entre ambos—. En el momento en que te conocí en el mercado de Cheapside me di cuenta de que mi vida anterior era una mentira. Tú eras lo único honesto con lo que me había cruzado jamás.

Nell apoyó la barbilla en las rodillas, negándose a apartar la vista de su intensa mirada. —Te robé la cartera, Arthur. Te mentí a la cara sobre mi identidad. Utilicé tu culpa religiosa para asaltar una caja fuerte.

—No. Utilizaste mi ignorancia para romper una jaula —la corrigió Arthur con suavidad—. Me obligaste a reconocer a los lobos que guardaban a las ovejas. Te agradezco la lección.

Alargó la mano y sus dedos apartaron un mechón de pelo enredado de la mejilla de ella, manchada de hollín. Ese gesto sencillo y tierno tenía más peso que cualquier sermón teológico que hubiera dado en su vida. Nell cerró los ojos, dejándose acariciar. Las paredes de ladrillo del centro de detención perdieron toda importancia.

—Mañana entraremos en el tribunal —susurró Arthur, con el pulgar descansando suavemente sobre la línea de la mandíbula de ella—. Mañana terminaremos con esto. Cuando caiga el mazo, seremos libres.

—La granja —murmuró Nell, repitiendo la promesa que se habían hecho en la oscura tonelería—. Sin muros de ladrillo ni puertas de hierro.

—Pienso comprar una extensión enorme de terreno —prometió Arthur, inclinándose para darle un beso pausado y persistente en la frente—. Pienso construir una casa con más ventanas que paredes. Nunca más tendrás que mirar por encima del hombro.

Nell abrió los ojos para mirar al hombre que había entregado su alma inmaculada para asegurar la supervivencia de ella. El miedo se había ido. Los cálculos habían desaparecido. Levantó la mano y la apoyó sobre el pecho ileso de él, sintiendo el ritmo constante e inquebrantable de su corazón bajo el lino estropeado.

—Entonces gana el tribunal, Arthur Penhaligon —exigió Nell en voz baja—. Gana la guerra.

—No tengo la menor intención de perder.

Arthur la rodeó por los hombros, atrayéndola contra su costado. Se quedaron sentados juntos en el catre de lona, escuchando la respiración tranquila de los huérfanos dormidos. El puerto de Boston seguía siendo hostil y Elias Thorne los esperaba por la mañana, pero la absoluta certeza de su alianza les proporcionaba una armadura impenetrable. Habían sobrevivido al asilo. Habían sobrevivido al océano. Mañana derribarían el último muro.

CAPÍTULO 19



La sala del tribunal de la Autoridad Portuaria de Boston olía a cera de abeja, a pergamino viejo y al residuo frío y metálico de la niebla del puerto que se había filtrado permanentemente en las paredes de yeso. Unas ventanas altas y estrechas dejaban pasar haces de luz gris del Atlántico, que iluminaban el polvo suspendido sobre los bancos de caoba pulida en columnas lentas e indiferentes.

Arthur Penhaligon estaba de pie tras la barandilla de la defensa. Se había servido de un cuenco de agua fría y una navaja prestada para despojarse de la mugre del viaje, pero la arquitectura de su rostro se había alterado en los meses transcurridos desde que entró por primera vez en el comedor de Blackfriars. La franqueza ferviente y limpia del capellán de parroquia había desaparecido, sustituida por algo más duro y considerablemente más peligroso. Miró directamente al juez, un hombre llamado Gallowglass, y no pestañeó.

—¿Entiende el prisionero que un tribunal federal no es el confesionario de una parroquia? —preguntó Gallowglass con su voz cargada de la autoridad cansada de un hombre que ha presidido muchísimos pleitos que considera indignos de su tiempo.

—No soy un prisionero, Señoría —la voz de Arthur resonó en la sala con la inconfundible solvencia de una educación en Oxford aplicada a una convicción genuina—. Soy testigo de un crimen que

abarca dos continentes. Y entiendo que un tribunal es precisamente el escenario en el que la ley exige una rendición de cuentas honesta.

Nell estaba sentada en el primer banco, con las manos apretadas contra los muslos bajo los pliegues de una falda de lana prestada. Toby se sentaba a su lado, tan quieto que parecía habérsele olvidado respirar. Los niños de Blackfriars llenaban las tres primeras filas en un silencio que era, en sí mismo, una forma de testimonio —de ojos hundidos, flacos como palillos, imposiblemente jóvenes—; su presencia colectiva convertía las pretensiones doradas del tribunal en algo profundamente absurdo.

Elias Thorne ocupaba la mesa de la acusación. Flanqueado por tres hombres vestidos con trajes color carbón de corte inmaculado, se recostaba en su silla con la confianza asentada de un hombre que nunca ha necesitado que un juicio salga a su favor, porque invariablemente así sucedía. Le susurró algo a su abogado principal y la comisura de su fina boca se contrajo con una diversión apenas contenida.

—El tribunal reconoce el manifiesto proporcionado por el *Mary Rose* —anunció el juez Gallowglass, golpeando el estrado con su mazo de latón—. En él se afirma que treinta pupilos de la parroquia de Blackfriars, Londres, fueron transportados bajo un contrato de compraventa legal a las fábricas textiles de Lowell. Sr. Thorne, su abogado presentará la documentación.

El abogado de Thorne se levantó, alisándose las solapas con la compostura pausada de un hombre que se mueve en terreno amigo. —Señoría, la ley no admite ambigüedad en este asunto. Estos niños son trabajadores contratados, transportados bajo un instrumento de comercio debidamente notarizado. Este hombre —señaló hacia Arthur— es un ladrón común que agredió al oficial de un buque, violó un camarote privado y actualmente posee propiedades que pertenecen a mi cliente. Solicitamos la entrega inmediata de los trabajadores a la custodia del Sr. Thorne, y el arresto del fugitivo.

Colocó una hoja de pergamino sobre el estrado del juez. Era el contrato de compraventa fraudulento con el que se habían topado por primera vez en los muelles.

El juez Gallowglass observó a Arthur por encima de sus gafas. —¿Afirma usted que este documento es una falsificación? ¿Bajo qué argumentos?

Arthur metió la mano en su morral de cuero. Extrajo el grueso fajo de escrituras de contrato selladas con lacre —los documentos que habían recuperado de la caja fuerte de Silas Vance, que habían portado por las criptas de Londres y cuya protección había sobrevivido al Atlántico— y los llevó hasta el estrado con el paso deliberado y tranquilo de un hombre que comprende el peso preciso de lo que sostiene.

—Bajo el argumento de que un contrato de compraventa no es un instrumento de tutoría —afirmó Arthur, dejando las escrituras sobre la caoba—. Según la Enmienda a la Ley de Pobres británica, que regula el bienestar de estos niños, el director de una parroquia no tiene autoridad para vender a un pupilo como si fuera una bala de algodón. Puede transferir un contrato de aprendizaje. Una transferencia, sin embargo, requiere la contrafirma de una autoridad eclesiástica reconocida. Yo ostento esa autoridad. Mi firma no aparece en el documento del Sr. Thorne porque nunca la proporcioné.

Extendió las escrituras sobre el estrado. —Estas son las actas originales, Señoría, con el sello de lacre de la parroquia de Blackfriars. Podrá observar que el destino declarado de estos niños no son las fábricas de Lowell. Son las colonias de extracción de guano de la costa del Pacífico. El director Grendel no estaba colocando huérfanos en puestos de aprendizaje. Estaba llevando a cabo una transacción comercial con vidas humanas, vendiéndolas al mejor postor. El Sr. Thorne no compró mano de obra. Compró una masacre y la llamó asiento contable.

Un murmullo bajo y entrecortado recorrió la galería. El abogado de Thorne se lanzó hacia los documentos, pero el juez alzó una mano, ladrando una orden de silencio que calló la sala al instante.

—¡Esto es un tribunal marítimo, no un teatro moralista! —Thorne golpeó el suelo con su bastón de plata, y su pálida compostura empezó a resquebrajarse—. Las firmas de ese contrato de compraventa son válidas. Los sellos son de la parroquia. Exijo que el

tribunal desestime el testimonio de un hombre que actualmente se enfrenta a cargos de agresión y piratería.

—Los sellos son robados —Arthur se giró desde el estrado para encarar directamente a Thorne, bajando la voz a una calma controlada y quirúrgica que llegaba más lejos que un grito—. Las firmas pertenecen a hombres que actualmente están siendo investigados por los magistrados de Londres por malversación y tráfico de personas. Usted no compró a estos niños a la parroquia, Sr. Thorne. Se los compró a una organización criminal, y el documento que hay sobre ese estrado no es un contrato de compraventa. Es una confesión.

—No tiene pruebas de ninguna organización —el abogado de Thorne recuperó su aplomo profesional, cruzándose de brazos—. Tiene una colección de papeles y la palabra de un fugitivo. El tribunal no puede anular un instrumento notarizado basándose en la retórica de un acusado.

—Tengo algo considerablemente más sustancial que la retórica —Arthur se volvió de nuevo hacia el juez. Su mirada se desplazó brevemente al primer banco, encontrando a Nell en la abarrotada sala—. Llamo a Eleanor O'Malley al estrado de los testigos.

La sangre se retiró del rostro de Nell. Cada instinto que poseía, afilado por años de supervivencia en las calles de Cheapside, le gritaba que localizara las salidas.

Entonces, los dedos de Toby se deslizaron entre los suyos. Su agarre era pequeño y absolutamente firme.

Ella se levantó. Sus botas golpearon el suelo con un sonido seco y solitario en la inmensa sala. Caminó hacia el estrado de los testigos, con la espalda erguida en el mismo ángulo que había mantenido entre las cubas de la lavandería, en el cobertizo del cáñamo y por la cripta.

—Diga su nombre para el acta —entonó el secretario del tribunal.

—Nell —dijo ella, con una palabra que apenas salió de sus labios.

—Hable para que el tribunal pueda oírla —instruyó el juez Gallowglass.

—Eleanor O'Malley —miró a Thorne. El industrial la examinaba con el desprecio frío y categórico de un hombre que tasa el ganado

que ha decidido no comprar. El miedo en su pecho no se desvaneció. Se transformó—. Nell.

Arthur dio un paso al frente, situándose a una distancia respetuosa del estrado. No la miró con lástima. La miró con la misma confianza absoluta e inquebrantable con la que ella le había entregado una vez un trozo de cera de zapatero y le había pedido que llevara su futuro en el bolsillo de su abrigo.

—Señorita O'Malley —dijo Arthur, con un tono preciso y pausado —. Describa para el tribunal la naturaleza del trabajo que realizaban los internos del hospicio de Blackfriars. Empiece por las cubas de la lavandería.

Nell miró al juez. Luego miró a la galería: las filas de hombres prósperos con abrigos hechos a medida, hombres que poseían barcos y fábricas, hombres que nunca se habían preguntado dónde se prensaba, doblaba y planchaba la tela barata que vestía a sus esposas antes de llegar a los escaparates.

—Las cubas son de hierro —empezó, con voz monótona. Había eliminado deliberadamente toda emoción de ella, comprendiendo con el instinto de una ladrona experimentada que la ausencia de dramatismo era la actuación más devastadora de todas—. Se llenan con jabón de lejía y agua hirviendo. Cuando la matrona te asignaba a las cubas como castigo, no había herramientas. Usabas las manos directamente. Sumergías los brazos y restregabas los uniformes de la parroquia contra las tablas de hierro corrugado dentro del agua hirviendo, y no parabas hasta que la matrona te soltaba o hasta que ya no podías mantenerte erguida.

Extendió las manos y las colocó sobre la barandilla del estrado. Les dio la vuelta. Con las palmas hacia arriba.

La sala se quedó en silencio de una forma distinta a como lo había hecho antes. Los abogados dejaron de mover sus papeles. El juez Gallowglass se inclinó hacia delante. Las cicatrices eran imposibles de malinterpretar: el cordaje tenso y pálido de las quemaduras de agua hirviendo en sus palmas, sobre el cual se superponía el tejido rosado más reciente de la fricción con los diales de las cajas fuertes; un documento escrito en carne destruida que

era anterior a cualquier instrumento fraudulento que hubiera en el estrado del juez.

—El director Grendel nos decía que éramos afortunados —continuó Nell, con la mirada fija en el rostro de Thorne con la quietud absoluta de una mujer que ha dejado de tenerle miedo—. Se ponía ante nosotros en el comedor con sus botones de latón y una expresión de desprecio absoluto, y nos decía que el hospicio era un regalo de la parroquia. Los regalos, sin embargo, no se venden. Lo que el director Grendel vendía eran niños que no tenían a nadie que preguntara adónde habían ido cuando dejaban de aparecer en el dormitorio. El Sr. Thorne no compró mano de obra para una fábrica. Compró la ausencia de cualquier investigación sobre lo que fue de ellos.

—¡Objeción! —el abogado de Thorne se puso en pie, con su compostura totalmente deshecha—. ¡Este testimonio es una conjetura incendiaria de una ladrona confesa! ¡La testigo ha reconocido haber residido en los cobertizos de castigo!

—Residí en los cobertizos de castigo —dijo Nell, alzando la voz lo justo para que se la oyera por encima de la objeción— porque me negué a entregar a mi hermano a los manifiestos de carga. Residí allí porque había visto los nombres de los niños que figuraban como fallecidos por fiebre y enterrados en los fosos de cal sin una lápida. Residí allí porque tenía doce años cuando comprendí por primera vez lo que significa la palabra «fallecido» en el lenguaje de un hombre que considera a treinta niños una unidad comercial —miró a Thorne con una franqueza inquebrantable—. ¿Compraste también los fosos de cal, Sr. Thorne? ¿Estaban incluidos en la transacción o es un servicio suplementario?

—Es suficiente —el juez Gallowglass golpeó con el mazo dos veces—. Señorita O'Malley, puede retirarse.

Nell retiró las manos de la barandilla. No tenía prisa. Caminó de vuelta a su asiento con el mismo paso medido con el que se había acercado al estrado, se sentó al lado de Toby y entrelazó sus dedos cicatrizados con los de él, que estaban limpios.

Arthur se desplazó al centro de la sala. No se dirigió al juez, sino que se giró para mirar a la galería.

—Ustedes representan al puerto de Boston —dijo Arthur, con la cadencia de un hombre que antaño habló desde los púlpitos y que, desde entonces, ha aprendido que la calidad del silencio de una congregación es la verdadera medida de si las palabras están calando—. Presentan esta ciudad al mundo como la cuna de la libertad, el suelo sobre el que hombres libres declararon por primera vez su negativa fundamental a ser gobernados sin su consentimiento. No discuto esa historia. Solo les pido que consideren qué es lo que les exige esta mañana. Si treinta niños salen de esta sala bajo la custodia de Elias Thorne, no habrán juzgado una disputa comercial. Habrán ratificado un mercado de esclavos. La diferencia entre un contrato de compraventa y unos grilletes es una cuestión de papeleo, y el papeleo en este caso es fraudulento.

El juez Gallowglass dejó las gafas sobre el estrado. Guardó silencio durante un largo momento. —Sr. Penhaligon. El contrato de compraventa presentado por el demandante está notarizado bajo los estatutos marítimos de una jurisdicción extranjera. No puedo desestimar un instrumento ejecutado legalmente basándome solo en un testimonio, por muy convincente que sea.

—Puede desestimarlo —replicó Arthur— basándose en que la institución que lo ejecutó ya no existe.

Metió la mano en su morral por última vez. Sacó una sola hoja de papel —un telegrama, con la tinta apenas seca de la mañana anterior— y la llevó hasta el estrado.

—Transmití un relato completo de estos hechos al obispo de Londres en el momento en que atracamos en este puerto —afirmó Arthur—. El obispo ha suspendido formalmente a la Junta de Guardianes de la parroquia de Blackfriars y ha remitido el asunto a los investigadores federales. Los hombres cuyos sellos de lacre aparecen en ese contrato de compraventa se encuentran actualmente en la prisión de Newgate a la espera de juicio por tráfico de personas en aguas internacionales. El documento que el Sr. Thorne ha presentado ante este tribunal no es simplemente una falsificación. Es el principal instrumento probatorio en una instrucción penal que se está llevando a cabo en Londres —hizo una pausa de exactamente un segundo—. No compró a estos niños a

una parroquia. Se los compró a hombres que en este mismo instante están redactando confesiones para evitar la horca. Solicito respetuosamente que la transacción sea declarada nula.

El silencio que siguió fue ese silencio particular de una sala en la que cada persona presente está calculando por su cuenta lo que acaba de ocurrir.

El rostro de Elias Thorne se había vuelto del color grisáceo del sebo viejo. Miró a su abogado. Este ya estaba recogiendo papeles con la eficacia silenciosa y experimentada de un hombre que ha aprendido a identificar el momento exacto en el que una sala de tribunal se convierte en un lugar donde no desea estar.

El juez Gallowglass leyó el telegrama. Estudió las escrituras de contrato. Miró, finalmente, a las tres filas de niños que permanecían inmóviles en la galería, observándolo con la quietud paciente y vigilante de quienes han aprendido a no confiar en los resultados hasta que la puerta está físicamente abierta y ellos se encuentran al otro lado.

El mazo descendió.

—Este tribunal considera que el contrato de compraventa presentado por las fábricas textiles de Lowell es nulo de pleno derecho, al haber sido el instrumento ejecutado por partes que actualmente se encuentran bajo procesamiento federal y que, por tanto, carecen de autoridad legal vinculante —Gallowglass plegó sus gafas—. Los pupilos de la parroquia de Blackfriars quedan por la presente bajo la custodia temporal de la Autoridad Portuaria de Boston, a la espera de una audiencia de tutela permanente. Sr. Penhaligon, permanecerá en esta ciudad como su protector eclesiástico designado hasta que se convoque la audiencia —miró a Thorne con la expresión de un hombre que acaba de identificar algo desagradable en la suela de su bota—. Sr. Thorne. Le aconsejo encarecidamente que abandone esta sala antes de que me vea inclinado a indagar con más detalle en la naturaleza precisa de su familiaridad con estos canales ilegales.

Thorne no necesitó más persuasión. Cogió su bastón y salió con la dignidad rígida y furiosa de un hombre que pretende fingir que

esto no ha ocurrido, con sus guardias desfilando tras él como una marea en retirada.

La sala del tribunal saltó por los aires. Meg apretó su cara contra la coronilla de Bessie y lloró sin disculparse. Jemmy lanzó un puñetazo al aire con un grito seco y sin palabras de pura vindicación. Toby hundió la cara contra el costado de Nell, con su menudo cuerpo temblando por un alivio demasiado grande para que su organismo pudiera contenerlo en silencio.

Arthur estaba de pie junto a la barandilla de la defensa. Inclinó la cabeza. El peso acumulado de los meses precedentes —los sermones, las criptas, la caja fuerte del abogado, la bodega de carga cerrada, el atizador de hierro, el Atlántico en febrero— pareció asentarse sobre sus hombros de golpe. El fuego que lo había mantenido en pie durante el viaje no se extinguió. Simplemente osciló, temporalmente, hasta quedar reducido a un ascua exhausta.

Nell cruzó la sala. No pronunció ningún discurso. Se plantó ante él, le tomó la mano —la que no tenía cicatrices— y se la apretó.

—Hemos ganado, Arthur.

Él levantó la cabeza. Miró su rostro: el hollín aún incrustado en las arrugas junto a sus ojos, la piel rosada y tensa de sus nudillos, la inteligencia absoluta e implacable que lo había evaluado por primera vez a través del comedor de un hospicio e identificado, con perfecta exactitud, dónde residían exactamente sus debilidades y cómo explotarlas. Levantó la mano libre y recorrió la línea de su mandíbula con el pulgar.

—Hemos ganado el día —dijo él—. Seguimos sin un penique en una ciudad que no conoce nuestros nombres. La guerra mantiene sus dimensiones actuales.

—Tenemos las escrituras —la antigua luz volvió a sus ojos, peligrosa, precisa y sin atenuarse por todo lo que había intentado extinguirla—. Y tú tienes la suficiente destreza con la pluma para escribir una carta muy cara a la Junta de Guardianes de Londres. Creen que nos ahogamos en el Támesis. Sospecho que esa creencia errónea vale una suma considerable para ellos.

Arthur dejó escapar una risa suave y agotada; el sonido de un hombre que ha dejado de sorprenderse por ella y le está agradecido.

Le ofreció el brazo para que se agarrara y se dirigió hacia las puertas. —Eres una influencia verdaderamente terrible para un hombre de fe, Eleanor O'Malley.

—Tú eras un hombre de fe —replicó Nell—. Actualmente eres un criminal caído en desgracia a la espera de una audiencia de tutela en un puerto extranjero. El capítulo eclesiástico parece haber concluido.

—Soy granjero —la corrigió Arthur, y las palabras tenían el peso de una promesa que se había hecho en una tonelería gélida de los barrios bajos de Londres y que había sobrevivido a todo lo que le habían lanzado después—. Acordamos eso hace tiempo.

Salieron de la sala del tribunal a la mañana brillante y fría de Boston. El cielo sobre el puerto era del azul nítido e inequívoco de un día que ha decidido ser decente tras una larga racha de mal tiempo. Detrás de ellos, los treinta huérfanos les seguían en una columna andrajosa y victoriosa, parpadeando ante la luz sin obstáculos.

—¿Adónde ahora? —preguntó Jemmy, entrecerrando los ojos ante las calles anchas y desconocidas.

Arthur metió la mano en el bolsillo de su abrigo. Sacó la última bolsa de terciopelo con oro —la que Nell le había puesto en las manos durante el caos en los muelles— y la alzó al aire nítido de la mañana.

—A un hotel —dijo Arthur—. Uno muy grande, con camas muy suaves y un comedor con un menú que no incluya gachas.

—¿Y después? —Toby miró a Nell con la expresión de un niño que ha aprendido a hacer la pregunta en voz baja, habiendo pasado tiempo suficiente en lugares donde la respuesta no era una que deseara oír en voz alta.

Nell miró a Arthur. Él le devolvió la mirada, y la promesa seguía allí, intacta: la de las ventanas y la tierra, y el lujo específico y radical de una puerta que solo se cierra por dentro.

—Y después —dijo Nell—, nos vamos a comprar una granja.

CAPÍTULO 20



Nell clavó el clavo de hierro oxidado directamente en la madera podrida del marco de la ventana, golpeando el metal con el pesado tacón de cuero de su bota. La rudimentaria modificación atascó el panel inferior de forma permanente en el marco. Probó el cristal, empujando con sus palmas cicatrizadas hacia abajo. La ventana no cedió.

—La salida de incendios está asegurada —Nell volvió a apoyar la bota en los tablones combados del suelo y se giró hacia la habitación angosta y lúgubre—. Si alguien intenta acceder a la vivienda desde el callejón trasero, tendrá que romper el cristal. El ruido nos dará exactamente tres segundos de margen.

—Tres segundos son insuficientes para evacuar a treinta niños por una sola escalera estrecha —dijo Arthur, sentado a la mesa de madera desconchada en el centro de la habitación. Limpiaba metódicamente el pesado atizador de hierro que llevaba consigo desde la tonelería de Cheapside.

—Son tres segundos más de los que teníamos ayer —Nell cruzó la habitación, esquivando las figuras dormidas de los huérfanos apilados sobre colchones finos rellenos de paja.

Llevaban siete días ocupando la vivienda del South End. Los barrios irlandeses de Boston proporcionaban un anonimato absoluto, pero exigían un alto precio físico. El apartamento de dos habitaciones olía a repollo hervido, lana húmeda y al hedor

penetrante de las zanjas de alcantarillado abiertas que bordeaban las calles embarradas allá abajo. Nell y Jemmy habían pasado toda la semana realizando incursiones de suministros de alto riesgo y bajo rendimiento en los mercados locales, consiguiendo apenas el pan duro y las hortalizas suficientes para evitar que los niños murieran de hambre.

El deterioro físico era evidente. El rostro de Arthur presentaba ahora rasgos hundidos, con los pómulos marcándose con severidad contra su piel pálida. La estropeada camisa de lino que vendaba su pecho le colgaba holgada. Nell no estaba mejor. Su ropa colgaba de sus hombros como harapos en un espantapájaros, y las cicatrices de las quemaduras de sus manos se tensaban, resecas, en la estancia llena de corrientes de aire.

—El telegrama transatlántico debería haber llegado ayer —Meg estaba sentada en el rincón, meciendo a la pequeña Bessie—. La Junta de Guardianes recibió la carta. ¿Por qué retrasan los fondos?

—No los retrasan —Arthur dejó el atizador de hierro sobre la mesa—. Deliberan. Evalúan la amenaza. Los hombres que controlan millones de libras no entregan diez mil así como así sin intentar verificar la extorsión.

Tres golpes secos, meticulosamente espaciados, sonaron en la puerta exterior de madera.

El sonido silenció la vivienda al instante.

No era el aporreo errático y borracho de un vecino. No era el golpeo pesado y autoritario de un agente de Boston. Era preciso. Era deliberado.

Jemmy desenvainó su cuchillo oxidado, deslizándose sin ruido hacia las sombras junto al marco de la puerta. Nell se movió al instante hacia la mesa, con la mano cerca del atizador de hierro. Arthur no se levantó. Permaneció sentado, irguiendo su postura en una línea rígida y aristocrática.

—Abre, Jemmy —ordenó Arthur, con una voz desprovista de cualquier temblor.

Jemmy alargó la mano, descorrió el cerrojo y tiró de la madera hacia dentro.

Un hombre aguardaba en el pasillo estrecho iluminado por gas. No vestía uniforme de policía. Llevaba un abrigo de lana color carbón a medida, un cuello blanco almidonado y un bombín oscuro. Tenía un bigote espeso y meticulosamente recortado, y unos ojos pálidos y calculadores que recorrieron de inmediato el interior de la escuálida habitación, catalogando a cada ocupante en una fracción de segundo.

El hombre cruzó el umbral sin pedir permiso. Se desabrochó el abrigo, revelando deliberadamente el pesado revólver Colt con empuñadura de hueso que descansaba en una funda de cuero al hombro.

—Arthur Penhaligon —dijo el hombre. Su acento americano era culto, afilado y carente de calidez—. Es usted un hombre notablemente difícil de localizar. Me ha llevado tres días sobornar a vigilantes portuarios e interrogar a vendedores del mercado para rastrear a un sacerdote desaparecido y treinta ratas callejeras hasta este suburbio en particular.

—Lleva ventaja, caballero —Arthur no le ofreció asiento—. Usted conoce mi nombre. Yo no conozco el suyo.

—Mi nombre es Caleb Mercer —el hombre metió la mano en el bolsillo de su abrigo y extrajo una cartera de cuero plana. La abrió de golpe, mostrando una placa de plata pulida—. Agencia Nacional de Detectives Pinkerton. Represento los intereses privados de la Junta de Guardianes de Londres.

—La Junta ha contratado a un mercenario —afirmó Nell tajante, dando un pequeño paso adelante para interponerse entre el agente de la Pinkerton y los niños dormidos.

Mercer dirigió sus ojos pálidos hacia ella. Evaluó su ropa manchada de hollín, su postura defensiva y las manos cicatrizadas que descansaban a sus costados.

—Soy investigador, señorita —corrigió Mercer con suavidad—. Resuelvo problemas para clientes adinerados. Y actualmente, ustedes son el problema. Mis empleadores recibieron una carta bastante incendiaria exigiendo una suma de dinero asombrosa. Enviaron un telegrama a mi agencia con un objetivo único: verificar

la existencia de las escrituras de servidumbre robadas y recuperarlas.

—Recuperarlas —repitió Arthur, con un tono cargado de absoluta condescendencia—. ¿Le informó la Junta del contenido de esas escrituras, señor Mercer? ¿Le informaron de que vendieron a treinta seres humanos a Elias Thorne para que perecieran en sus fábricas textiles?

—Mi agencia no se preocupa por la moralidad del comercio internacional —Mercer caminó lentamente hacia el centro de la habitación. Se detuvo en el extremo opuesto de la mesa de madera, mirando a Arthur desde arriba—. Nos preocupamos por los derechos de propiedad. Ustedes poseen propiedad robada. Estoy aquí para facilitar su devolución.

Mercer volvió a meter la mano en su abrigo. No tocó el revólver. Extrajo un pedazo de papel bancario nítido y doblado. Lanzó el papel sobre la madera desconchada. Se deslizó por la mesa, deteniéndose a centímetros de las manos de Arthur.

—Eso es un giro bancario certificado emitido por el First National Bank de Boston —declaró Mercer—. Está extendido por un importe de quinientas libras. Mis empleadores me autorizan a ofrecer esta suma como gesto de buena voluntad. Entréguenme las escrituras esta noche, cojan las quinientas libras y desaparezcan en el oeste americano. La Junta dará el asunto por cerrado.

Arthur no miró el giro bancario. Miró a Mercer.

—Quinientas libras —Arthur dejó que el silencio se prolongara durante tres segundos agónicos—. Entra usted en una vivienda gélida. Observa a treinta niños hambrientos. Observa a un sacerdote caído en desgracia y a una chica vestida con harapos. Calcula nuestra absoluta desesperación y asume que aceptaremos una fracción de lo exigido simplemente para sobrevivir al invierno.

—Quinientas libras son una fortuna para una rata de suburbio —Mercer golpeó la mesa con su dedo enguantado—. Compran comida. Compran un pasaje para salir de este tugurio. La alternativa es significativamente menos provechosa.

—La alternativa es la violencia —intervino Nell, con voz dura e implacable.

—La alternativa son las autoridades federales —Mercer desvió su atención de nuevo hacia Nell. Reconoció que ella era el centro táctico de la habitación—. Si rechazan el acuerdo, saldré de este edificio y me pondré en contacto de inmediato con el magistrado Harrison. Le informaré de que he localizado al fugitivo que asaltó al oficial de un barco. Le informaré de que retienen a treinta menores en contra de su tutela legal. Los agentes asaltarán esta vivienda. Lo ahorcarán por piratería, señor Penhaligon, y los niños regresarán con Elias Thorne.

La amenaza pendía en el aire estancado, pesada y letal. Mercer había articulado a la perfección el miedo exacto que los acechaba desde los muelles. Había convertido la ley en un arma.

Nell sintió su pulso martillear violentamente contra sus costillas. Miró el pesado revólver Colt sujeto al pecho de Mercer. Calculó la distancia entre su mano y el atizador de hierro. Podría golpearlo antes de que él sacara el arma de la funda, pero matar a un agente de la Pinkerton desencadenaría una cacería por toda la ciudad de la que nunca podrían escapar.

Arthur se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa. Finalmente, bajó la vista hacia el giro bancario. Alargó la mano derecha y recogió el papel.

—Una evaluación táctica brillante, señor Mercer —Arthur examinó el giro, con el rostro convertido en una máscara impenetrable—. Aísla al objetivo. Aplica presión psicológica. Ofrece una solución inmediata e inadecuada disfrazada de salvación. Es usted un verdadero profesional.

—Soy un pragmático —respondió Mercer, ganando confianza—. Las escrituras, señor Penhaligon.

Arthur rasgó deliberadamente el giro bancario justo por la mitad.

Apiló los dos trozos de papel y volvió a rasgarlos. Dejó caer el papel triturado sobre la mesa como nieve desechada.

Los ojos pálidos de Mercer se entrecerraron. Su suficiencia se resquebrajó ligeramente. Bajó la mano, dejándola descansar de forma casual a centímetros de la culata de su revólver.

—No entiende qué bando tiene la sartén por el mango en esta sala, señor Mercer —declaró Arthur, con la voz descendiendo a un

registro mortalmente bajo y tranquilo—. Asume que estamos desesperados. No lo estamos. Ya estamos muertos. Morimos en una cripta inundada bajo Blackfriars. Morimos de tifus en la bodega del *Mary Rose*. No nos queda absolutamente nada que perder. Pero sus empleadores en Londres lo tienen todo por perder.

—Mis empleadores están a un océano de distancia —rebatió Mercer, endureciendo su tono.

—Sus empleadores están sentados sobre un barril de pólvora, y yo tengo la cerilla —Arthur se levantó lentamente, obligando a Mercer a inclinar la cabeza hacia arriba—. Si llama a los agentes, un juez federal exigirá ver las escrituras de servidumbre originales para verificar la reclamación de Thorne. Yo le entregaré los documentos al juez. El juez verá los sellos de lacre. El juez se dará cuenta de que Elias Thorne está importando mano de obra esclava ilegal en el estado de Massachusetts.

—Thorne está protegido.

—Thorne es vulnerable al escándalo público —Arthur hundió la cuña táctica con más fuerza—. Los sindicatos textiles americanos están en huelga contra la mano de obra barata. Si el *Boston Globe* publica la historia de que Elias Thorne compra huérfanos extranjeros de un sindicato corrupto de Londres, sus contratos gubernamentales se desvanecerán de la noche a la mañana. Thorne irá a una prisión federal. ¿Y a quién cree que implicará para reducir su condena?

Mercer permaneció en silencio. Su mente táctica procesó rápidamente la realidad legal de la amenaza.

—Thorne implicará a la Junta de Guardianes de Londres —continuó Arthur, y su voz resonó en la pequeña estancia—. Nombrará a los hombres que le vendieron el cargamento. Los magistrados británicos arrestarán a toda la Junta. Así que, señor Mercer, debe hacerse una pregunta muy importante. ¿Lo envió la Junta aquí para ahorrar quinientas libras, o lo enviaron porque están absolutamente aterrorizados por la alternativa de diez mil libras?

Mercer se quedó mirando el giro bancario roto sobre la mesa. La dinámica del interrogatorio se había invertido. Había entrado en la habitación con la intención de intimidar a un sacerdote hambriento. Estaba siendo desmantelado por una clase magistral de extorsión.

—La Junta autorizó una retirada máxima de dos mil libras —Mercer intentó una última y desesperada negociación, manteniendo su fachada profesional—. Puedo conseguir los fondos para mañana por la mañana.

—La demanda era de diez mil libras —Nell dio un paso al frente, uniéndose a Arthur a la mesa. Colocó sus manos cicatrizadas planas contra la madera, asegurándose de que Mercer viera la prueba brutal e innegable de la violencia a la que ya habían sobrevivido—. Ni nueve mil. Ni dos mil. Diez. No negociamos con hombres que venden niños.

Mercer miró el tejido rosado y rugoso que cubría sus nudillos. Miró a los treinta huérfanos de ojos hundidos que lo observaban desde las sombras. Miró al sacerdote desaliñado y herido frente a él. Finalmente se dio cuenta de la absoluta y aterradora verdad.

Aquella gente no cedería. Reducirían a cenizas toda la ciudad de Boston, y a ellos mismos con ella, antes de rendirse.

—Deben demostrar que tienen los documentos —Mercer cambió de táctica, abandonando la intimidación—. No puedo autorizar la entrega de diez mil libras de los fondos de mis clientes basándome en amenazas verbales. Debo verificar físicamente los sellos de lacre.

—No guardo las escrituras en esta vivienda —mintió Arthur con impecable naturalidad, con expresión indescifrable—. Los documentos están en una caja de seguridad en un lugar neutral. Los verificará cuando se transfieran los fondos.

—Exijo una prueba de vida —insistió Mercer, con la mano aún cerca de su revólver—. Muéstreme una escritura. Solo una. Demuestre que no las perdió en el Atlántico.

Arthur no desvió la mirada del agente de la Pinkerton. Metió la mano bajo su abrigo estropeado y extrajo el maletín de cuero que llevaba sujeto con correas contra las costillas. Desabrochó la hebilla de latón con una mano. Metió la mano dentro y sacó un único trozo de pergamino grueso.

No le entregó el documento a Mercer. Lo colocó plano sobre el centro de la mesa, manteniendo los dedos firmemente presionados contra el borde inferior.

Mercer se inclinó hacia delante, examinando el pesado sello de lacre carmesí estampado en la esquina de la vitela. Leyó el texto en latín, verificando las firmas de los magistrados londinenses. El documento era auténtico. La amenaza era absoluta.

—¿Satisfecho? —Arthur deslizó la escritura de vuelta por la madera, devolviéndola al maletín.

Mercer se enderezó. Se abrochó el abrigo de color carbón, cubriendo el pesado revólver. La hostilidad desapareció de su postura, sustituida por un pragmatismo empresarial frío y calculador. Había evaluado el riesgo. Había verificado el activo. Su trabajo había terminado.

—La oficina de telégrafos abre mañana a las seis de la mañana —Mercer se ajustó el bombín—. Telegrafiaré a la Junta de Guardianes. Les informaré de que la amenaza es legítima, los objetivos son inflexibles y que las diez mil libras íntegras deben transferirse de inmediato.

—¿Dónde está el punto de intercambio? —preguntó Nell, con su mente táctica saltando de inmediato a la logística de la transferencia física.

—En el First National Bank de Boston. Sucursal de State Street —Mercer miró a Arthur—. Mañana al mediodía. Yo llevaré el giro bancario certificado. Ustedes llevarán el maletín con las otras veintinueve escrituras. Haremos el intercambio en el despacho privado del director del banco. Sin armas. Sin movimientos bruscos.

—Allí estaremos —afirmó Arthur.

—No lleguen tarde, señor Penhaligon —Mercer se dirigió a la puerta—. Mis empleadores no son conocidos por su paciencia. Si no aparecen al mediodía, asumiré que la negociación ha fracasado y me pondré en contacto con el magistrado Harrison.

Mercer salió al pasillo iluminado por gas. Jemmy cerró de un golpe la pesada puerta de madera tras el agente y echó de inmediato el cerrojo de hierro.

El silencio regresó a la angosta vivienda, pero se sentía diferente. El peso asfixiante y aplastante del enfrentamiento se desvaneció, sustituido por una enorme y abrumadora descarga de adrenalina. El

agente de la Pinkerton había cedido. La Junta de Guardianes iba a pagar.

Meg dejó escapar un suspiro largo y tembloroso, hundiendo el rostro en el pelo de Bessie. Jemmy se apoyó contra el marco de la puerta, con las manos temblándole ligeramente mientras guardaba por fin su hoja oxidada.

Arthur permaneció de pie junto a la mesa. Agarró el borde de la madera desconchada hasta que sus nudillos se tornaron blancos. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas por la pura intensidad psicológica del enfrentamiento. Acababa de doblegar a un investigador profesional armado y lo había quebrado con nada más que teoría legal y absoluta arrogancia.

Nell rodeó la mesa. Se detuvo justo frente a él.

—Has roto el giro bancario por la mitad —susurró Nell con una voz cargada de absoluto asombro—. Has tenido quinientas libras en la mano, lo suficiente para alimentarnos durante un año, y lo has hecho pedazos.

—Si hubiera aceptado el giro, habría sacado su revólver y exigido el maletín —exhaló Arthur, y su postura rígida y aristocrática finalmente se derrumbó. Se apoyó pesadamente en la mesa mientras el cansancio físico tomaba el control—. Tenía que demostrar que el dinero no significaba nada en comparación con nuestra posición de fuerza.

—Has superado a un Pinkerton —Nell estiró los brazos y lo agarró de ellos para sostenerlo—. Has destrozado toda su estrategia.

—Hemos destrozado su estrategia —Arthur la miró, con sus ojos oscuros ardiendo con una intensidad feroz e innegable—. Te ha mirado las manos, Eleanor. Ha visto las cicatrices y se ha dado cuenta de que éramos inmunes a sus amenazas porque ya habíamos sobrevivido a cosas peores.

Nell sintió un calor repentino y aterrador subirle por el pecho. La absoluta certeza en su voz despojó sus últimas defensas. Había pasado toda su vida creyendo que estaba sola en la oscuridad. Había creído que la confianza era una debilidad que los depredadores aprovechaban.

Pero Arthur Penhaligon no era un depredador. Era el escudo que ella siempre había necesitado.

—Mañana al mediodía —murmuró Nell, deslizando sus manos por los brazos de él hasta apoyarlas en sus hombros—. Entramos en el banco. Les entregamos el papel. Cogemos el dinero.

—Y entonces, compramos la granja.

CAPÍTULO 21



—Ponga el maletín sobre la caoba, Sr. Penhaligon.

Caleb Mercer estaba de pie junto a un enorme escritorio con tapete de cuero, situado exactamente en el centro del despacho privado del director del banco. El First National Bank de Boston proyectaba un poder financiero absoluto e inquebrantable. Paneles de roble oscuro revestían las paredes. Gruesas alfombras persas tejidas silenciaban sus pasos. El aire olía a humo de puros caros, a cuero engrasado y al aroma nítido y metálico de las monedas recién acuñadas.

Arthur no desabrochó la correa de cuero de inmediato. Se quedó frente al agente de los Pinkerton; su abrigo destrozado creaba un contraste discordante y ofensivo con aquel entorno corporativo impoluto. Miró al director del banco, un hombre corpulento con gafas que permanecía inmóvil tras el escritorio, claramente aterrorizado por la tensión que asfixiaba su oficina.

—Muéstreme la letra, Mercer —exigió Arthur, manteniendo su mano izquierda firmemente sujeta sobre la solapa de cuero del maletín.

Mercer metió la mano en su abrigo color carbón hecho a medida. Extrajo un trozo rígido y rectangular de vitela color crema. Dejó el papel sobre la caoba pulida y, con el dedo índice enguantado, lo deslizó hacia el centro del escritorio.

—Diez mil libras Grendel, convertidas a su equivalente estadounidense en certificados de oro federales. —Mercer mantuvo el dedo presionado contra el borde inferior del papel—. Giradas contra la reserva de Londres, autorizadas directamente por el presidente de la Junta de Guardianes. Los fondos se encuentran físicamente dentro de la cámara de acero bajo nuestras botas. El director ya ha verificado la transferencia.

Arthur se inclinó hacia delante. Escrutó la pesada tinta negra, los sellos financieros estampados y las firmas de autorización. No era una promesa de riqueza. Era capital absoluto y líquido. Era el precio de sus vidas, impreso en una sola hoja de papel.

—Las escrituras —apremió Mercer, con sus ojos pálidos desprovistos de emoción.

Arthur desabrochó la hebilla de latón. Metió la mano en el maletín y extrajo el grueso fajo de pergaminos pesados. Colocó los veintinueve contratos de servidumbre sobre el escritorio de caoba, manteniendo la mano apoyada con firmeza sobre la hoja superior. Los sellos de lacre rojo, estampados con la insignia del hospicio de Blackfriars, brillaban tenuemente bajo las lámparas de gas.

—Cuéntelos —instruyó Arthur—. Verifique los sellos. Verifique las firmas.

Mercer cogió el fajo y examinó la primera escritura, acercando el sello de lacre a la luz para asegurarse de que el escudo de la parroquia permaneciera intacto. Dio la vuelta al pesado pergamino, comprobando las firmas de autorización de los corruptos magistrados de Londres. Dejó a un lado el documento verificado y pasó al segundo.

Nell estaba de pie cerca de las pesadas puertas de roble del despacho. No miraba el dinero. No miraba las escrituras. Mantenía la espalda apoyada contra la madera, con los ojos siguiendo las ventanas de cristal esmerilado que separaban el despacho privado de la sala principal del banco. Observaba las sombras de los guardias armados del banco que patrullaban afuera. Calculó la distancia entre la mano derecha de Mercer y la pistolera de hombro oculta bajo su abrigo. Permanecía tensa, anticipando la trampa. Los

hombres que controlaban diez mil libras no las entregaban sin intentar una última traición.

El silencio en el despacho se prolongó durante minutos agónicos, roto únicamente por el sonido seco y nítido de Mercer al pasar las pesadas páginas de pergamino.

—Veintisiete —murmuró Mercer, dejando a un lado otra escritura —. Veintiocho. Veintinueve.

El agente Pinkerton apiló los contratos verificados, golpeando los bordes contra el escritorio de caoba para alinear el pergamino a la perfección. Metió la mano en su abrigo y extrajo un grueso sobre de manila. Deslizó las escrituras en su interior y cerró el broche de latón.

—Los documentos están verificados —Mercer se guardó el sobre en el bolsillo interior. Levantó el dedo de la letra bancaria y se alejó del escritorio—. El intercambio se ha completado, Sr. Penhaligon. Los fondos son suyos.

Arthur alargó la mano. Sus largos dedos se cerraron sobre la vitela de color crema. Levantó el papel de la madera. No le tembló la mano. Dobló la letra exactamente por la mitad y la guardó en el bolsillo interior de su chaleco destrozado.

—Comprende las condiciones de este intercambio, Mercer — afirmó Arthur, clavando sus ojos oscuros en el investigador—. Si Thorne intenta perseguir a los niños, o si la Junta intenta enviar a otro agente a través del Atlántico, enviaré un cable a los magistrados de Londres con las copias del libro de contabilidad que he mantenido ocultas.

—Mis empleadores han comprado su silencio, Sr. Penhaligon — Mercer se ajustó el bombín—. No tienen ningún interés en proseguir con un conflicto secundario. Ha desmantelado su operación. Reconocen la derrota. Simplemente desean olvidar que existe. Le sugiero encarecidamente que les ofrezca la misma cortesía.

Mercer se volvió hacia la puerta. Nell no se apartó de los paneles de roble de inmediato. Se quedó mirando al agente Pinkerton, con sus manos cicatrizadas fuertemente apretadas bajo el chal raído. Mercer se detuvo a dos pies de ella, con sus ojos pálidos reconociendo su postura letal y defensiva.

—La guerra ha terminado, señorita —dijo Mercer en voz baja, abandonando la intimidación profesional—. Ha ganado. Abra la puerta.

Nell llevó la mano a su espalda y agarró el pomo de latón pulido. Accionó el pestillo y tiró de la pesada hoja de roble hacia dentro. Mercer pasó por su lado sin mirar atrás, saliendo a la bulliciosa planta del banco y desapareciendo entre la multitud de clientes adinerados.

—Sr. Penhaligon. —El director del banco habló por fin, con la voz ligeramente temblorosa. Arrastró un grueso libro de contabilidad de cuero sobre el escritorio, abriéndolo por una página en blanco—. ¿Tiene intención de retirar hoy la suma total en moneda física, o desea abrir una cuenta en nuestra institución?

—No voy a llevar diez mil libras en oro federal por las calles de Boston. —Arthur se acercó al escritorio—. Retiraré cincuenta libras en denominaciones pequeñas para gastos inmediatos. El saldo restante permanecerá en una cuenta segura a mi nombre. Prepare el papeleo.

La mecánica burocrática de la transacción requirió otros treinta minutos. Nell permaneció apostada junto a la puerta, con el corazón martilleando un ritmo frenético y errático contra las costillas. Arthur firmó el enorme libro de contabilidad; su caligrafía elegante aseguraba su absoluta independencia financiera. El director entregó a Arthur una gruesa bolsa de lona que contenía las cincuenta libras en moneda física, junto con una pequeña libreta de depósito encuadernada en cuero que verificaba el saldo restante.

—Vámonos. —Arthur se guardó la libreta en el bolsillo, asiendo con fuerza la bolsa de lona.

Salieron del banco y pisaron el pavimento gélido y soleado de State Street. El viento de Boston soplaba desde el puerto y les atravesaba las finas ropas, pero el frío se sentía distinto. Carecía del peso aplastante y letal de las semanas anteriores.

Arthur se detuvo cerca del borde de la acera. Miró la bolsa de lona que tenía en la mano. Levantó la vista hacia los imponentes edificios de granito que los rodeaban. Soltó una exhalación larga y

entrecortada; su armadura aristocrática se estaba disolviendo por fin.

—Lo hemos logrado —susurró Arthur; las palabras portaban un peso profundo y asombroso—. De verdad lo hemos logrado.

Nell no lo celebró. Mantenía la cabeza en movimiento, escudriñando los carruajes de caballos que pasaban y a los peatones que abarrotaban la acera. Analizó a un hombre con un grueso abrigo de lana parado cerca de un quiosco. Siguió a una pareja de agentes uniformados que bajaban por el lado opuesto de la calle.

—No dejes de moverte. —Nell le agarró del codo, alejándolo de la entrada del banco—. No te quedes al descubierto exhibiendo una bolsa de dinero. Iremos a los mercados. Compraremos comida. Volveremos al inquilinato de inmediato.

Arthur reconoció la paranoia absoluta e inquebrantable que atenazaba su postura. No discutió. Se guardó la bolsa en el abrigo y se adaptó a su paso rápido y evasivo.

Recorrieron el distrito comercial, haciendo uso de su recién adquirida riqueza para un acopio de suministros masivo y legítimo. Compraron tres pollos asados grandes, cuatro hogazas de pan tierno, un saco enorme de patatas asadas y una cuña gruesa de queso cheddar fuerte. Compraron cinco mantas de lana gruesas y dos cestas de manzanas limpias. Los vendedores no miraron con sospecha sus ropas destrozadas; miraron las monedas de plata que Arthur depositaba sobre el mostrador. El dinero borró instantáneamente su condición de refugiados.

Regresaron al inquilinato del South End justo cuando la luz de la tarde empezaba a desvanecerse en un crepúsculo purpúreo y amoratado.

Jemmy echó el cerrojo en cuanto llegaron al rellano. Nell cruzó el umbral cargando con las cestas de comida. Arthur la siguió, dejando caer las pesadas mantas de lana sobre los tablones combados del suelo.

Los huérfanos estaban acurrucados sobre los finos jergones, con los ojos muy abiertos por el hambre y la expectación. Meg estaba cerca de la ventana, abrazando a la pequeña Bessie.

—La letra ha sido aceptada —anunció Arthur, y su voz resonó en la estancia pequeña y miserable. Sacó la libreta de depósito de cuero de su bolsillo y la lanzó sobre la mesa de madera desconchada—. El dinero está en la cámara federal. La Junta de Guardianes ha renunciado a su reclamación. Elias Thorne no puede tocarnos.

La habitación estalló.

Jemmy lanzó un grito agudo y entrecortado de pura victoria, clavando su cuchillo oxidado profundamente en el marco de madera de la puerta. Meg cayó de rodillas, hundiéndose el rostro entre las manos y sollozando violentamente; las lágrimas surcaban canales limpios a través de la mugre de sus mejillas cicatrizadas. Toby cruzó los tablones a toda prisa, rodeando la cintura de Nell con sus brazos.

—¿Estamos a salvo? —preguntó Toby, con la voz amortiguada contra su abrigo—. ¿Ya no tenemos que escondernos en el frío?

—Estamos a salvo. —Nell le acarició el pelo, con la mano moviéndose mecánicamente—. Vamos a comprar una casa, Toby. Vamos a comprar tierras.

—Comed —ordenó Arthur, sacando los pollos asados de los envoltorios de papel marrón y dejando la carne sobre la mesa—. Comed hasta hartaos. Nadie dormirá con hambre esta noche.

Los niños se abalanzaron sobre la carne asada y el pan fresco; su terror previo quedó eclipsado por la alegría pura y abrumadora de un estómago lleno. Jemmy devoró una patata enorme, riendo mientras lanzaba una manzana limpia a un niño más pequeño. Meg daba a Bessie trocitos de queso tierno; sus lágrimas por fin amainaban en una paz profunda y exhausta.

Nell se sentó en el rincón más alejado de la habitación, apoyando la espalda contra el papel pintado que se desconchaba. Sostenía un trocito de pan en sus manos cicatrizadas, pero no probó bocado.

Observaba la celebración que tenía lugar alrededor de la mesa de madera. Vio a Arthur reír suavemente mientras Toby intentaba explicarle el funcionamiento de una locomotora de vapor de Boston que había visto por la ventana. Vio cómo el miedo pesado y asfixiante se levantaba por fin de los rostros de los huérfanos.

Ella no sentía absolutamente nada.

La adrenalina que había alimentado su existencia entera durante los últimos tres meses —esa energía frenética y ardiente que mantenía su corazón martilleando y su mente calculando— se desvaneció de repente. No se drenó lentamente. Se evaporó al instante, dejando tras de sí un vacío masivo y aterrador.

Miró el marco de la ventana atascado. Miró el cerrojo de hierro que aseguraba la puerta. Se dio cuenta de que no había ninguna amenaza inmediata esperando al otro lado de la madera. No había alguaciles dándoles caza. No estaba el amo Grendel esperando para encerrarlos en los cobertizos de castigo. La guerra había terminado oficialmente.

Un temblor repentino y violento comenzó en sus manos. El pan se le resbaló de los dedos, cayendo sobre los tablones del suelo.

Nell cerró sus manos cicatrizadas en puños apretados, clavándose las uñas en las palmas para detener el temblor. El dolor físico la ancló ligeramente, pero el vacío interno siguió expandiéndose. Sentía como si se estuviera asfixiando. La habitación le parecía demasiado pequeña, el aire demasiado denso. El sonido de los niños riendo le crispaba los nervios como cristal roto. Su cerebro, programado para una supervivencia continua y brutal, no tenía una configuración para la paz.

Se levantó del suelo, manteniendo la cabeza agachada. Pasó sigilosamente entre los huérfanos que celebraban, dirigiéndose hacia la alcoba pequeña y estrecha cerca de la parte trasera del inquilinato que servía de aseo. Entró y cerró la fina puerta de madera para bloquear el ruido.

La alcoba estaba a oscuras y gélida. Nell se hundió en el suelo, llevándose las rodillas contra el pecho. Se rodeó las piernas con los brazos, sepultando el rostro entre las rodillas. Arrastró aire hacia sus pulmones, pero le pareció insuficiente. Su pecho se agitaba. Un sollozo seco y agónico brotó de su garganta, seguido de otro. No lloraba de alivio. Lloraba de puro y absoluto terror.

No sabía cómo existir sin un enemigo. No sabía cómo ser una persona. Solo sabía cómo ser un arma. Y un arma sin un objetivo se oxida lentamente hasta convertirse en nada.

La fina puerta de madera se abrió.

La luz amarillenta de la estancia principal se derramó en la alcoba oscura. Arthur estaba en el umbral; su alta estatura bloqueaba la salida. Llevaba una pequeña lámpara de aceite en la mano. Le bastó una mirada para verla acurrucada en el suelo, con el cuerpo sacudido por violentos temblores, y de inmediato dejó la lámpara sobre una pequeña caja de madera. Cerró la puerta tras de sí, aislándolos en aquel espacio silencioso.

No le preguntó si estaba bien. La respuesta era flagrante.

Arthur se puso de rodillas, ignorando el dolor en su pecho en proceso de curación. Cruzó la escasa distancia que los separaba y se sentó directamente sobre los fríos tablones frente a ella.

—El bajón de adrenalina es severo. —Arthur mantuvo la voz baja, firme y desprovista de lástima—. Tu sistema nervioso está intentando procesar la ausencia repentina de amenazas letales. Se siente como si estuvieras muriendo.

Nell mantuvo el rostro oculto entre las rodillas. —No puedo respirar.

—Estás respirando perfectamente. —Arthur alargó la mano. No intentó estrecharla en un abrazo. Colocó suavemente sus manos grandes y cálidas sobre los puños fuertemente apretados de ella, apoyando las palmas contra sus nudillos cicatrizados—. La mecánica física funciona. Es simplemente la arquitectura psicológica la que está fallando.

—No sé cómo pararlo —susurró Nell; las palabras se abrían paso a través de sus jadeos entrecortados—. No dejo de mirar la puerta. No dejo de calcular las rutas de salida. No dejo de esperar a que gire la llave. No puedo desconectarlo, Arthur. La guerra ha terminado y yo sigo luchando.

—Pasaste toda tu infancia encerrada en una jaula donde la violencia era la única moneda de cambio. —Arthur ejerció una presión suave y constante sobre sus puños, anclándola al momento presente—. Aprendiste a anticipar el golpe antes de que se alzara la mano. Aprendiste a leer el movimiento de una sombra. Ese instinto mantuvo vivo a Toby. Me mantuvo vivo a mí. No puedes simplemente desactivar un mecanismo de supervivencia que ha preservado con éxito tu vida.

—¡Pero si ya no queda nada a lo que sobrevivir! —Nell levantó la cabeza, con el rostro manchado de hollín y surcado por las lágrimas, y sus ojos muy abiertos por un pánico feral—. ¡La Junta ha pagado! ¡Thorne se ha ido! ¡Tenemos el dinero! ¡Hemos ganado! ¿Por qué siento que estoy atrapada?

—Porque la paz le resulta antinatural a un soldado. —Arthur movió las manos, deslizando los pulgares sobre el tejido cicatricial tenso y rosado que cubría su piel—. Has pasado diez años a oscuras, con un cuchillo en la mano, esperando a que los monstruos se acercaran. Ahora ha salido el sol, los monstruos han muerto y tú estás en un campo vacío sosteniendo una hoja que ya no necesitas. Te sientes inútil. Te sientes expuesta.

Nell le miró fijamente; la brutal exactitud de su evaluación la despojó de sus defensas restantes. Él comprendía la naturaleza exacta de su herrumbre. Él había canjeado su propia seguridad filosófica por la brutal realidad de los barrios bajos, y reconocía el peaje psicológico que aquello cobraba.

—No sé quién soy si no estoy huyendo —confesó Nell, dejando por fin al descubierto el núcleo absoluto de su terror—. No sé cómo... simplemente existir. Si dejo de calcular, si dejo de luchar, ¿qué queda?

—Queda todo. —Arthur se inclinó hacia delante, acortando la distancia entre ellos—. No eres meramente una colección de instintos de supervivencia, Eleanor. Eres la chica que lanzó libras de oro macizo a un guardia armado para salvar a un sacerdote que apenas conocía. Eres la chica que entró en un tribunal federal y obligó a hombres corruptos a mirar sus cicatrices. Tienes una capacidad de amor profunda y aterradora. Eso es lo que queda cuando cesa la lucha.

—No se siente como amor. —Nell se estremeció, apoyando la frente contra el pecho de él—. Se siente como estar esperando al verdugo.

Arthur la rodeó con sus brazos, atrayéndola con firmeza contra él. Apoyó la barbilla sobre la coronilla de ella; su pecho ancho proporcionaba una barrera física sólida e inquebrantable contra su pánico.

—El óxido retrocederá —susurró Arthur, y su voz retumbó en lo profundo de su pecho—. No sanarás de la noche a la mañana. Te despertarás aterrorizada cuando crujan los tablones. Comprobarás los cerrojos dos veces antes de dormir. Te sobresaltarás cuando hombres con botas pesadas pasen a tu lado por la calle. No espero menos. El trauma no se desvanece simplemente porque hayamos comprado nuestra libertad.

—Entonces, ¿cómo vivimos? —Nell se aferró a su camisa destrozada, agarrándose a él como a un cabo de salvación en una tormenta.

—Practicamos. —Arthur le besó el pelo—. Compramos la granja. Construimos la casa. Sembramos los campos. Y cada día, nos despertamos y practicamos el vivir sin la jaula. Cuando entres en pánico, búscame. Cuando sientas el instinto de huir, dímelo. Me quedaré frente a la puerta hasta que te des cuenta de que nadie va a cruzarla.

Nell cerró los ojos, escuchando el ritmo constante e inquebrantable de su corazón. El latido frenético y martilleante del suyo propio empezó a ralentizarse, acompasándose a su cadencia profunda y pausada. El peso asfixiante que le oprimía los pulmones se alivió ligeramente, permitiendo que un aire nítido y completo entrara en su pecho.

Él no le ofrecía una cura mágica. Le ofrecía una alianza realista y sólida. Se ofrecía a cargar con el peso de su hipervigilancia hasta que ella tuviera la fuerza necesaria para soltarlo por sí misma.

—Te cansarás de estar ante la puerta —susurró Nell, con un leve rastro de su armadura cínica regresando, débil pero presente.

—Tengo una tolerancia notable a permanecer en los umbrales —respondió Arthur, con una leve sonrisa asomando en su voz—. Hoy he estado en ese banco dispuesto a despedazar a Caleb Mercer con mis manos desnudas si intentaba hacerte daño. He descubierto que tengo una capacidad de violencia profunda cuando se trata de tu seguridad. Estamos corrompidos, tú y yo.

Nell soltó una carcajada pequeña y húmeda. El sonido pareció áspero y extraño, pero carecía del puro terror de sus sollozos anteriores. —Estás desperdiciado en un púlpito.

—Los barrios bajos te han dado un mejor uso. —La mano de Arthur se detuvo contra su espalda—. Y mañana, nos marcharemos de este tugurio. Mañana, iremos a la oficina de tierras. Compraremos los acres. Compraremos los carros. Sacaremos a los niños de la ciudad y no volveremos a mirar una pared de ladrillo.

Permanecieron sobre los tablones de la alcoba oscura durante una hora. Arthur no la apresuró. La sostuvo mientras la adrenalina se drenaba de su sistema nervioso, dejándola totalmente exhausta pero, por fin, anclada. Los temblores violentos cesaron. El impulso de huir se desvaneció en un dolor sordo y manejable.

Cuando Nell finalmente levantó la cabeza, el pánico feral había desaparecido de sus ojos, reemplazado por un cansancio profundísimo.

—Estoy cansada, Arthur —admitió Nell, con voz ronca—. Estoy increíblemente cansada.

—Entonces duerme. —Arthur se puso en pie y le ofreció la mano.

Nell la tomó. Él la ayudó a levantarse, con un agarre firme y seguro. Cogió la lámpara de aceite y la guió fuera de la gélida alcoba, de vuelta a la estancia principal del inquilinato.

Los huérfanos estaban dormidos, esparcidos por los finos jergones en una maraña de extremidades y pesadas mantas de lana. Jemmy estaba sentado cerca de la puerta, manteniendo su guardia habitual, pero tenía la barbilla apoyada en el pecho y los ojos cerrados en un sueño ligero. El cuchillo oxidado permanecía enfundado.

Arthur condujo a Nell hacia el rincón más alejado de la habitación, lejos de la ventana que dejaba pasar las corrientes de aire. Dispuso dos de las mantas recién compradas sobre el suelo, creando un lecho grueso y cálido.

Nell se tumbó, subiéndose la lana pesada hasta la barbilla. El tejido olía levemente a oveja y a lanolina, libre del punzante olor químico del jabón de lejía. Arthur se tumbó a su lado, quedándose fuera de las mantas pero lo suficientemente cerca como para que ella pudiera sentir el calor que irradiaba de su cuerpo.

—Duérmete, Eleanor. —Arthur alargó la mano y sus dedos apartaron un mechón de pelo de la mejilla de ella—. Yo me

encargaré de la guardia.

—No hace falta que vigiles la puerta —murmuró Nell, con los ojos ya pesados—. Los monstruos han muerto.

—Lo sé. —Arthur apoyó la mano suavemente sobre el hombro de ella—. Pero la vigilaré de todos modos, solo para demostrarte que permanece cerrada.

Nell no discutió. Cerró los ojos. Por primera vez en diez años, no trazó el mapa de las salidas. No calculó la distancia al arma más cercana. Dejó que la oscuridad la reclamara, anclada por la presencia del hombre que yacía a su lado, confiando en que él mantendría la línea mientras ella, por fin, aprendía a descansar.

CAPÍTULO 22



—Tres carros Conestoga requieren veinticuatro toneladas de capacidad de arrastre combinada —Arthur pasó la mano por las enormes costillas curvas de roble que sostenían el techo de lona del vehículo—. Si sobrecargamos la suspensión en las pendientes de los Apalaches, los ejes de hierro se partirán y nos quedaremos tirados en medio de la nada.

—Los ejes están forjados con acero macizo de Pensilvania, caballero —el proveedor de Boston se cruzó de brazos, apoyado en una imponente pila de cajas de transporte de madera. Llevaba un pesado delantal de lona y un ceño fruncido, grueso y escéptico. Miró la ropa arruinada y manchada de sangre de Arthur, y luego el chal manchado de hollín de Nell—. Estos carros transportan mercancías desde Boston hasta el valle del Ohio todos los días. Pero cuestan trescientos dólares cada uno. No dirijo un centro de caridad para mendigos del puerto.

Arthur no discutió. No intentó aprovechar su tono aristocrático ni su autoridad eclesiástica. Simplemente metió la mano en su abrigo y extrajo la pesada bolsa de lona que el director del banco le había entregado la tarde anterior.

Abrió el cordón. Sacó un grueso fajo de certificados de oro federales estadounidenses, envueltos en una faja de papel impecable. Dejó caer el fajo de billetes directamente sobre la lanza plana de madera del carro.

—Necesito tres carros —declaró Arthur, clavando sus ojos oscuros en el proveedor—. Necesito doce caballos de tiro belgas, con sus arneses completos. Necesito estufas de hierro para cocinar, seis barriles de cerdo salado, diez sacos de trigo de invierno y provisiones médicas suficientes para mantener a treinta y dos personas durante tres meses. Calcule el total.

El proveedor se quedó mirando los certificados de oro. El ceño escéptico desapareció al instante, reemplazado por la agitación asustada y obsequiosa de un comerciante que se da cuenta de que acaba de insultar a una enorme fortuna.

—Sí, señor —el proveedor arrebató el dinero de la madera, contando los billetes con dedos temblorosos—. Tengo los carros en el solar trasero. Los caballos de tiro están estabulados ahora mismo a dos calles de aquí. Haré que mis muchachos empiecen a cargar las provisiones de inmediato.

—Jemmy —Nell señaló hacia el solar trasero—. Inspecciona los caballos. Revisa que no tengan podredumbre en los cascos. Mira los dientes. No dejes que nos venda animales ciegos o cojos solo porque tenemos el capital para pasar por alto el defecto.

Jemmy asintió; su cuchillo oxidado ya estaba enfundado y fuera de la vista. El chico pasó junto al proveedor, dirigiéndose a los establos con el paso calculador y despiadado de un veterano ladrón de caballos de barriada.

Nell rodeó el enorme carro Conestoga. El vehículo era una pieza asombrosa de ingeniería industrial. Las ruedas de madera eran más altas que su cintura, con las llantas de hierro gruesas y fuertemente atornilladas. Las tablas del suelo curvas se inclinaban hacia arriba en ambos extremos para evitar que la carga se desplazara en pendientes pronunciadas. No parecía un carruaje. Parecía una fortaleza de madera diseñada para conquistar la tierra.

—Representa la movilidad absoluta —Arthur se puso a su lado, observando la pesada capota de lona—. Cargamos a los niños en las camas. Cargamos las provisiones debajo de ellos. Tenemos la capacidad de, simplemente, alejarnos de cualquier amenaza que encontremos.

—Los carros solucionan el transporte —Nell se miró la falda raída y mugrienta, y luego señaló al grupo de huérfanos acurrucados cerca de la entrada del almacén—. Pero no podemos llevar a treinta niños a la naturaleza salvaje en invierno vestidos con harapos de la parroquia. El frío se los llevará antes de que crucemos las fronteras del estado. Necesitamos un sastre.

—El distrito comercial bordea el puerto —Arthur recuperó su bolsa de lona del proveedor, asegurando los fondos restantes—. Reúne a los niños. Vamos a ejecutar la purga final de Blackfriars.

Hicieron marchar a los treinta huérfanos fuera del patio del proveedor y por la bulliciosa avenida de adoquines. El enorme volumen de gente, carruajes y ruido ya no sumía a Nell en un estado de pánico salvaje. La noche anterior en el oscuro rincón había roto el control inmediato y asfixiante del óxido. Se mantenía vigilante, siguiendo a las multitudes y evaluando los callejones, pero analizaba el entorno como una protectora en lugar de como una fugitiva desesperada.

Llegaron a un enorme edificio de ladrillo de tres plantas que exhibía un cartel de madera pintado: *Harrison & Sons, Prendas Finas y Equipamiento*.

Nell abrió las pesadas puertas de cristal. El interior olía intensamente a algodón fresco, lana teñida y cuero pulido. Filas de pesados abrigos de invierno colgaban de percheros de latón. Pilas de pantalones doblados, gruesos jerséis de lana y robustas botas de cuero revestían los estantes de caoba.

Un dependiente que vestía una impecable camisa blanca y un pañuelo de seda se apresuró a interceptarlos, con los ojos abiertos por el horror absoluto ante la visión de la turba mugrienta y manchada de hollín que invadía su inmaculado establecimiento.

—¡Deténganse ahí mismo! —el dependiente levantó ambas manos, bloqueando físicamente el pasillo—. ¡Este es un sastre respetable! ¡Están llenando las alfombras de barro! ¡Llamaré a las autoridades portuarias!

Arthur esquivó al dependiente. Caminó directamente hacia el elevado mostrador de caoba cerca del centro de la estancia. Un

hombre mayor, presumiblemente el propio Harrison, estaba detrás de la caja, sosteniendo unas tijeras de sastre.

Arthur colocó cuatro certificados de oro federales sobre la madera pulida.

—Voy a equipar a treinta menores para una expedición al oeste —declaró Arthur con una voz que resonaba con una autoridad absoluta e innegable—. Necesito abrigos de lana pesada, pantalones aislantes, camisas de franela y botas de invierno de cuero para cada uno de los niños. Necesito capas gruesas para las mujeres. Y necesito que sus dependientes realicen las pruebas de ropa de inmediato.

El hombre mayor miró el oro. Miró las ropas arruinadas y manchadas de sangre de Arthur, reconociendo la cruda y aterradora disparidad entre la apariencia del hombre y su capital. Dejó las tijeras de sastre.

—Cierra las puertas principales —el dueño le ladró la orden al aterrorizado dependiente—. Dale la vuelta al cartel de cerrado. Trae las cintas métricas de la trastienda.

La transición se produjo con rapidez. Los dependientes, impulsados por la asombrosa entrada de efectivo, se abalanzaron sobre los huérfanos. Midieron hombros, cinturas y costuras interiores. Sacaron prendas gruesas y pesadas de los estantes, formando enormes pilas de tela impecable sobre las mesas.

Nell se quedó cerca del centro de la sala, observando la caótica y hermosa transformación.

Un dependiente se arrodilló ante Toby, sosteniendo un par de botas de cuero marrón muy resistentes. El hombre deslizó los gruesos calcetines de lana sobre los pies gélidos y mugrientos de Toby, y luego guió los talones del niño dentro del cuero. Ató las botas con fuerza, haciendo nudos firmes.

Toby se puso de pie. Se miró los pies. Dio un paso vacilante por la alfombra, luego otro. Miró a Nell, con los ojos abiertos por una incredulidad profunda y asombrosa.

—Me quedan bien, Nell —susurró Toby con voz quebrada—. Mis dedos no tocan la punta.

Nell sintió un nudo agudo y repentino en la garganta. Había pasado una década robando botas demasiado grandes en los callejones de las barriadas, rellenando las puntas con periódicos viejos para evitar que se le salieran de los pies. Cruzó la habitación y se arrodilló frente a él.

—Son tuyas, Toby —Nell alisó la pesada tela de su nuevo abrigo de lana—. Nunca tendrás que devolverlas. Nunca tendrás que rellenarlas con papel.

Meg salió de los probadores situados al fondo de la tienda. La mujer mayor había abandonado la manta mugrienta y robada que había llevado desde el hospicio. Vestía un vestido de lana gruesa y oscura, cubierto por una pesada capa azul marino. Las prendas impecables alteraron su postura. La posición defensiva y encorvada del hospicio desapareció, reemplazada por la postura sólida y digna de una mujer que finalmente era dueña de la ropa que llevaba puesta.

—Me siento ridícula —Meg pasó sus manos por la parte delantera del vestido de lana, con su rostro cicatrizado enrojeciendo profundamente—. Parezco la esposa de un magistrado.

—Pareces una mujer libre, Meg —Arthur salió del probador contiguo.

Nell se dio la vuelta. Se le cortó la respiración.

Arthur se había despojado de la camisa de lino arruinada y manchada de sangre y del abrigo roto. Vestía una camisa de algodón blanca e impecable, pantalones de lana gruesa y un pesado abrigo de invierno gris marengo que le llegaba por debajo de las rodillas. La ropa nueva ocultaba la herida de cuchillo en el pecho. Carecía del rígido cuello clerical de su vida anterior, pero tenía un aspecto increíblemente peligroso.

Arthur caminó hacia ella. Llevaba en la mano un par de pequeñas prendas de cuero oscuro dobladas. Se detuvo directamente frente a ella, extendiendo el brazo.

—Póntelos —instruyó Arthur en voz baja.

Nell bajó la mirada. Sostenía un par de guantes de piel de ciervo suaves y fabricados con pericia.

Ella vaciló. Había pasado toda la semana escondiendo sus manos quemadas y cicatrizadas entre los pliegues de su chal raído, aterrorizada por el asco que solían provocar en el mundo civilizado. Extendió la mano lentamente y tomó el guante derecho. El cuero se sentía increíblemente suave, desprovisto de la textura áspera y abrasiva de la arpillera del hospicio.

Deslizó el guante sobre su mano derecha. La suave piel de ciervo cubrió perfectamente el tejido cicatricial rosado y tenso, amoldándose a la forma de sus dedos sin aplicar una fricción dolorosa a los nervios dañados. Cogió el guante izquierdo y se lo puso.

Flexionó los dedos. Las cicatrices desaparecieron, ocultas bajo el cuero oscuro y protector.

—Ocultan el óxido —murmuró Arthur, clavando sus ojos oscuros en los de ella—. No tienes por qué mostrar el daño al mundo a menos que decidas usarlo como arma.

Nell se miró las manos enguantadas. Esa simple barrera física le proporcionó una enorme y abrumadora sensación de seguridad psicológica. Levantó la vista hacia él; la gratitud feroz e inquebrantable que ardía en su pecho desafiaba cualquier expresión verbal.

—Ahora —Arthur retrocedió, dirigiéndose a toda la sala—. Reunid las prendas viejas. Los uniformes de la parroquia. Los chales rotos. Apiladlo todo en el centro del suelo.

Los huérfanos se despojaron de los últimos harapos de Blackfriars. Arrojaron las finas y mugrientas túnicas de algodón y los delantales rotos en una enorme pila sobre la alfombra. Meg lanzó la manta robada a lo alto del montón.

Arthur se volvió hacia el dueño de la tienda. —Lleve estos harapos al callejón trasero. Quémelos. No los lave. No los venda como retales. Incinérelos. No nos llevamos el hospicio al oeste.

—Sí, señor —el dueño hizo una señal a sus dependientes, quienes de inmediato comenzaron a recoger las prendas sucias, teniendo un cuidado extremo para evitar tocar la mugre.

El equipamiento requirió otras dos horas. Para cuando salieron de la sastrería, el grupo estaba irreconocible. Treinta y dos personas

vestidas con ropa de invierno pesada e impecable regresaron a los adoquines. La transformación física desencadenó un cambio psicológico inmediato. Los huérfanos no se apiñaban en una masa aterrorizada. Se mantenían más erguidos y caminaban con un propósito real, aislados del viento del puerto y protegidos contra las miradas de desprecio de los peatones que pasaban.

Regresaron al solar del proveedor. La escala logística de su partida estaba casi completada.

Tres enormes carros Conestoga estaban enganchados en el centro del patio embarrado. Doce magníficos caballos de tiro belgas estaban uncidos en equipos de cuatro, con sus cuerpos musculosos echando vapor en el aire frío, golpeando impacientes sus enormes cascos herrados contra la tierra congelada.

Jemmy estaba cerca del primer carro, limpiándose la grasa de las manos con un trapo limpio. Llevaba una chaqueta de cuero gruesa y una gorra de lana plana, habiendo abandonado el absurdo bigote de crin de caballo.

—Los animales están sanos —informó Jemmy, entregándole el trapo a un mozo del patio—. El proveedor intentó colarnos una yegua coja en el equipo trasero. Amenacé con cortarle las correas del arnés. Cambió el caballo por un castrado sano.

—Excelente —Arthur se acercó al primer carro, agarrando la pesada palanca de freno de hierro y probando la tensión—. Cargad a los niños. Diez huérfanos por carro. Meg, coge el carro del medio con Bessie. Jemmy, tú conduces el de atrás.

—Nunca he conducido un equipo de cuatro caballos —declaró Jemmy, mirando a los enormes animales.

—Entiendes de caballos mejor que cualquier hombre de esta ciudad —replicó Arthur, subiendo al pescante del primer carro—. Tú controlas las riendas. Ellos seguirán al carro guía. Cargad la mercancía.

La última hora dentro de la ciudad de Boston fue un borrón de trabajo físico agotador. Utilizaron las rampas de carga de madera para izar los enormes barriles de cerdo salado y los sacos de trigo de invierno a las profundas cajas de los carros. Aseguraron las pesadas estufas de cocina de hierro con gruesas cuerdas de cáñamo,

asegurándose de que las enormes estructuras de hierro fundido no se desplazaran y aplastaran a los niños durante el viaje.

Nell estaba cerca de la trampilla trasera del primer carro, subiendo a Toby a la caja. El niño trepó por el lateral de madera, buscando un lugar cómodo sobre una pila de pesadas mantas de lana. La miró, con el rostro enmarcado por el grueso cuello de su abrigo nuevo.

—¿Vamos a dejar el océano, Nell? —preguntó Toby, señalando hacia la lejana y gris línea del Atlántico visible tras los tejados del puerto.

—Vamos a dejar el océano —Nell estiró el brazo y le ajustó el cuello—. Vamos a conducir hasta que no podamos oler la sal ni el humo. Vamos a conducir hasta que el suelo se vuelva verde.

—Vale. —Toby asintió, satisfecho con el objetivo. Se arrastró hacia el interior de la tienda de lona para unirse a los otros niños.

Nell aseguró la trampilla trasera de madera, deslizando los pasadores de seguridad de hierro en su sitio. Caminó hasta la parte delantera del carro y usó el pesado cubo de madera de la rueda como escalón para encaramarse al pescante junto a Arthur.

La posición elevada proporcionaba una vista privilegiada de todo el patio del proveedor y de las bulliciosas calles de la ciudad más allá de las puertas de madera. Sintió el enorme poder latente de los cuatro caballos de tiro moviéndose inquietos bajo las riendas de cuero que Arthur sostenía en sus manos.

—Las provisiones están aseguradas —informó Nell, ciñéndose la pesada capa alrededor de las piernas para bloquear el viento—. Jemmy hace señales de que el carro trasero está cargado. Meg está instalada en el del medio.

Arthur la miró. Sostenía las gruesas riendas de cuero con soltura, con una postura relajada a pesar de la inmensa responsabilidad que recaía sobre sus hombros. No parecía un sacerdote preparándose para dar un sermón. Parecía un pionero preparándose para conquistar un continente.

—Tenemos los fondos —afirmó Arthur, verificando la lista de control final—. Tenemos los suministros. El tribunal cerró la persecución legal. La Junta de Guardianes cedió a la extorsión.

—La guerra ha terminado, Arthur —Nell miró fijamente hacia adelante, a las puertas de madera abiertas del solar del proveedor.

—Entonces, busquemos la granja.

Arthur soltó la pesada palanca del freno de hierro. El metal se soltó con un fuerte chasquido. Restalló las riendas de cuero contra los lomos de los caballos de tiro lanzando un sonoro chasquido con la lengua.

—¡Arre!

Los caballos de tiro belgas se lanzaron hacia adelante. Los pesados arneses de cuero crujieron bajo el inmenso esfuerzo. Las ruedas de hierro del carro Conestoga chirriaron contra el barro congelado, rompiendo la inercia. El carro dio una sacudida, el chasis de madera gimió con fuerza antes de asentarse en un rodar lento, potente y rítmico.

Salieron del solar, girando el enorme equipo hacia la amplia avenida de adoquines que se dirigía hacia el oeste, alejándose del puerto.

El mero tamaño de la caravana de carros se abría paso entre el tráfico de Boston. Los carros de reparto y los carruajes de pasajeros se apartaban, cediendo el camino a los enormes gigantes con capota de lona. El estrépito ensordecedor de cuarenta y ocho cascos herrados y doce ruedas macizas golpeando los adoquines rebotaba en los edificios de granito, ahogando los gritos de los vendedores y el siseo de los respiraderos de vapor.

Nell se quedó sentada en silencio mientras atravesaban la periferia industrial de la ciudad. Las imponentes fábricas textiles de ladrillo fueron dejando paso poco a poco a almacenes de madera más pequeños. El humo denso y sofocante empezó a disiparse, reemplazado por el aroma limpio y agudo del pino helado y la tierra abierta.

Llegaron al límite de las carreteras pavimentadas. Los adoquines terminaron abruptamente, convirtiéndose en una amplia carretera de tierra llena de baches que se extendía hacia el lejano horizonte bordeado de árboles.

Los carros se internaron en tierra. El traqueteo de las ruedas de hierro, que sacudía los huesos, se suavizó al instante,

transformándose en un estruendo profundo y resonante que vibraba a través del banco de madera y hasta los huesos de Nell.

Arthur tiró ligeramente de las riendas, frenando al equipo hasta un paso constante y sostenible. No forzó a los animales. Tenían miles de kilómetros por cubrir, y la paciencia absoluta era el requisito último del viaje.

Nell giró la cabeza. Miró por encima de su hombro izquierdo, observando el largo camino de tierra que volvía hacia la ciudad de Boston.

El océano Atlántico se veía a lo lejos, una franja oscura y agitada de agua gris que separaba el continente americano de la pesadilla de la que habían escapado. El amo Grendel era un hombre acabado en un muelle inundado. La matrona Sikes era un recuerdo aterrador encerrado tras las puertas de hierro de Blackfriars. Los magistrados corruptos y los industriales codiciosos estaban enterrados bajo una avalancha de extorsión y chantaje legal.

Nell levantó la mano derecha y presionó la palma enguantada contra su pecho, sintiendo el latido constante e inquebrantable de su propio corazón.

Miró hacia adelante, enfrentándose a la vasta extensión por escribir de la naturaleza americana.

Arthur cambió su agarre de las riendas. Estiró el brazo por el banco de madera y su mano grande envolvió con firmeza sus dedos enguantados. No dijo ni una palabra. El contacto físico le proporcionó la prueba absoluta e innegable de que ya no estaba luchando sola en la guerra.

Nell apoyó la cabeza en su hombro sólido. Los enormes caballos de tiro tiraban de ellos sin pausa hacia el oeste, llevando a los treinta niños fuera de la oscuridad y hacia la libertad de la frontera, iluminada por el sol y de una belleza aterradora. El éxodo se había completado. El futuro, por fin, había llegado.

EPÍLOGO

—Estás calculando la distancia desde el linde del bosque hasta el porche delantero.

Arthur salió por la pesada puerta de roble y sus botas resonaron con un golpe sordo sobre los tablones anchos y blanqueados por el sol de la veranda. Llevaba dos tazas metálicas de café solo humeante; el líquido oscuro se agitaba suavemente con su zancada. Vestía una sencilla camisa de trabajo de lona, con las mangas remangadas por encima de los codos, dejando al descubierto unos antebrazos bronceados por el sol de los Apalaches y curtidos con músculos recién formados.

Nell no se apartó de inmediato de la barandilla de madera. Mantuvo la mirada fija en el denso muro verde de pinos de Pensilvania que bordeaba el extremo sur de su propiedad.

—El linde del bosque está exactamente a cuatrocientas yardas —Nell apoyó las manos enguantadas en la madera lisa del pasamanos —. Un hombre adulto tarda dos minutos en cruzar el pasto abierto a toda velocidad. Un hombre que lleva un fusil necesita tres.

—No hay hombres con fusiles en esos bosques, Eleanor —Arthur caminó hasta ponerse a su lado y le ofreció una de las tazas—. El vecino más cercano reside a cinco millas valle abajo, y es un cuáquero de ochenta años que cría vacas lecheras.

—La costumbre dicta revisar el perímetro —Nell aceptó el café. El calor se irradiaba a través de la suave piel de ciervo de sus guantes,

calentando el tejido cicatricial terso y rosado oculto bajo el cuero. Tomó un sorbo lento, dejando que aquel líquido amargo y abrasador la anclara al momento presente.

—La costumbre ha dictado tu supervivencia —Arthur apoyó la cadera en la barandilla, dando la espalda al vasto pastizal para mirarla directamente—. Pero no has llevado encima el atizador de hierro oxidado en seis meses. Eso representa un progreso medible.

Nell dejó escapar una risa silenciosa y genuina. Era un sonido que le había llevado un año entero perfeccionar; un sonido desprovisto de esa aspereza histérica que había definido su existencia en los barrios bajos de Londres.

Habían pasado catorce meses desde que los enormes carromatos Conestoga partieron de Boston y desaparecieron en el interior de los Estados Unidos. Habían comprado trescientos acres de un valle fértil y ondulado situado junto a un arroyo de agua dulce de corriente rápida. Habían contratado a carpinteros locales y construido una amplia granja de madera de dos plantas con los fondos de la extorsión.

Arthur había cumplido su promesa. La casa tenía un asombroso número de ventanas de cristal y la luz inundaba cada habitación desde el amanecer hasta el anochecer, borrando las sombras oscuras y sofocantes contra las que Nell había luchado durante toda su infancia.

Un grito repentino y agudo resonó desde el camino de tierra que conducía al enorme establo de madera.

Toby corría por la hierba iluminada por el sol, persiguiendo a una gallina marrón que cacareaba presa del pánico. El niño estaba irreconocible tras haber sido aquel fantasma hambriento y de ojos hundidos del hospicio de Blackfriars. Había crecido casi diez centímetros. Se lanzó hacia delante, placando a la gallina sobre la tierra blanda y enviando una nube de plumas marrones al aire estival.

—¡He neutralizado la brecha en el perímetro! —gritó Toby, sujetando al ave indignada firmemente contra su pecho. Miró hacia el porche, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Se ha colado otra vez en el huerto, Nell!

—¡Lleva a la prisionera de vuelta al gallinero, Toby! —le respondió Nell, apoyando los antebrazos en la barandilla—. ¡Como se coma otro tomate, Meg la echará al guiso del domingo!

Toby se puso de pie de un salto y salió disparado hacia el cercado de madera y tela metálica. No corría con la desesperación frenética y aterrorizada de un niño que huye de un alguacil parroquial. Corría con la alegría temeraria y libre de un niño que es dueño de la tierra que pisa.

Jemmy salió por las puertas dobles abiertas del establo, guiando a dos enormes caballos de tiro belgas por sus cabezadas de cuero. El chico se había convertido en un joven imponente. Manejaba el ganado con una eficiencia natural e implacable, tratando a los enormes animales de tiro con una combinación de disciplina estricta y profundo respeto. Guió a los caballos hacia el largo abrevadero de madera y les quitó los pesados bocados de hierro para que bebieran.

—Ayer hizo un trueque con el herrero —observó Arthur, mirando a Jemmy manejar el tiro—. Cambió dos fanegas de trigo de invierno por un juego de herraduras de hierro recién forjadas. Convenció al herrero para que bajara el precio original con un nivel de intimidación aterrador.

—No es más que un ladrón del mercado de Cheapside gestionando una cadena de suministro agrícola —Nell tomó otro sorbo de café—. Los mercaderes locales no tienen defensas psicológicas para combatir sus tácticas. Lo más probable es que sea el dueño de todo el valle antes de cumplir los veinte.

La pesada puerta mosquitera de madera se abrió de par en par detrás de ellos.

Meg salió al porche y se limpió las manos cubiertas de harina en un delantal de lino blanco y limpio. Las profundas cicatrices irregulares de su rostro permanecían, pero el ceño fruncido perpetuo de la lavandera del hospicio había desaparecido. Dirigía la enorme cocina de la granja, gobernando la logística doméstica de treinta huérfanos en crecimiento con mano de hierro y una asombrosa provisión de pan recién horneado.

—La comida del mediodía está lista —anunció Meg con los brazos cruzados—. Necesito que toques la campana de hierro. Si tengo que

gritar por todo el pastizal para llamar a esos niños desde el arroyo, me quedaré sin voz.

—Yo tocaré la campana, Meg —Arthur se separó de la barandilla.

Meg se dio la vuelta hacia la casa, pero se detuvo en el umbral. Miró a Nell y sus ojos afilados se suavizaron. —Bessie ha aprendido a escribir su nombre esta mañana. Lo ha puesto en la pizarra con tiza blanca.

—Iré a ver la pizarra después de comer —prometió Nell, mientras un calor feroz y protector florecía en su pecho.

Meg asintió y dejó que la puerta mosquitera se cerrara de un golpe tras ella.

Arthur caminó hacia la pesada campana de hierro fundido montada en el pilar de madera del porche. Alargó la mano y agarró la gruesa cuerda de cáñamo. Al extender el brazo, el cuello de su camisa de lona se desplazó, revelando brevemente la cicatriz blanca, gruesa e irregular que se extendía horizontalmente por su pectoral izquierdo. El último y desesperado intento de Master Grendel por acabar con su vida.

Nell se quedó mirando la cicatriz. La visión de aquella carne abultada y desigual ya no provocaba el pánico inmediato y sofocante de los primeros meses en la casa. Simplemente servía como un registro permanente e innegable del precio que habían pagado para asegurar el valle.

Arthur tiró de la cuerda. La enorme campana de hierro tañó con fuerza, y su repique profundo y resonante se extendió por los trescientos acres de campo abierto.

Inmediatamente, empezaron a aparecer huérfanos de los alrededores. Los chicos y chicas soltaron sus azadones de madera en los huertos. Los niños mayores salieron de los densos campos de manzanos cargando cestas de mimbre. Todos convergieron en la granja, riendo y empujándose unos a otros mientras se apresuraban hacia los enormes barreños de madera situados cerca de la puerta trasera para quitarse la tierra de las manos.

Arthur soltó la cuerda y se volvió hacia Nell. Acortó la distancia entre ellos, le quitó la taza de metal vacía de la mano y la dejó en la barandilla.

Se inclinó y le tomó suavemente la mano derecha.

Nell no se apartó. Permitió que él elevara su mano entre ambos. No dijo ni una palabra. Simplemente agarró el borde del suave guante de piel de ciervo y, lenta y deliberadamente, deslizó el cuero fuera de sus dedos. Dejó el guante sobre la barandilla. Repitió el movimiento con la mano izquierda, eliminando la última barrera física.

La luz del sol de la tarde golpeó su piel desnuda y expuesta. Las quemaduras de las cubas de la lavandería del hospicio y las enormes cicatrices por la fricción de las ruedas de la caja fuerte de hierro cubrían sus nudillos y palmas en un mapa de violencia caótico y permanente.

Arthur no miró las cicatrices con lástima. Las miró con una reverencia absoluta e inquebrantable. Alzó sus manos desnudas y presionó los labios suavemente contra la piel arruinada de los nudillos izquierdos, y después en los derechos.

—Has sobrevivido a la mañana sin comprobar los cierres de las ventanas —susurró Arthur. Su aliento se sentía cálido contra sus dedos.

—El día solo va por la mitad —replicó Nell, aunque el tono cínico estaba ausente en su voz—. Puede que aún ponga barricadas en las puertas antes de que se ponga el sol.

—Si necesitas las barricadas, iré a buscar el martillo y los clavos de hierro —Arthur bajó sus manos, entrelazando sus dedos largos y sanos perfectamente con los de ella—. Te prometí que me quedaría frente a la puerta hasta que te dieras cuenta de que nadie iba a cruzarla. Sigo dispuesto a cumplir con esa obligación.

—Lo sé —Nell dio un paso adelante y apoyó la frente en su pecho, justo encima del relieve de la cicatriz de navaja.

Aquel óxido profundo y agonizante que había amenazado con consumirla dentro de la casa de vecinos de Boston finalmente se había quebrado. La curación no había ocurrido de la noche a la mañana. Todavía había noches en las que el sonido de una rama rompiéndose fuera de la ventana la hacía buscar un cuchillo que ya no estaba allí. Todavía había días en los que el silencio absoluto y abrumador del valle se sentía como una trampa a punto de cerrarse.

Pero cada vez que la hipervigilancia afloraba, Arthur estaba allí. No intentaba arreglarla. Simplemente la anclaba. Demostraba, día tras día, semana tras semana, que la paz no era una ilusión temporal construida por un Amo corrupto. La paz era la tierra bajo sus botas. Era la comida en su mesa. Era el amor inquebrantable y aterradoramente honesto del hombre que sostenía sus manos.

Ella no sabía cómo existir sin una guerra, así que simplemente había aprendido a librar la paz con la misma intensidad implacable y sin concesiones que había empleado para reventar la caja fuerte de la parroquia.

—La Junta de Guardianes nunca envió a otro agente —susurró Nell contra su camisa.

—La Junta de Guardianes está actualmente reestructurando toda su arquitectura financiera para justificar la desaparición de diez mil libras —Arthur apoyó la barbilla sobre el cabello de ella, rodeándole la cintura con los brazos con firmeza—. Están luchando contra los auditores federales en Londres. No pueden cazar fantasmas en América.

—No somos fantasmas, Arthur —Nell levantó la cabeza, mirándolo a sus ojos oscuros. La rata callejera, salvaje y desesperada, había desaparecido. La mujer que estaba en el porche tenía la confianza letal y silenciosa de una reina que había defendido con éxito su reino—. Somos reales.

—Sí, lo somos —Arthur sonrió, con una expresión brillante y sincera que borraba las sombras persistentes del sacerdote caído en desgracia que una vez fue—. Y la sopa se está enfriando.